

Sig.: LIT.IBER. (PER) GON nue

Tít.: Nuevas páginas libres

Reg.: 5384

Cód.: 1001486



“Nuevas Páginas Libres” es un nuevo aporte al conocimiento y a la difusión del pensamiento de uno de los más grandes escritores del continente: Manuel González-Prada.

Los que han leído la biografía que ha escrito Luis Alberto Sánchez, bajo el título de “Don Manuel”, saben cómo fué la vida íntima y pública del más grande reformador peruano, uno de los apóstoles de América, en quien se inspiran los movimientos contemporáneos del país de los Incas.

Ya nuestras prensas han dado dos libros inéditos del gran escritor: “Baladas peruanas” y “Anarquía”. El presente viene a ser como una continuación del célebre volumen “Páginas Libres”, publicado en París, en 1894, y reeditado en Madrid, en 1915.

Los ensayos que constituyen este volumen son de los más enjundiosos y valientes que produjo el autor de “Horas de Lucha”. Como una indicación proemial, útil para algunos lectores, agregaremos unos pocos datos acerca de su personalidad: Manuel González-Prada nació en 1848 y murió en 1918. Su vida fué combativa porque despertó el pensamiento laico y la orientación revolucionaria en su país. Los jóvenes peruanos lo reconocen como a maestro. Es célebre una frase simbólica suya “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”.

EDITORIAL ERCILLA.

TERCERA PARTE

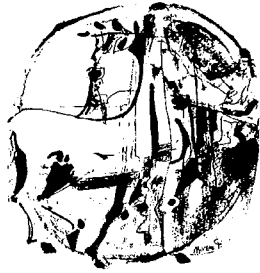
	Págs.
Madame Ackermann	125
Campoamor	138

CUARTA PARTE

El verso de nueve sílabas	149
"Byron"	193

QUINTA PARTE

Prólogo a "Cuartos de hora" de "Mérida"	209
Prólogo a "Notas literarias" de P. Fuentes Castro . .	213
Prólogo a "Brisas del Rímac" de Abel de la E. Delgado	218
Prólogo a "Poesías Completas" de José Santos Chocano	222
Prólogo a "Poesías" de Miguel W. Garaycochea . . .	234
Prólogo a "Ritmos" de Luis Navarro Neyra	241



GUTIÉRREZ
GIRARDOT



NUEVAS PAGINAS LIBRES

DEL MISMO AUTOR

P r o s a

PAGINAS LIBRES. — París, 1894 (1.ª edición); Madrid, 1915 (2.ª edición, con un estudio crítico de Rufino Blanco-Fombona).

HORAS DE LUCHA. — Lima, 1908 (1.ª edición); Lima, 1924 (2.ª edición).

NOTA INFORMATIVA ACERCA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. — Lima, 1912.

BAJO EL OPROBIO. — París, 1933.

ANARQUIA. — Santiago, 1936.

V e r s o

MINUSCULAS. — Lima, 1901 (1.ª edición); Lima, 1909 (2.ª edición; Lima, 1928 (3.ª edición).

PRESBITERIANAS. — Lima, 1909 (1.ª edición); Lima, 1928 (2.ª edición).

EXOTICAS. — Lima, 1911.

TROZOS DE VIDA. — París, 1933.

BALADAS PERUANAS. — Santiago, 1935. (Prólogo de Luis Alberto Sánchez).

MANUEL G. PRADA

NUEVAS
PAGINAS
LIBRES



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1937

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

ADVERTENCIAS DEL EDITOR

De los veintidós ensayos, artículos y prólogos de este volumen, diez son inéditos (1). La mayoría de los publicados ha visto la luz una sola vez en periódicos, revistas o libros de escasa circulación; excepto *La Poesía*, *Junto a Renan* y el prefacio a las *Poesías completas* de Chocano — reproducidos con frecuencia en Hispano-América — el resto es prácticamente inédito.

Un **Índice** hallado entre los originales del autor, revela que tuvo el propósito de hacer un libro con algunos de los escritos aquí reunidos, adicionados de los siguientes: *La tradición*; *La crítica*; *Los escritores*; *Frente a Verlaine*; Un prólogo de *Lecton de Lisle*; *Guyau y Vacherot*; *Spencer y Stuart Mill*; ‘‘*La Parole Nouvelle*’’. ¿Quedaron en proyecto? ¿Fueron com-
puestos y destruidos? Sólo hemos encontrado un fragmento de *La crítica*. En cuanto al libro, no pasó de un plan: el material que debía formar lo permaneció, hasta la muerte del autor, disperso entre sus manuscritos.

(1) Inéditos: **Jesucristo y su doctrina**; **Catolicismo y Ciencia**; **Un rato de Filosofía**; **¿Qué hacer?** **Escribas y retóricos**; **Los poetas**; **El siglo XVIII**; **Fecundidad**; **Madame Ackermann** y **El verso de nueve sílabas**.

Publicados: **La Poesía**, **Los viejos**; **Junto a Renan**. **Campoamor**; ‘‘**Byron**’’ y los seis prólogos de la **Quinta Parte**.

*

* *

Comprende este volumen todos los ensayos de González Prada, inéditos o sólo publicados en periódicos y revistas. Junto a Renan y los seis prólogos — sin pertenecer estrictamente al género del ensayo — encuentran aquí lugar adecuado.

El **Índice** del referido libro en proyecto sólo incluye los prefacios a Chocano, Garaycochea y Navarro Neyra: contrariando la voluntad del autor, publicamos los prólogos a “Mérida”, Fuentes Castro y Delgado. Luis Alberto Sánchez ha dicho alguna vez: “Hay quienes piensan que las ediciones de ciertas obras desconocidas u olvidadas de un autor prócer, constituyen un atentado contra su gloria. Creo lo contrario. Amo tanto la acción, la obra que se trabaja haciendo, que encuentro en cada error, en cada desacierto, la fuente espléndida de los aciertos subsiguientes y supervivientes”. Tal nuestro criterio para exhumar ciertas páginas repudiadas por el propio autor

*

* *

Hemos copiado algunos de los inéditos de un primer borrador, a menudo ilegible y fragmentario: así, ¿Qué hacer?, Escritas y retóricas, Los poetas, El siglo XVIII, Fecundidad, y parte de Madame Ackermann; otros, de un segundo borrador, no siempre claro: Jesucristo y su doctrina, Catolicismo y Ciencia, Un

rato de Filosofía y El verso de nueve sílabas.

Entre los escritos publicados, sólo *Campoamor* tiene notas marginales de importancia; los demás, ligeras enmiendas y acotaciones. El autor no conservó recortes impresos de *Junto a Renan*, de *Los viejos* ni de los prólogos a *Fuentes Castro*, *Garaycochea* y *Navarro Neyra*: los hemos transcrito textualmente de los periódicos y libros donde aparecieron.

Queremos insistir sobre un hecho: **ninguno de los escritos inéditos de este libro fué revisado ni corregido por el autor con miras a la publicación.** Algunos, en realidad, deben considerarse como fragmentos inconclusos, señaladamente *¿Qué hacer?*, *Escribas y retóricos*, *Los poetas*, *El siglo XVIII* y *El verso de nueve sílabas*.

*

* *

Las **notas marginales del autor** exigen comentario aparte. Como su nombre lo indica, son las acotaciones al margen del manuscrito, en el curso de sucesivas lecturas. Trazadas a menudo con el desaliño de lo espontáneo, suelen encerrar algunos de los más felices pensamientos del autor. Como lo ha dicho él mismo, “en lo improvisado se con- tiene muchas veces lo mejor y más original de nuestro “ingenio” (1).

Las notas marginales aparecen con frecuencia en los escritos inéditos y excepcionalmente en los publicados. Unas

(1) Conferencia en el Ateneo de Lima (*Páginas Libres*).

veces, son meras adiciones al texto y podrían acoplarse a la frase precedente a la llamada; otras, escolios, comentarios o pensamientos asociados, difíciles o imposibles de intercalar en el texto. También se presentan agrupadas, una nota seguida de la otra: acopio deshilvanado de material para una refundición ulterior. (Así en *M a d a m e A c k e r m a n n*, *C a m p o a m o r*, *L o s p o e t a s*, etc.)

Las notas marginales conservan aquí la misma colocación que en el manuscrito y ninguna ha sido incorporada al texto.

Las **notas del editor** abarcan informaciones cronológicas, bibliográficas, críticas y hasta anecdóticas, oportunas en un libro póstumo. Nos hemos esforzado en determinar la cronología de los inéditos: tarea difícil, pues resultan a menudo deficientes los indicios del manuscrito.

Deben entenderse como **notas del autor** las desprovistas de indicación contraria. Salvo aquellas como **Inconcluso en el manuscrito**, **Nombre ilegible**, etc., manifiestamente del editor y, por lo tanto, superfluo de especificar.

*
* *

El lector tropezará con algunas repeticiones: el mismo pensamiento o la misma imagen en dos ensayos diferentes, o idéntica frase en otro libro del autor. En tales casos — señalados, en los más notables, con una nota — hemos mantenido la integridad de los **textos**.

*
* *

Réstanos indicar que el título de este volumen ha sido ideado por Luis Alberto Sánchez, autor de la fundamental biografía de González-Prada, *Don Manuel*, y de brillantes comentarios críticos sobre su obra. *Nuevas Páginas Libres*: título feliz y bienhallado, no sólo por sus dignos precedentes en la historia literaria (*Nouveaux Lundis* de Sainte-Beuve, *Nouveaux Samedis* de Pontmartin, *Nuevas Cartas Americanas* de Valera, *Nuevos Motivos de Proteo* de Rodó), sino porque revive en esta recopilación póstuma el espíritu del primer libro de González-Prada, *Páginas Libres*, “obra clásica en América”.

ALFREDO GONZALEZ-PRADA (1)

(1) Todas las “*Notas del Editor*” pertenecen a don Alfredo González-Prada, hijo del Autor.

PRIMERA PARTE

JESUCRISTO Y SU DOCTRINA (1)

I

Hay en la vida de Jesús indisoluble combinación de historia y leyenda, de modo que ni los mismos cristianos discernen si un rasgo de su biografía pertenece a la realidad o a la imaginación de amigos o adeptos.

La gran laguna de su existencia da margen a mil conjeturas y suposiciones. ¿Qué hizo hasta los treinta años? ¿Dónde estuvo? ¿Vegetó oscuramente al lado de sus padres y hermanos o encontrando estrecho el lugar de su nacimiento se lanzó a correr mundos y tentar fortuna? Probablemente, si no salió del círculo ju-

(1) El manuscrito de este ensayo inédito corresponde a los años de la residencia de González-Prada en Europa, 1891-1896: está copiado en un cuaderno adquirido en París y posee las características grafológicas de dicha época. Pensamos, sin embargo, que el manuscrito de París es el **segundo borrador** de un original redactado en Lima antes de 1891. Después de 1896, el autor se desinteresó del ensayo: las enmiendas y notas marginales parecen todas anteriores a esa fecha, y las citas más recientes corresponden a libros publicados en 1894. (**Nota del editor.**)

dío, vagó de pueblo en pueblo, lejos de los suyos, pues no tuvo mucho apego al hogar ni fué muy amado por sus hermanos que le desdeñaban y hasta le creían loco. Afiliado tal vez a una de las sectas que por entonces pululaban en Palestina, prefirió el vínculo de las ideas a los lazos de familia. ¿No decía él mismo que sus verdaderos padres y hermanos eran sus discípulos? No se habla de que hubiese dejado descendencia ni mantenido relaciones duraderas con ninguna mujer.

Los Evangelios Apócrifos, particularmente el de la Infancia de Jesús, abundan de cuentos tan inverosímiles como ridículos; el mismo Lucas refiere seriamente la inconcebible historieta de que a los doce años hizo Jesús en compañía de sus padres un viaje a Jerusalem y anduvo perdido tres días hasta ser hallado en el Templo disputando con los doctores de la Ley. Mientras el Talmud asegura que estuvo en Egipto "aprendiendo magia" (1), algunos afirman que residió en Caldea, en Persia y aún en la India (2).

La misma incertidumbre respecto a su fin: unos le hacen morir a los treinta y tres años, quizá por ser el 3 un número cabalístico; otros (entre ellos algunos padres latinos) a los cincuenta; unos, crucificado en Judea; otros, de muerte natural en Egipto después de haber vivido mucho tiempo, consagrado al comercio. No falta quien le identifique con un personaje misterioso que bajo el nombre de Crestus (el Chrestus de Suetonio) apareció en Roma por los años 60 y 62 de

(1) Heinrich Laible, *Jesus Christus im Talmud* (Berlín, 1891).

(2) Nicolás Notovitch. *La vie inconnue de Jésus-Christ* (París, 1894).

nuestra era y vivió ocupado en conspirar por la emancipación de los judíos.

Y las mismas narraciones canónicas dan motivo para formular las suposiciones más aventuradas. Si, conforme a las *Actas de los Apóstoles*, Jesús a los cuarenta días de crucificado, se apareció a sus discípulos, debe concluirse, no que hubo resurrección y milagro, sino que Jesús había permanecido oculto y no había muerto en la cruz. Si dejáramos a un amigo nuestro desahuciado por los médicos, agonizante, y al poco tiempo le encontramos sano y bueno, ¿diríamos que la enfermedad había hecho crisis, o que nuestro amigo había muerto y resucitado? Aun habiéndole visto muerto, pensaríamos haber sufrido una alucinación, antes de admitir una infracción de las leyes naturales.

De Jesús no se ocupan sus contemporáneos: para encontrar mención de él en algún autor profano hay que salir del primer siglo. ¡Cómo!, el hombre que al decir de los Evangelios y de los apologistas cristianos realizó tanto milagro, ¿pasó ignorado de griegos y latinos y de sus mismos compatriotas?

Se atribuye generalmente al rabino Judas el Santo la *Mischna* o compilación de tradiciones judías; pues bien, ese libro compuesto en el segundo siglo de nuestra era no habla una sola vez de Jesús (1). Se dirá que siendo judío el autor de la *Mischna* le convenía no mencionar al fundador del Cristianismo, haciendo alrededor de su nombre lo que llamamos hoy conspiración del silencio. ¿Cuándo los hombres dejaron de mentar a sus enemigos o adversarios? Por los

(1) Gustave Brunet, *Les Evangiles apocryphes* (París, 1863). Pág. 382.

autores griegos conocemos a Jerjes y Darío, por los romanos a Aníbal y Vercingetórix, y por la Iglesia misma, interesada como nadie en apagar la voz y el recuerdo de sus contradictores, sabemos el nombre de impíos y heresiarcas. Se queman los libros o se suprime al autor; pero el nombre queda. Eróstrato es el único ejemplo contraproducente del vacío intentado alrededor de un hombre.

Admitiendo que el silencio maquiavélico hubiera cabido en el ánimo del rabino Judas el Santo y en el de sus demás coetáneos y correligionarios, ese mismo silencio no se concibe ni se explica en los romanos y mucho menos en los griegos, espíritus curiosos y des-preocupados, abiertos a la luz de todas las creencias. ¿Se alegrará escasez de escritores por la completa decadencia intelectual? El mundo no yacía entonces en la noche de la ignorancia como procuran darlo a comprender los ciegos panegiristas del Cristianismo. No existía verdadera solución de continuidad entre la era moderna y la era antigua: la tradición helénica estaba debilitada, no rota.

Grecia, herida por el omnipotente brazo de Roma, había perdido la supremacía militar y política; pero el genio helénico estaba muy lejos de haber exhalado el último suspiro. El Olimpo ideal dejaba todavía llover sobre la Tierra embriagadoras gotas de néctar, el Partenón se levantaba incólume y glorioso, como petrificado himno de gratitud consagrado por el hombre a sus Divinidades protectoras, y , como amigos silenciosos pero no mudos, se aglomeraban en las ricas bibliotecas los libros de los grandes escritores. Los sabios, los artistas, los gramáticos y los profesores, partiendo

de Grecia y de sus colonias, se derramaban por todo el orbe para comunicar el perfume de la civilización helénica. Evocada por la vara mágica de Alejandro, había surgido en las orillas del Mediterráneo una ciudad cosmopolita que servía de lazo entre Oriente y Occidente: Alejandría fué por muchos años el centro donde las fuerzas intelectuales del mundo convergían para unirse, modificarse y después irradiar en todo sentido. Exceptuando la Jurisprudencia y la administración, ¿qué era la Roma intelectual sino un reflejo de Grecia?

“Cuando apareció el Cristianismo brillaban con esplendor inusitado las ciencias, las artes y las letras. En sólo el siglo II figuran Tácito, Plinio el Joven, Plutarco, Frontino, Quinto-Curcio; en el imperio de Adriano, Flegón, Epicteto, Arriano, Filón de Biblos, Suetonio; en tiempo de Antonino Pío, Galiano, Justino, Apiano, Diógenes Laercio; en tiempo de Marco Antonio y Lucio Vero, Tolomeo, Sexto Empírico, Apuleyo, Pausanias, Aulo Gelio, Julio Pólux y Ate- neo, sin contar a los abogados famosos ni a los eminentes jurisconsultos que hoy mismo sirven de autoridad” (1). Pues bien, sólo un escritor judío: Flavio Josefo, y un escritor romano: Tácito, nombran a Jesús.

En las *Antigüedades Judaicas* acude tan fuera del caso la mención, los términos vienen tan opuestos al genio y creencias del autor, se descubre tan clara la interpolación que hasta los mismos católicos de buena fe se ven forzados a considerar como apócrifo el corto párrafo en que Josefo habla incidentalmente de Jesús.

(1) A. Pevrat, “*Histoire élémentaire et critique de Jésus* (Paris, 1864). Pág. 334.

Queda el pasaje de Tácito. ¿Es apócrifo también? Muchos lo creen, y nada tendría de extraordinario. En los primeros siglos de nuestra era, cuando las creencias cristianas se encontraban en vías de formación, se realizaban escandalosas falsificaciones, ya de buena o de mala fe, y por ignorancia o por exceso de malicia: falsificaba el creyente para refutar al hereje y al pagano, y el pagano y el hereje falsificaban a su vez para contradecir al creyente. Quien necesitaba de un texto, le inventaba; quien se veía estorbado por algún pasaje, le modificaba o le suprimía. Cada uno anotaba su ejemplar, y al ser prestado para obtener copia, la anotación entraba al texto. Ni los Santos Padres tenían escrúpulo de incurrir en tales pecados. La misma traducción griega de los Setenta, ¿no alteró y modificó el texto hebreo?

De modo que la existencia de Jesús se prueba sólo por los Evangelios, libros acreedores a todo nombre, menos al de irrefragables documentos históricos. ¿Qué son en resumen? Novelas historiadas o historias noveladas, engendros de imaginaciones infantiles o mórbidas: Horacio les habría llamado **aegri somnia vana**. Obras de segunda o tercera mano, parece que fueron redactados sobre un Evangelio primitivo — un Protoevangelio — que sirvió de base a los cuatro Evangelios canónicos (1). La vida de Napoleón referida por un cabo y según los datos de un inválido analfabeto, daría una idea de los Evangelios actuales. Hay un libro

(1) **Nota marginal del autor:** Respecto al Protoevangelio, no se sabe con seguridad en qué idioma fué redactado: ¿no falta quien diga que en celta! (Théophile Cailloux, *La Judée en Europe*. París, 1894. Pág. 211.)

popular que tiene muchos puntos de analogía con las narraciones evangélicas: la Historia de Carlomagno y los doce Pares de Francia.

Nada tan difícil como extraer la verdad de los primeros documentos cristianos, pues ni todo el contenido de los Evangelios canónicos es verdadero ni todo el contenido de los Evangelios apócrifos es falso. Hasta los mismos libros apadrinados por la Iglesia encierran una oscuridad caótica, defecto inesperado en obras de inspiración divina; el Dios bíblico, el asombroso creador de la luz, derramó claridad en todo, menos en sus palabras.

La Iglesia se debate desesperadamente sin poder salir de un dilema ineludible: si rechaza la autenticidad y verdad de los cuatro Evangelios, niega toda la religión cristiana, inclusive la existencia de su fundador; si admite la verdad y autenticidad, acepta las variaciones y contradicciones de Jesús, es decir, destruye su divinidad, porque un Dios no puede variar ni contradecirse. Sin embargo, los teólogos acuden al subterfugio de las interpretaciones: cuando la interpretación literal les perjudica, usan la alegórica; y cuando la interpretación alegórica les daña, apelan al sentido literal.

¿Se negará la existencia de Jesús, considerándole como un personaje simbólico, así como lo creyeron muchos heresiarcas de los primeros siglos, así como lo creyeron también Volney y Dupuis? No; pero se debe afirmar que no representó en vida un encumbrado papel, que pasó casi inadvertido de sus contemporáneos e inmediatos sucesores, que de personaje real se ha transformado lentamente en símbolo con atributos de sér divino y fantástico. En resumen, se puede admitir la realidad his-

tórica de Jesús, afirmando que en un pueblo de Judea, sin que se consiga marcar precisamente la fecha, surgió de las últimas capas sociales un hombre extraordinario que predicó la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y algunas veces la solidaridad humana.

II

Colocado en el confín del mundo antiguo y del moderno, como dividiendo en dos partes la jornada de la humanidad en la Tierra, Jesús se destaca a modo de inaccesible montaña con la cima envuelta de nubes: no la medimos con exactitud, sabemos sí que no llega al cielo.

Discípulos entusiastas, que no tuvieron ojos para ver defectos sino buena voluntad para encarecer virtudes, hicieron del humilde Nazareno un rabí, un profeta, un enviado del Padre, un Mesías, y contribuyeron inconscientemente a que ilusos o impostores crearan más tarde un Dios.

Aunque desfigurado por las incrustaciones legendarias, el fundador del Cristianismo no se levanta como aparición sobrenatural o ser caído de otro planeta para hablar una lengua nunca oída y practicar acciones nunca vistas. Antes de él, muchos hablaron lenguaje de paz y amor, muchos vivieron en el desprendimiento de los bienes, muchos murieron por la verdad y la justicia. Sus mismos panegiristas, al atribuirle todas las perfecciones imaginables, no salieron ni podían salir del terreno en que evoluciona la inteligencia del hombre al forjarse un ideal: con materiales humanos formaron un sér sobre-

humano, como el artista crea seres fantásticos al hermanar las alas del pájaro, el cuerpo del toro y la cabeza del león.

Si Jesús hubiera sido un Dios, algo nuevo nos habría enseñado, algo extraño a nuestro modo de ser, algo hiperhumano y supraterrrestre. Nada sobrenatural nos comunicó, y después de su venida quedamos en tanta oscuridad y miseria como antes de su encarnación. ¡Curiosa Divinidad que baja de su trono para venir a ser el eco de palabras dichas y redichas por los hijos de la Tierra! ¿Se alegrará que Jesús-Dios quiso adaptar su inteligencia infinita a la capacidad finita del hombre? ¿Que hablando con más profundidad y más elevación no habría sido comprendido? Basta recorrer los Evangelios para convencerse de que Jesús pudo manifestarse más elevado y más profundo sin correr el riesgo de ofuscar nuestra razón. El supremo poder intelectual consiste en decir con sencillez y claridad las verdades más profundas y más elevadas: de otro modo, la verdad no es un dón útil sino un enigma indescifrable y estéril.

Si moralmente Jesús conoce iguales y no superiores, no sucede lo mismo intelectualmente, pues nadie sostendrá que puede compararse con Platón o Aristóteles, con Tales o Pitágoras, con Fidias u Homero. Al divinizarle se le empequeñece: de un hombre muy grande se hace un Dios muy pequeño.

Hasta en la emisión de su doctrina siguió Jesús un procedimiento humano; no la enunció definitiva y completamente, como si dijéramos en bloque, sino fragmentariamente, con alteraciones sucesivas. Constatamos el nacimiento, la evolución y la selección de sus ideas, como podemos observar las de un Leibnitz o de un

Darwin. Así, en lo que se llamaría su primer apostolado, cuando vive sujeto a la doble influencia del Mosaísmo y de Juan Bautista, enuncia un deísmo puro, sin mediadores entre el hijo del hombre y el Padre celestial; pero muerto el Bautista, cuando queda entregado a la simple iniciativa personal o a la influencia de amigos y maestros, se manifiesta mesiánico, profetista, demoníaco y taumaturgo. De modo que si Jesús hubiera muerto en el primer período de su vida sería un personaje más encumbrado y más ideal que el Jesús. . . (1)

Y ¿pudo suceder diferentemente? ¿Se concibe que el esfuerzo mental de un solo individuo cree de un bloque toda una religión? De un cerebro aislado nace el cisma o el sistema filosófico; sólo de las muchedumbres nacen las religiones. El Islamismo representa la evolución del Judaísmo en la cabeza del árabe; el Budismo, que en unas pocas líneas se compendió en la boca del Buda, no merece llamarse una religión, sino la negación de todas ellas. La doctrina de Jesús condensó el trabajo mental y religioso del pueblo judío, desde Moisés hasta David, y desde las sutiles especulaciones de los rabinos hasta las groseras supersticiones de las muchedumbres insipientes (2). De las sectas que pululaban a su alrededor extrajo y combinó materiales para edificar su doctrina, como la planta saca del suelo y de la atmósfera los elementos necesarios para formar sus tejidos.

(1) Inconcluso en el manuscrito.

(2) Un escritor de origen hebreo, Alejandro Weill, rechaza la filiación mosaica del Cristianismo, lo considera como hermano del Talmud y agrega: "El dogma cristiano, excepto la Trinidad que es platónica, *sort tout entier avec tous ses détails du Talmud*". (*Moïse et le Talmud*, París. 1864).

A fuer de buen judío, Jesús abominaba la cultura griega tanto como aborrecía el despotismo romano, y si algo se apropió del helenismo, le vino de segunda o tercera mano, probablemente por comunicación oral de sus compatriotas que leían y estudiaban a los judíos helenizados de Alejandría (1). El caldeísmo y el mazdeísmo de su doctrina deben atribuirse a infiltraciones inconscientes y anónimas más que a préstamos directos y personales. Hay que repetirlo, el Cristianismo con todas sus sectas, es lo mismo que el Islamismo, un cisma del Judaísmo.

En los dos siglos anteriores al Cristianismo hubo en Palestina y entre los judíos residentes en Alejandría un activo y fecundo movimiento religioso que no se redujo a la sempiterna meditación y explicación del Antiguo Testamento, pues junto al infatigable interpretador y comentador de Moisés o Esdras, no faltaron hombres que rompieron el estrecho círculo judío y se lanzaron a estudiar la filosofía griega y las religiones orientales. ¿No están ahí en la misma Judea, los Esenios, especie de cristianos sin Cristo, hombres que ensalzaban la perfección interna sobre el culto externo, contradecían públicamente las tradiciones judaicas, admitían en su seno tanto a la mujer como al niño y predicaban la igualdad y fraternidad de todos los hombres?

Sin embargo, Jesús no gozó de popularidad entre las clases instruídas de su raza ni el Cristianismo echó raíces profundas en el terreno donde había germinado; si por algunas de sus creencias continuaba el monoteís-

(1) **Nota marginal del autor:** El vuelo de la inteligencia de Jesús no tuvo la amplitud suficiente para salir del mundo judío ni del romano.

mo judío, por otras lo contradecía: era la negación de la teocracia en un pueblo esencialmente sacerdotal. No sucedió lo mismo fuera de Palestina. Roma, paseando sus ejércitos victoriosos desde las selvas de Germania hasta las ciudades de Africa y España, había realizado la unidad política del orbe preparando así el advenimiento de la unidad moral y religiosa. El mundo greco-latino se hallaba tan maduro para recibir y hasta para engendrar el Cristianismo, su aparición era ya tan lógica y necesaria que si Jesús no le hubiera predicado, algún otro filósofo habría intentado la obra: como el Budismo en la India, como la Reforma en Alemania, como la revolución inglesa en 1648, como la francesa en 1789, fué resultado ineludible de mil causas mediatas e inmediatas. Antes de Cristo, los grandes filósofos eran ya cristianos, entendiendo por esta palabra el amor al prójimo y la creencia en Dios. El Cristianismo pudo germinar y fructificar porque su semilla cayó en terreno trabajado para recibirla, porque a más de las muchedumbres tuvo en su favor a los Emperadores que lo impusieron por conveniencia política; de otro modo, no habría convertido al mundo pagano así como hoy mismo no puede convertir al Japón, a la China ni a la India.

Todas las circunstancias favorecieron a Jesús, que no debe ser considerado como creador de luz nueva, sino como buen óptico que reúne y proyecta rayos dispares. Pero la Humanidad, que necesita personificar para rendir adoración, individualiza las obras colectivas, atribuye a un solo personaje el trabajo anónimo y secular de todo un pueblo. El Hércules mitológico, el Buda indio, el Zoroastro persa, ¿no resumen el trabajo realizado por diversos héroes en distintas épocas y diferentes países?

En Jesús se sintetizan las perfecciones de muchos hombres y de muchos tipos ideales; es un estilete forjado con la amalgama de cien metales.

Sin embargo, en la obra de Jesús resalta la afirmación de una personalidad. Uno de sus méritos se funda en haber hecho explícitos algunos preceptos morales que estuvieron implícitamente encerrados en otras religiones, habiendo condensado lo esencial de su doctrina en máximas definitivas que penetran en el cerebro "como clavos de "oro". Así, la doctrina fundamental del amor al prójimo, esbozada por los filósofos paganos y enunciada ya en el *Libro de los Reyes*, adquiere en Jesús un carácter definitivo, pasa de implícita a la condición de explícita.

Cierto, en Jesús se trasluce a veces toda la mezquindad del espíritu judío; pero, a semejanza de los Esenios, ensanchó prodigiosamente el radio de su ideal religioso convocando a toda la especie humana para disfrutar del privilegio reservado antes a unos pocos. Jesús derriba las puertas del estrecho templo judío y hace entrar en él a todos los hombres para recibir los dones del Padre celestial. Así, en un pueblo donde el sacerdocio era institución divina y tradicional, donde el culto había pasado de ley a costumbre, suprime todo intermediario entre el Cielo y la Tierra, no reconoce ni acepta más liturgia que la oración mental.

Como Sócrates, Jesús tuvo el heroico valor de afirmar la palabra con el acto, de padecer y morir por sus convicciones. Halló lo que muchas almas levantadas no encuentran siempre: la ocasión de manifestar su heroísmo; y en lugar de maldecir a sus crucificadores, debe agradecerles el haberle dado los medios de convertirse

en Dios y vivir en la historia siglos de siglos, quién sabe tantos como dure el Planeta. Sin Calvario no habría Tabor (1).

III

Si todo lo dicho y hecho por Jesús cabe en los límites de lo humano, ¿por qué su deificación? Felizmente, para mayor gloria de su nombre, él nunca se llamó Dios, limitándose a proclamarse mediador celeste o enviado del Padre, y protestando enérgicamente de que le creyeran un sér divino y perfecto. Como por ejemplo cuando exclamó: "Sólo Dios es bueno".

Pero con Jesús y su doctrina sucede un hecho curioso: el medio semipagano que favoreció la propaganda cristiana desfiguró al hombre y corrompió la doctrina. Cristo, en el centro puramente mosaico, habría sido un segundo Moisés, un nuevo Esdras o un enviado de Jehová, nunca un Dios. La renovación religiosa que, encerrada en el pueblo judío, hubiera sido un monoteísmo laico, degeneró hasta convertirse en un politeísmo sacerdotal (2).

"En las religiones antiguas la Divinidad no implica la perfección, y bastaba que un hombre dependiera o creyera depender de un ente imaginario o de

(1) **Nota marginal del autor:** La vida excéntrica de Jesús había desequilibrado tanto su organismo, los síntomas de la gran histeria se manifestaban ya tan claros, que si se hubiera prolongado su vida, tal vez habría concluído con la locura furiosa o la parálisis general.

(2) **Nota marginal del autor:** El Catolicismo es la incorporación del espíritu heleno en el judío, la integración del Politeísmo y del Cristianismo.

“ un sér real (**une puissance**) para que estuviera dispuesto a conferirle la Divinidad: para los romanos los Dioses eran amos o cómplices” (1). Los hombres de hoy no procedemos igualmente: si los simples indicios de perfección moral bastaron para que el vulgo pagano y el judío hicieran de Jesús un Dios, hoy todas las perfecciones físicas, intelectuales y morales reunidas en un solo individuo nos inducirían a considerarle como un hombre superior, no como un sér divino. La taumaturgia de un obrador de prodigios no nos alucinaría: si abriera los sepulcros y resucitara los muertos, veríamos en la resurrección un fenómeno de orden nuevo, consideraríamos al resucitador como un sabio que habría descubierto las leyes de la vida. Aunque surgiera un sér extraño y de sentidos excepcionales, le miraríamos como el individuo de una especie nueva, como el producto de la selección natural, como el superhombre: jamás como un Dios. No creeremos en la divinidad de un hombre, porque no podemos señalar límites a lo natural, porque viviendo en medio de leyes fijas e invariables, concebimos lo sobrenatural como una ficción metafísica (2).

El semita se distingue del oriental y del greco-latino en el haber establecido como precepto religioso la creencia en la unidad y perfección de Dios. La idea monoteísta no vino al judío por efecto de una inspiración divina como pretenden los católicos, ni brotó tampoco de una intuición como asegura Renan, queriendo hacer del Monoteísmo semítico algo parecido a lo que hizo

(1) Sully Prudhomme, **L'expression dans les beaux-arts** (Capítulo **L'expression en sculpture**).

(2) **Nota marginal del autor:** A más, infinito y divino son una misma cosa; e infinito que vemos y medimos deja de ser infinito.

Kant de la Geometría. La idea monoteísta nace confusamente en el cerebro judío y poco a poco se va precisando hasta adquirir forma clara y definida, como sucedió en Grecia, donde los grandes filósofos llegaron a la concepción de una causa primera y única. Con una diferencia: lo que en Grecia se redujo a opinión filosófica, en Judea tomó carácter de precepto religioso. Y es tan cierto, que en el mismo Génesis trasciende la creencia en una Divinidad hermafrodita o dual: "Dios—dice el texto — creó al hombre a su imagen y semejanza, macho y hembra le creó" (1).

La pequeñez, la nada del hombre resalta en los libros sagrados, desde el poema simbólico de Job hasta las desoladoras páginas atribuidas a Salomón. Ninguna literatura moderna o antigua, sin exceptuar la indostánica, denuncia un pesimismo tan desconsolador como la literatura hebrea, ninguna encierra más desprecio para el hombre y su gloria, para su vida y su muerte. Ella no le considera ni digno de la inmortalidad, y un escritor bíblico afirma que un asno vivo vale más que un hombre muerto. Los escritores hebreos cogen a la Humanidad, la revuelcan en el estercolero y en seguida la arrastran a los pies de Dios, no para que interroge y ratiocine sino para que adore y enmudezca. La distancia del Creador a la criatura es infinita. Ideas contrarias

(1) **Nota marginal del autor:** No, Jehová no emana del cerebro judío como Minerva de la cabeza de Júpiter: lucha siglos enteros para deshacerse..... (*) de su doble femenino. Si Jehová fué un mito solar, como algunos lo pretenden, tuvo probablemente su doble femenino, doble que poco a poco se fué resumiendo en su seno hasta desaparecer por completo.

(*) Ilegible en el manuscrito.

al espíritu helénico, pues los griegos consideraban a los Dioses como un simple ideal humano, cuando mucho como la proyección gigantesca del hombre en el cielo (1).

Si en el pueblo de Israel hubo siempre rezagos de politeísmo, al semita ilustrado, al fiel conservador de las tradiciones mosaicas, le repugnó la deificación del hombre: Israel tuvo profetas y Elegidos, no Hombres-Dioses. Ni el milagro era signo de divinidad: Moisés al sacar agua de la roca, Josué al detener el Sol, aparecen como simples agentes de la Divinidad. Jehová no consentía más Dios que él mismo y se avenía mal con la deificación de un sér nacido del polvo y condenado a regresar al polvo. El politeísmo quedaba para el vulgo.

A más, la redención divina, tal como la entendieron los primeros cristianos y tal como la entienden hoy mismo los católicos, es decir, el sacrificio de un inocente para borrar los delitos de un criminal, chocaba directamente con la pura doctrina mosaica no alterada todavía con la reforma de Esdras: para Moisés no existe perdón del delincuente que no expía su delito, ni cabe sustitución de un hombre por otro hombre al tratarse de inferir la pena. Ciertamente, hay el sacrificio simbólico al ofrecer una víctima propiciatoria, sacrificio en que la mano del sacerdote que degüella la víctima representa la conciencia arrepentida renegando su pecado; pero en la justicia puramente terrestre (Moisés no conoce otra desde que no habla de vida futura) el que incurre en un delito no se exime de la pena. Hacer sufrir a un inocente habría sido para Moisés el colmo de la iniquidad.

(1) Imagen repetida en *La Poesía*, página 68. (Nota del editor).

Por otra parte, el Redentor, o mejor dicho, el Mesías anunciado por los antiguos profetas no era una encarnación divina, un Hombre-Dios encargado de padecer y morir para redimirnos del pecado original; sino un simple hijo de Israel que debía cumplir la misión política de sacudir el yugo extranjero y la misión religiosa de imponer al mundo la creencia en la unidad de Dios, doble misión que se reduce a una, porque religión y patria eran inseparables en el ánimo del buen judío.

Lo dicho explica por qué Jesús encontró adeptos y discípulos entre los más ignorantes de su nación, por qué ningún judío de verdadero valor intelectual se convirtió al Cristianismo ni aceptó la divinidad del Cristo, “¿Cómo hemos de creerle Dios — decían, con razón, algunos de sus compatriotas — si vive como cualquiera de nosotros y conocemos a su padre, a su madre y a sus hermanos? Otros, figurándose que nuestras mezquinas preocupaciones de clases y familias tenían alguna significación ante la Divinidad, repetían sencillamente escandalizados: “Le creeríamos quizá el Mesías, si perteneciera “ a la estirpe de David; pero ¿cómo ofender la majestad divina, reconociendo por Dios al hijo del carpintero y de la peinadora?” (1)

Pero el proceso mental del filósofo moderno y el proceso mental de los judíos ilustrados difieren mucho

(1) Esta expresión denigrativa de los judíos al aludir a Jesús, “el hijo del carpintero y de la peinadora”, (repetida aquí por el autor) parece provenir, según Travers Herford, de un juego de palabras en el texto del Talmud: María, madre de Jesús, ha sido confundida con María Magdalena, y el vocablo “magdala” interpretado erróneamente como “m’gadella” (peinadora). De ahí “María la peinadora”. (R. Travers Herford, *Christianity in Talmud and Midrash*; Londres, 1903). (Nota del editor).

de la manera como pensaba el vulgo judío. Si en Israel las clases elevadas permanecieron fieles al monoteísmo, el pueblo no guardó la misma fidelidad a la creencia, o mejor dicho, descubría su politeísmo latente cuando encontraba una ocasión propicia. ¿Sus mismos profetas no le acusaban de olvidarse a menudo de Jehová para regresar a la grosera idolatría? ¿Era posible que en el roce íntimo con el extranjero, particularmente con el romano, la multitud no se contaminara con el politeísmo greco-latino? Sufriríamos una alucinación si viéramos a todos los semitas como una raza de monoteístas. En todas las sociedades, por homogéneas que nos parezcan, superviven las antiguas supersticiones religiosas, y junto al sabio que profesa la creencia en la unidad y perfección de Dios pululan los ignorantes que poseen un vestigio de verdad miserablemente adulterada por mil absurdos. Si parte del vulgo judío pudo aceptar la divinidad de Jesús, ¿por qué no la aceptarían los paganos?

Procediendo en sentido inverso de Moisés, que al sellar una conquista derribaba los ídolos y establecía la religión iconoclastica de Jehová, los victoriosos generales romanos, al anexar nuevos territorios al territorio del Imperio, agregaban divinidades exóticas a la abigarrada colección de sus hospitalarios templos. La nación que empezó por cueva de bandoleros, concluía por bazar de ídolos. ¿Qué le importaba, pues, albergar un Dios más en el museo cosmopolita de sus Dioses? Si los filósofos romanos consideraron a Jesús como un simple símbolo, si los creyentes vulgares le aceptaron como el numen de un Olimpo extranjero, nadie se imaginó, seguramente, que el humilde y oscuro advenedizo

de Galilea concluiría por destronar al Júpiter Máximo, al Dios de los Dioses.

Efectivamente, el huésped divino que al principio se contentaba y enorgullecía con ocupar en el Templo de Vespasiano un modesto lugar entre las Divinidades greco-latinas acabó por enseñorearse del santuario y arrojar a sus legítimos poseedores. Del Templo sale a la ciudad, de la ciudad al Imperio, del Imperio a todo el Occidente, y del Occidente al mundo entero. Había predicado la paz, y trae la guerra; había prometido el amor, y derrama el odio; había entrado como amigo, y se declara enemigo. Y el mundo (ingrato siempre no sólo con sus semejantes, sino con sus Dioses) aparta los ojos del Olimpo sereno y luminoso para volverlos al Gélgota sangriento y ensombrecido.

Pero el triunfo de Jesús, su apoteosis o deificación no fué la obra de un día ni de un siglo: por más de trescientos años hubo cristianos y hasta Santos Padres que no le creyeron Dios, pues la divinidad de Cristo no quedó plenamente sancionada sino en el Concilio de Nicea. De superstición vulgar, el Cristianismo pasó a creencia canónica.

Mas el Gran Pan no había muerto y sonriendo irónicamente aguardaba el momento de la venganza: veía que del Hombre-Dios al Dios trino, de la apoteosis al Politeísmo mediaba un solo paso.

IV

Al irse convirtiendo al Cristianismo, la abigarrada muchedumbre del Imperio Romano iba introduciendo

en la naciente religión todos los gérmenes del Paganismo, señaladamente la manía de la apoteosis. En los primeros siglos de nuestra era, cuando Roma se debatía en el lodo y la sangre, quizá era más fácil ser Dios que hombre virtuoso.

Un pueblo no salta violentamente, sin transiciones, desde el Politeísmo hasta el Monoteísmo. "Todos esos gentiles imbuídos aún de fábulas mitológicas, todos esos judíos conversos pero con la cabeza atestada de maravillas engendradas por la imaginación de los rabinos, todos esos neófitos de ayer, diseminados en Jerusalem, Alejandría o Efeso, eran incapaces de vencer rápidamente su inclinación a las ficciones" (1). Desde el humilde seglar hasta el obispo y desde el mercenario hasta el Emperador, los cristianos de los primeros siglos se creían discípulos de Jesús, y eran gentiles a medias o paganos mal purificados con el agua del bautismo: vacilaban entre el Jehová de la Biblia y el Zeus de Homero como el péndulo oscila entre los dos extremos del arco (2). Se figuraban poseer la quinta esencia de la nueva doctrina, cuando en realidad profesaban una creencia donde se amalgamaban los elementos más divergentes, desde el grosero fetichismo de los salvajes modernos hasta el confuso animismo de los hombres prehistóricos. Aún los sacramentos y el culto, en una palabra, toda la nueva liturgia era una copia o modificación de las ceremonias paganas. El cristianismo se arrodillaba en el templo donde se había postrado el pa-

(1) G. Brunet, *Les Evangiles apocryphes* (París, 1863). Pág. III.

(2) **Nota marginal del autor:** Como si el cerebro conservara el molde pagano, todas las ideas introducidas en él se paganizaban.

gano; cantaba un peán convertido en himno de Iglesia y consumía los restos de mirra y de incienso que el pagano no había concluído de quemar en los pebeteros.

Como los artistas transformaban los templos griegos en iglesias cristianas, las termas de los emperadores en conventos de frailes o una estatua de Apolo en una representación de Jesús, así los primeros creyentes hicieron del Dios uno un Dios trino. Al principio fué Jesús un enviado de Dios, en seguida el mismo Dios hecho hombre, después el Dios-hijo mandado a la Tierra por el Dios-padre, y en fin, la segunda persona de la Trinidad formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. A la concepción trinitaria precedió en la naciente religión una especie de creencia dualista que tuvo su más ruidosa expresión en el Maniqueísmo. La Trinidad era para el judío de Alejandría un vago recuerdo de Platón, para el heleno remedaba la tríada griega de Zeus, Poseidón y Plutón, para el romano copiaba la triple deidad capitolina de Júpiter, Juno y Minerva. Hasta el egipcio y el galo podían ver en ella la glorificación de sus Dioses tricéfalos.

Los primeros fundadores del Cristianismo procedieron con asombroso refinamiento político al no luchar abiertamente con el genio pagano, al admitir en vez del Dios ególatra y solitario de Israel un Dios humanizado y múltiple, en fin, al no vaciar de un modo violento y rápido todo el Olimpo greco-romano. Rompiendo bruscamente con lo pasado, proclamando el deísmo puro que más de una vez predicó Jesús, los propagadores o apóstoles del Cristianismo no habrían tenido a su lado al vulgo, enemigo siempre de toda reforma radical, con-

servador por instinto y costumbre. Y ¿qué cambio tan radical como pasar del politeísmo al monoteísmo? Quitamos hoy al vulgo católico sus santos y sus vírgenes, y veremos si se contenta con su Dios unipersonal y su cielo vacío.

Jesús representa la glorificación del hombre humilde, o mejor dicho, de la muchedumbre, a la vez que la protesta contra el Imperio oficial que divinizaba a sus tiranos. La muchedumbre se divinizó al divinizar al rabí de Nazaret, al hombre nacido en la unión de padres humildes. La idea de emparentar a Jesús con David y de hacerlo originario en Belem vino posteriormente, cuando se quiso acomodar su leyenda con las supuestas profecías. El Dios-hijo confirmó, pues, a la Trinidad un carácter popular y democrático; pero algo faltaba para que el Cielo se convirtiera en un nuevo Olimpo.

Cuando la mujer salió de su pasividad, cuando se manifestó como importante colaborador en la propaganda religiosa, cuando probó que ella también sabía padecer y morir con entereza varonil, entonces surgió el respeto al sexo femenino y con el respeto a la mujer nació y se propagó el culto de María. Esta, que había representado en vida de Jesús un papel oscuro y secundario y que no figuraba con extraordinario brillo en los Evangelios ni en los primeros Santos Padres, se transformó en la Virgen Inmaculada, en la madre de Dios, en la reina del Cielo. Destronada Juno, María ocupó el trono celestial donde uniéndose al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo formó una especie de **tétrada** con el personaje femenino que faltó a la viril y austera religión de Israel.

Y el proceso selectivo continúa: el Padre Eterno y

el Espíritu Santo van siendo poco a poco relegados en segundo término, mientras Jesús y María se transforman en Divinidades exclusivas y adquieren el monopolio del Cielo. El uno, pendiente de la cruz, coronado de espinas, con el cuerpo enrojecido de sangre; la otra, espléndidamente hermosa, circundada de estrellas, con los pies en el disco de la Luna, se destacan en el azul del firmamento pidiendo a la Humanidad el tributo de sus lágrimas y de sus dolores.

Esa Virgen-madre que no amó a ningún hombre, ese Hombre-Dios que tampoco amó a ninguna mujer, forman hoy una especie de maniqueísmo afeminado, un andrógino estéril de dos divinidades buenas aunque frías y antihumanas que simbolizan la negación del amor y de la fecundidad, o lo que es lo mismo, de la vida. Dioses tristes y lúgubres, más propios de una raza decrepita y moribunda que de la Humanidad en su florecencia juvenil, Jesús y María reinan hoy en el cielo sin amores ni caricias, como vegetan en el calor artificial del invernáculo dos plantas anémicas, nacidas en terreno sin jugo.

La época que engendró a tales Dioses no podía engendrar a otros. Si a la aparición del Cristianismo el mundo antiguo conservaba restos de su vigor romano y de su lozanía helénica, no sucedió lo mismo siglos después cuando los **bárbaros interiores** habían quemado las bibliotecas, derribado los templos y ahogado la voz de los filósofos y pensadores. En el siglo IV, el arte, la poesía y la ciencia de Grecia lanzaban sus últimos resplandores, el inmenso poder de Roma había cesado con la fracción del Imperio y los Bárbaros del Norte arrollaban y pisoteaban a los amilanados hijos

de los vencedores del Universo. El miedo a la muerte, esa palabra casi desconocida en la lengua del antiguo romano, se había apoderado de los corazones con las doctrinas de la inmortalidad del alma y de las penas y castigos eternos.

Roto el equilibrio moral, no se conocía ya esa noble serenidad que brillaba en la frente del hombre antiguo como la suprema conquista de la sabiduría. "Las imágenes estaban sobreexcitadas, los ánimos conmovidos, abundaban los caracteres débiles e irritables, se lloraba espontáneamente. Los casos de epilepsia eran frecuentes, el histerismo general, las alucinaciones comunes; se soñaba despierto; se sufrían pesadillas a la luz del día. Parecía que el Imperio en masa padecía una neurosis" (1).

La nueva religión excitaba los ánimos, les inspiraba una neurosis, y esos ánimos excitados y neuróticos acabaron por falsificar la doctrina y desfigurar a su apóstol. El Cristianismo puro, sin Trinidad ni sacerdocio, con el hombre en comunicación directa con Dios, fué degenerando hasta convertirse en el catolicismo, en esa tiranía sacerdotal, en esa pavorosa religión del espanto y de la muerte. Jesús, el enemigo del poderoso y del rico, el despreciador del placer y de los honores, se convirtió en el Baco de Palestina, y como el Dios asiático derramó en el mundo pelágico los gérmenes de la decadencia, así el Dios judío vino a dar el golpe de gracia a la civilización greco-latina y a sepultar la Humanidad en el letargo de quince siglos.

(1) Pompeyo Gener.

CATOLICISMO Y CIENCIA (1)

“Ceci tuera celà”.
Victor Hugo.

I

Presenciamos el espectáculo de una religión que después de haberse decretado su propia inmortalidad, camina irremediablemente a la disolución y la muerte. El espectáculo carecería de interés si a las supersticiones moribundas sucedieran nuevas supersticiones; pero no cuando a la creencia en misterios y dogmas sucede la concepción científica del Universo. Primero, hubo guerras entre religiones y sectas; en seguida, batallas entre

(1) Este ensayo inédito pertenece a la misma época que *Jesucristo y su doctrina* y, para afirmarlo, hacemos mérito de los argumentos aducidos en nuestra nota de la página 17. Es también, sin lugar a duda, un *segundo borrador*. La cita de la revista *Cœnobium* (1907) y ciertas notas marginales trazadas con tinta menos descolorida que la del original, acusan ligeras adiciones y enmiendas posteriores a 1896. (Nota del editor.)

religiones y metafísicas; hoy se plantea un dilema: Religión o Ciencia (1).

¿Desaparecerá violentamente el Catolicismo como isla en convulsión geológica, o lentamente, como cerro de arena minado por imperceptible hilo de agua? Al limitar a doscientos o quinientos años la existencia del Catolicismo, se olvida cuánto duraron las antiguas religiones orientales, no se recuerda que la masa inferior de la Humanidad conserva mil errores antes de admitir una verdad.

(1) En la primera página, el autor ha apuntado tres notas marginales:

Primera nota marginal del autor: Hay una obra iniciada por los antiguos filósofos de Grecia, interrumpida con el advenimiento del Cristianismo, recomenzada por los sabios del Renacimiento y casi rematada por los hombres de los dos últimos siglos: la separación entre las ilusiones religiosas y las verdades científicas. Se han marcado los linderos: de un lado los que afirman sin pruebas; de otro, los que antes de concluir observan y experimentan: aquí el teólogo, allí el sabio. Porque debemos llamar teólogo, no solamente al que afirma la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, sino al que las niega. Entrar en lo sobrenatural para negar o afirmar es ser teólogo o metafísico, lo que da lo mismo, pues la Metafísica no pasa de una Teología laica.

Segunda nota marginal del autor: Los teólogos, que tienen muchísima semejanza con los abogados, convierten la Biblia en una especie de código, donde el mismo artículo sirve hoy para salvar a un hombre y mañana para condenar a otro, aunque ambos se hallen en las mismas condiciones.

Tercera nota marginal del autor: Según los clérigos mismos, el mayor peligro que amenaza a la Iglesia es el antagonismo entre la religión y la ciencia. Peligro que aumenta día a día, pues como dice Littré..... **(Inconcluso en el manuscrito.)**

El aforismo **dime tú cómo naces y yo te diré cómo mueres**, cuadra tan bien a las religiones, que parece descubierto para serles aplicado: lentamente nacen y lentamente mueren. Una religión germina en el seno de otra, lucha contra su propia madre, vence y sube al apogeo para en seguida declinar y ceder el campo a nuevas creencias destinadas a sufrir idéntica suerte.

En nada se ve mejor confirmada la ley de la evolución como en las religiones y las lenguas. Como todos los animales terrestres se derivan de dos o tres especies primitivas, así las bases fundamentales de toda religión asientan en tres o cuatro supersticiones prehistóricas: la supervivencia después de la muerte, la explicación de todo fenómeno por la acción de voluntades análogas a la nuestra, la confianza en que tales voluntades serán aplacadas por el sacrificio y el ruego, he ahí el substrátum de dogmas y cultos.

Nunca se produce el desarrollo violento de una religión, como nunca se verificó la aparición súbita de un organismo completamente diverso a los organismos existentes (1). En las transformaciones religiosas, por más radicales que nos parezcan, hay una ruptura y una continuación; y las sectas, por contrarias que se pregonen de la religión-madre, heredan el aire de familia, conservan, por decirlo así, la plasticidad orgánica. Así, en el Catolicismo de hoy predomina tanto el genio del Judaísmo, que mil novecientos años no han bastado para hacer un Dios clemente y humano del implacable y fe-

(1) **Nota marginal del autor:** Jamás hemos visto abrirse la tierra para arrojar sobre su superficie un nuevo animal, ni del huevo de un pájaro nacer un vertebrado, ni del vientre de un mamífero venir a la vida un insecto.

roz Jehová (1). Hasta en los jefes o personificaciones de las sectas se ve la reproducción sucesiva, más o menos alterada, de los tipos primitivos: Lutero es un Mahoma alemán, Mahoma un Cristo árabe, Cristo un Zoroastro judío, Zoroastro un Buda persa.

Hay, pues, un substrátum religioso que perdura siempre, una especie de idea madre o cuerpo simple que entra en la elaboración de todos los sistemas religiosos. Puede afirmarse con Max Müller que “en la religión “ como en el lenguaje, todo lo nuevo es viejo y todo lo “ viejo es nuevo, que desde el principio del mundo no “ hubo religión enteramente nueva.”

II

El Catolicismo, siguiendo la ley de todas las religiones, no aparece como la eclosión repentina de un continente sino como la formación lenta de un terreno sedimentario. Desde la divinidad de Jesús en el siglo IV hasta la infalibilidad del Papa en nuestros días, cada siglo llevó su piedra para levantar el deforme y colosal edificio de la ortodoxia católica. No sólo todos los dogmas nacieron sucesivamente, deduciéndose los unos de los otros, sino cada dogma en particular siguió la evolución propia de todas las ideas, con su período embrionario y su período definitivo.

En los primeros siglos, el Cristianismo, no pudiendo negar la humildad de su origen sin atraerse la burla de

(1) **Nota marginal del autor:** El Catolicismo que en su origen fué una revuelta contra el sacerdocio y el imperio, se ha convertido, por una especie de atavismo, en poder sacerdotal y despótico.

sus enemigos, reconocía con muchos de sus apologistas, particularmente con Lactancio, que reuniendo las verdades esparcidas en las diversas escuelas filosóficas se podría formar un cuerpo de doctrina conforme a la doctrina profesada por los cristianos. San Agustín afirmó que a los platónicos les faltaba, para ser cristianos, cambiar unas cuantas palabras y abrazar las vías de humildad trazadas por el Cristo. Entre Platón y Cristo no median, pues, según el santo padre, diferencias de ideas sino de palabras, no oposición de morales sino falta de una virtud: la humildad (1).

Más tarde, cuando las muchedumbres del Norte se desgalgan sobre el Imperio Romano, cuando envuelve a la Tierra el crepúsculo de la Edad Media, el Cristianismo varía de táctica: dándose por una revelación celeste, proclamándose una doctrina incomparable y sin antecedentes, niega su filiación con el Paganismo grecolatino, repudia toda religión y toda filosofía. Pero queda por resolver una dificultad; como los platónicos habían sido cristianos por las ideas, como muchos gentiles lo fueron por las obras, como hubo cristianos antes del Cristo, los doctores de la Iglesia se ven perplejos ante el problema. Algunos pretenden que el Diablo había hecho algo así como una falsificación anticipada del Cristianismo con el propósito de que las doctrinas de Jesús no aparecieran completamente originales. El mismo San Agustín, siguiendo a (2) piensa que los filósofos griegos aprendieron en los libros hebreos

(1) **Nota marginal del autor:** Ni los arrianos, ni los griegos, ni los protestantes se alejaron del Cristo primitivo: los católicos sí.

(2) Nombre ilegible en el manuscrito.

las doctrinas cristianas, o pudieron ser instruídos verbalmente por algún judío, o conocieron de Dios lo que se alcanza naturalmente a conocer por la razón, lo que Dios les quiso descubrir, lo que Dios les reveló en cierto modo con sus obras. Así, conforme a la opinión del santo, Dios se reveló al pueblo judío por la palabra, a las demás naciones por la Creación: hubo dos revelaciones, la completa y oficial para unos, la incompleta y extra-oficial para otros.

¡Más que como un cisma semejante al Gran Cisma de Occidente, el Catolicismo debe considerarse como una encadenada serie de cismas que desvirtuaron poco a poco la doctrina de Jesús hasta convertirla en una secta guiada por el deseo de adquirir la dominación moral, política y social del Universo. La Tierra con un Papa-Rey es el verdadero ideal católico.

Pero el Catolicismo no viene sólo del Cristianismo ni del Judaísmo: como el hombre reúne en sí los órganos de los animales que le precedieron en la escala zoológica, así la Religión Católica amalgama las creencias de las religiones anteriores, desde el fetichismo grosero del antiguo egipcio hasta el idealismo sutil del filósofo alejandrino. Como las filtraciones exteriores no se verificaron en el mismo día ni de un solo bloque, como la misma evolución de la doctrina cristiana se realizó paulatinamente, se puede afirmar que la identidad de la creencia durante veinte siglos no pasa de una ilusión, que no hubo un Catolicismo sino muchos Catolicismos, que cada siglo, cada pueblo y cada individuo tuvieron su Religión Católica (1). ¿No hay inmensa distancia

(1) **Nota marginal del autor:** ¿Cómo puede permanecer idéntica una doctrina que por espacio de siglos vive en

entre la religión de los cuatro primeros siglos y el Catolicismo del siglo XIX? (1)

En resumen, el Catolicismo es una secta lentamente formada en el seno del Cristianismo, que, como dice Letourneau, constituye "una doctrina sin originalidad, en que se mezclan confusamente las antiguas religiones del Asia Central, el Judaísmo, las concepciones míticas de Egipto, el Politeísmo greco-romano y las supersticiones populares" (2).

III

Si no existen religiones improvisadas, tampoco las hay destruidas instantáneamente por acción de la fuerza brutal. Un combate de algunas horas concluye con la autonomía de un reino, una sola noche de sedición desarraiga la dinastía diez veces secular; pero años enteros de argucias maquiavélicas o de represiones sangrientas no logran extirpar el idioma, las tradiciones, las costumbres y, sobre todo, la religión de un pueblo. Las creencias no conocen batallas de Mantinea ni festines de Baltasar. Se resigna el hombre a perderlo todo, su posición social y su riqueza, su hogar y su patria, mas no su religión: quemada Troya, Eneas huye a Italia llevando sus Dioses penates; arruinada Jerusalem, los ju-

cerebros de hombres de distintas razas y de diferentes maneras de pensar?

(1) **Nota marginal del autor:** Al medir la diferencia entre los dos extremos parece imposible el tránsito; al examinarlo etapa por etapa, nada más fácil.

(2) *La Sociologie d'après l'Ethnographie* (París, 1892). Pág. 270.

díos se derraman por el mundo entero salvando las creencias de sus antepasados. Hoy mismo, en el éxodo de los irlandeses influye tanto la pobreza como la religión.

Las supersticiones religiosas poseen asombrosa vitalidad y resisten a una y cien mutilaciones, no sólo en el vulgo ignorante, sino en las inteligencias cultivadas: rara vez se profundiza en lo íntimo de un filósofo sin encontrarse con un supersticioso (1). Sócrates, antes de beber la cicuta, ofrece primicias a los Dioses; Lucrecio invoca a Venus en un libro escrito para derribar el Olimpo; Lutero habla con seriedad de tener al Diablo más cerca de sí que su propia mujer; Augusto Comte, después de fundar la Filosofía Positiva, concibe el monstruoso fetiche de la Humanidad y quiere organizar un sacerdote profano con una liturgia laica. Aun hoy, en el cerebro de grandes filósofos, subsiste la idea de un Dios creador y conservador del Universo. Los pueblos agregan supersticiones a supersticiones antes de cambiar un error por una verdad. Roma, que de sus conquistas regresaba con nuevos ídolos para sus templos, ¿será un símbolo del hombre?

Mas, si las religiones poseen extraordinaria fuerza vital, no les concedamos la fabulosa inmortalidad del fénix. Todas adolecen de un mal orgánico: el cisma. Y ¿a qué se reduce un cisma? Al esfuerzo de los hombres previsores y timoratos para conservar incólume el lustre del sacerdocio y para conciliar la doctrina reli-

(1) **Nota marginal del autor:** El aparente renacimiento del ocultismo en las naciones europeas no es más que una regresión a las supersticiones medievales.

giosa con el espíritu filosófico de la época. Doble objeto que se condensa en uno solo, porque la casta sacerdotal vincula de tal modo sus privilegios con los intereses religiosos que si en algún pueblo surge una voz clamando por la morigeración de las costumbres sacerdotales, el clero logra inculcar en las multitudes que la voz se levanta contra el Dogma, que atacar al ministro de Dios es atacar a Dios mismo. Y en el acto, una simple cuestión de moralidad y hasta de higiene pública queda desvirtuada y convertida en cuestión dogmática. ¿De qué nació el Protestantismo? Del combate a la simonía. Empezando por el ataque al sórdido tráfico de las indulgencias en Roma, se pasó de discusión en discusión a preconizar el regreso a las sencillas tradiciones evangélicas de los primeros siglos, es decir, se salió del Catolicismo: un Cristianismo primitivo existe o se imagina; pero un Catolicismo, no.

En el cismático se revela el creyente más conciliador y más avisado, porque se afana en impedir el naufragio total de su religión. Despojándose de lo envejecido para modernizar la creencia, sacrificando lo accesorio a lo principal, se maneja como el capitán que arroja al agua el cargamento para salvar el buque. Arrio, Focio, Lutero y Calvino, ¿qué fueron? Nadie les acusará de incrédulos, escépticos o ateos.

Al declararse un nuevo dogma o al patentizar la falsedad de alguna creencia tenida por verdadera, surge siempre un cisma iniciado por los hombres temerosos de ver ahondarse más el abismo entre la Religión y la Ciencia. Los creyentes hipnotizados por la voz de la autoridad religiosa aceptan lo nuevo y siguen apegados al error añejo, mientras los espíritus sanos y fuertes se vuel-

ven cismáticos, practicando una selección, y rechazan tanto las novedades dogmáticas como las supersticiones envejecidas. Algunos, en vez de mantenerse adheridos a su credo más o menos modificado, continúan evolucionando en el sentido de la libertad: el Padre Jacinto y el canónigo Doellinger, empezando por no aceptar el nuevo dogma de la Infallibilidad Pontificia, concluyeron por salir completamente del Catolicismo. Es que al discernir los argumentos de la autoridad eclesiástica para declarar un nuevo dogma, dejamos la fe ciega, raciocinamos libremente, y, como es natural, en vez de contentarnos con aplicar nuestra razón al examen de un caso particular, la aplicamos a toda nuestra creencia.

Así, de cisma en cisma se clarifica tanto la creencia en algunas comuniones protestantes, que muchos hombres blasonan de cristianos sin tener fe en la Biblia ni en la divinidad de Jesucristo (1). La Religión se reduce en ellos al reconocimiento de un Dios y a la práctica del amor a sus semejantes, en pocos términos, a un deísmo humanitario. Por eso, aunque el triunfo de la Reforma sea tan abominable y sangriento como la propagación del Catolicismo, aunque Enrique VIII aparezca tan odioso como Felipe II y Calvino recuerde a Santo Domingo y Torquemada, el advenimiento del Protestantismo debe considerarse como un bien para la Humanidad: contrabalancea la fuerza de Roma en el mundo occidental y sirve de ventana siempre abierta para salir al racionalismo.

(1) **Nota marginal del autor:** Se toma de Cristo la doctrina, sin admitir su divinidad.

IV

El Catolicismo sufre hoy una crisis inevitable y funesta: no se ve frente a frente de un cisma sino de un enemigo más poderoso (1). Mientras los teólogos se desvelaban interpretando versículos de la Biblia y estableciendo a priori toda una Cosmogonía, un reducido grupo de hombres se consagraba pacientemente a la observación de los fenómenos para inducir las verdaderas leyes de la Naturaleza. De ahí brotó, más propiamente dicho, resurgió la Ciencia. Nacida con Tales, ensanchada por cien sabios de Grecia y sus colonias, aletargada en el largo período de la Edad Media, la Ciencia resucitó con el Renacimiento, semejante al grano de trigo que duerme siglos enteros en la tumba de los Faraones y que al ser enterrado en el campo germina, florece y espiga.

Si el Catolicismo marcha de acuerdo con la Ciencia, desaparecerá como riachuelo en río caudaloso; si no marcha con ella, sufrirá la suerte de las aguas estancadas. No, el Catolicismo no puede aliarse a la Ciencia: aleccionado con el ejemplo del Protestantismo que va desapareciendo por disgregación, quiere ensayar el medio de conservarse por concentración o solidificación, sin recordar que, para un organismo, convertirse en gas equivale a transformarse en piedra: tan muerto está el hombre volatilizado en una hoguera como el animal fo-

(1) **Nota marginal del autor:** El Catolicismo llegó a su apogeo en la Edad Media, principió a declinar con el Renacimiento y vive hoy reducido a la condición de una secta encerrada en otra secta.

silizado en una roca. Ya la Iglesia definió claramente su regla de conducta al encastillarse en el *Syllabus* y declararse en guerra con la Ciencia y la civilización modernas. En el orden moral, el Vaticano representa el mismo papel que la China en el orden político. Inmóvil en medio del movimiento, infecundo en el centro de la vida, el Catolicismo es un bloque de granito en una tierra de labor, un cementerio en el corazón de una ciudad (1).

Entre la Ciencia y las religiones hay relaciones, pero de contraste, de oposición: sobre todo, emplean métodos diametralmente opuestos, pues mientras la Ciencia observa los fenómenos y estudia sus dependencias o conexiones para inducir la ley, la Religión establece una ley a priori y en seguida quiere someter a ella los fenómenos. Los teólogos afirman con mucha gravedad que todas las verdades se derivan de la verdad religiosa, y, llegado el caso, probarían que las leyes de Kepler se hallan contenidas en el Génesis.

Si la flaqueza de las religiones nace de afirmar sin pruebas y creerse infalibles, la fuerza de la Ciencia se funda en dudar de sí misma, como guerrero que sabe el defecto de su armadura. La Ciencia absoluta, la Ciencia en sí, vale nada o poco, y los mismos sabios la miran como un cúmulo de verdades provisionales, no como un edificio inamovible y definitivo. Ellos no la juzgan infalible ni destinada a revelarnos el origen y fin de las cosas sino a estudiar y explicarnos el cómo de los fenó-

(1) En *El deber anárquico* está repetida la misma imagen: "... El Cristianismo — y de modo especial el Catolicismo — hace las veces de un bloque de granito en una tierra de labor..." (*Anarquía*, página 25). (Nota del editor.)

menos ocurridos a nuestro alcance; listos siempre a cambiar de hipótesis cuando la antigua no satisface, conociendo que las únicas verdades indiscutibles son las verdades matemáticas, los sabios no se encariñan ciegamente por un sistema ni proclaman la infalibilidad de una teoría. Fuera del $2+2=4$, en el mundo intelectual, no hay pruebas, sino opiniones (1).

La esencia del espíritu científico es la actividad, la infatigable labor para descubrir la verdad, separarla de los errores y presentarla en su desnudez; la esencia del espíritu religioso (señaladamente del católico) es la pasividad: desde que el hombre de fe se cree poseedor de la verdad suprema, ¿por qué afanarse en investigar las

(1) El autor ha apuntado dos notas al margen de esta página:

Primera nota marginal del autor: Nadie más tímido en sus afirmaciones que el verdadero sabio; los mal iniciados, los profanos, esos son los audaces y los habladores dogmáticos. El que piensa verlo todo, no ve más allá del alcance de su mano.

Segunda nota marginal del autor: Pueden los espíritus frívolos imaginarse que la Ciencia lo realiza todo; pero el verdadero sabio desconfía de sí mismo, de sus métodos, de sus observaciones y de sus instrumentos.

A continuación de las notas marginales está copiada la siguiente cita:

“L'ancienne conception de la science était rigide et abstraite; les lois découvertes par le physicien s'adaptait exactement à la nature, elles étaient considérées comme “les pensées éternelles du Tout-Puissant”. Mais peu à peu, avec le progrès des sciences expérimentales, on s'est aperçu que les lois scientifiques sont surtout des approximations; que les théories ne sont pas une transcription du réel, mais un point de vue pratique sur l'objet.” (Em. Duprat, *L'attitude pragmatiste*; revista *Cœnobium*, noviembre de 1907.)

otras verdades? ¿Por qué buscar lo accesorio si se tiene lo principal? En fin, ¿por qué meditar si la Iglesia medita por sus fieles y les impone la creencia? Si un católico sabe el origen y fin de todas las cosas, si hasta conoce la intención divina, nada útil le resta que aprender y la consecuencia lógica de tan glorioso estado es la contemplación estática o la pereza vanidosa. Si olvidándose de su ciencia suprema, un católico se lanza a sondear el Cosmos, retrocede apenas vislumbra una ley en pugna con sus supersticiones. Por eso una teoría como la evolución, no pudo germinar en un cerebro católico. Cierto, el Catolicismo tiene su actividad, su agitación de águila ciega entre los alambres de una jaula: la exégesis. ¿Qué sacó la Humanidad de la eterna labor de comentar la Biblia y de las interminables discusiones escolásticas? Todos los Santos Padres, todo Santo Tomás de Aquino, todos los Cánones de la Iglesia pueden desaparecer sin que la Humanidad se resienta de su pérdida (1).

La Religión, a la vez que a la pasividad, tiende a la uniformidad. Un pueblo donde todos los hombres pensaran de igual manera y creyeran lo mismo, donde no surgiese la menor discrepancia intelectual ni moral, sería una serie de autómatas en la misma posición y con el mismo gesto, un museo de organismos petrificados en idéntico período de su desarrollo. "Quien haya es-

(1) **Nota marginal del autor:** Mientras la Ciencia proclama la salud, la felicidad y la vida, la Religión glorifica la enfermedad, el dolor y la muerte. ¿Cómo glorificar el dolor y la enfermedad que abaten los caracteres más enérgicos y más viriles? ¿Cómo glorificar la muerte que se reduce al triunfo brutal de la fuerza anónima sobre la inteligencia y la voluntad de nuestro yo?

“tudiado el orden natural, sabe que sin variedad no
 “cabe progreso, que a la variedad se debe la evolución
 “de la vida. Consecuencia ineludible: la detención del
 “germen de la variedad implica la detención de todo
 “progreso ulterior” (1). Según la misma Religión, “el
 creyente es la oveja de un rebaño”; el pensador libre,
 el sabio, es **el hombre** en la más noble acepción de la
 palabra (2).

Los individuos que defendieron su individualidad, que no se dejaron absorber por las multitudes ni gobernar por las autoridades, se levantan y brillan en la historia de los pueblos como bienhechoras columnas de luz en medio de la noche. En el orden religioso como en el político, en el literario como en el artístico, los benefactores de la Humanidad, la verdadera sal de la Tierra, fueron los indisciplinados y los rebeldes. Y entre los indisciplinados y los rebeldes, nadie tal vez más meritorio que los herejes. El hereje ha sido el hombre que se ha rasgado la venda para ver con sus propios ojos, que ha salido del camino trillado para buscar una senda nueva de un nuevo mundo. Hasta en su extravío, vale más que los ciegos y los resignados. “El calificativo de hereje es, en ciertos siglos, la mayor recomendación de un sabio ante la posteridad” (3).

Muchos se complacen en repetir que la Ciencia, no

(1) Ilegibles en el manuscrito el nombre del autor y el título del libro de donde ha sido tomada esta cita. (Nota del editor.)

(2) Nota marginal del autor: El que divide, el que suscita tempestades, produce el bien: la uniformidad es casi siempre la conformidad con el mal.

(3) Lessing. — La misma cita aparece en *Un rato de Filosofía*, pág. 78. (Nota del editor.)

habiendo cumplido ninguna de sus promesas ni hecho la felicidad de la especie humana, está hoy en completa bancarrota. ¿En qué libro de Química, de Física, de Astronomía o de Mecánica se prometió jamás que de un teorema o de una fórmula dependía la felicidad de nuestro planeta? Las ciencias ocultas pueden haber ofrecido abracadabras para transmutar los metales, filtros de amor o elixires de larga vida; la verdadera ciencia, la Ciencia, nada prometió, y no hizo más que escudriñar la Naturaleza para extraer siquiera un átomo de verdad. ¿Y quién profetizó que la verdad sería dulce y agradable, y sobre todo conforme a los intereses y deseos del hombre? (1) Por el contrario, la Ciencia dispó más de una ilusión, probando que la Tierra no era el astro central del Universo, sino un insignificante planeta en uno de los innumerables mundos del espacio; probando también que el hombre no era un sér privilegiado, sino una especie en la escala zoológica; probando que Hombre y Tierra pueden mañana desaparecer sin que el Universo se resienta de la desaparición (2).

En cuanto a la bancarrota de la Ciencia (bancarrotada preconizada por los teólogos o literatos de similor científico) basta preguntar si dos y dos han dejado de ser cuatro, si los tres ángulos de un triángulo no equivalen a dos rectos y si el agua no se compone ya de oxígeno y de hidrógeno (3). Bancarrota, la hay en el Catolicis-

(1) **Nota marginal del autor:** El sabio se estudia a sí mismo como si se tratara de un sér extraño, sin cuidarse de las consecuencias de su estudio, preocupándose sólo de la verdad o falsedad de los principios.

(2) Frase repetida en *¿Qué hacer?*, página 89. **Nota del editor.**)

(3) **Nota marginal del autor:** Tanto vale la Ciencia, con tanto lustre brilla todo lo que a ella se refiere, que

mo, que no supo levantar a la mujer ni alcanzó a liberar al esclavo; que en dos mil años de dominación no pudo convertir ni a la décima parte de la Humanidad; que ve cada momento separarse de su seno a todo fiel cuando se instruye y piensa; que se va limitando a una superstición infantil y femenina; que tiende a perder su carácter moral y reducirse a arma política para dominar y adormecer a las muchedumbres (1).

Para estimar el valor relativo de Ciencia y Catolicismo, basta imaginarse lo que sería una sociedad sin creencias o sin conocimientos. Con la ignorancia completa, vendría el regreso al estado primitivo, la vida salvaje, el sueño en la caverna, el vestido de hojas y el alimento precario de la caza y de la pesca, a no ser el canibalismo. Sin Religión, quedaría la moral más o menos rudimentaria: ¿no vemos alrededor nuestro, no vivimos cerca de hombres que rechazan toda creencia religiosa y sin embargo pueden citarse como tipos de abnegación y virtud? Por el contrario, ¿no nos rozamos a cada paso con fervorosos creyentes, modelos de perseverancia? “La Ciencia Positiva — como dice muy bien “ Stuart Mill — no sirvió nunca de base a la educación intelectual”, así que apenas si logramos imaginarnos una sociedad de hombres completamente sanos de corazón y cerebro; pero la Religión Católica disfru-

si los eruditos y los pedantes logran imponerse es por el tamiz científico que dan a sus escritos.

(1) **Nota marginal del autor:** ¿Se debe acaso a la Religión el vapor y la electricidad, las matemáticas y la higiene? Los exvotos, ¿operan como antisépticos? Los signos de cruz, ¿apagan el hambre y la sed? Las plegarias, ¿hacen germinar el trigo? Los paternoster, ¿sirven de pararrayos?

tó por muchos siglos el monopolio no sólo de instruir al niño, sino de gobernar al adulto y hasta de regir el Universo. Pues bien, el apogeo del Catolicismo coincide con el mayor abatimiento moral, con la mayor ignorancia, con la mayor miseria. Irlanda y España, los pueblos católicos por excelencia, ¿no son los más atrasados y miserables de Europa?

Las religiones nacientes y los cismas se perfuman con el saber de su tiempo, se enriquecen con un tesoro más o menos puro de verdades y sirven por algunos años de vehículo civilizador. Mas el contagio benéfico no dura mucho, la alianza cesa pronto, porque un aliado vuela y el otro se arrastra. El divorcio concluye con la guerra, pues la Religión, que se alía para adquirir fuerzas y dominar a su aliado, se juzga desposeída de un legítimo derecho cuando no reina sola. Veamos todas las religiones: la más grosera dirá que ella sola civilizó al hombre. Lo dirá con el orgullo de la hormiga que instalada en la frente de un buey, se jacta de haber labrado la tierra (1).

Y ninguna religión más absorbente, más agresiva, más militante que el Catolicismo. El hizo que la persuasión cruzara el Universo entre hierro y sangre, él, y no el Islamismo, lanzó a la faz de la Humanidad el terrible dilema de creer o morir. Hoy mismo, debelado, impotente, sin fuerza para quitar la vida del hereje o del impío, excomulga, cierra el cielo y se regocija de haber inventado con el infierno una especie de inquisición póstuma.

La Ciencia no procede así: tiene carácter conciliador.

(1) Frase repetida en *Un rato de Filosofía*, página 86.
(Nota del editor.)

pacífico y tolerante, porque sabe que el Universo no camina a saltos, sino a rastras, que el hombre no se despoja en un solo día de los errores acumulados por una herencia secular, que en la Naturaleza no hay milagros sino fenómenos, no revelaciones, sino descubrimientos. ¿A quién anatematizó jamás la Ciencia para probarle que una línea recta es la distancia más corta entre dos puntos? ¿A quién encarceló para convencerle de que un bacilo produce la tuberculosis? ¿A quién torturó para hacerle admitir que la Tierra gira alrededor del Sol?

En su guerra contra la Religión Católica, la Ciencia no azuza el furor de las muchedumbres para lanzarlas a la acción desenfrenada y brutal: comprende que el templo y el convento caerán en tierra porque no se apoyan en bases sólidas; que sacerdote y monja desaparecerán por falta de medio ambiente, como desaparecieron los organismos rudimentarios de las épocas primitivas.

La Religión Católica se personifica en el monte de arena; la Ciencia, en el hilo de agua que grano a grano va derrumbando al monte.

SEGUNDA PARTE

LA POESIA (1)

Ha pasado el tiempo en que las reinas besaban la boca de los poetas dormidos o los reyes se honraban tanto de cincelar un soneto como de ceñirse la corona. Hoy los mismos autores de versos se complacen en denigrar la poesía; y aun Chateaubriand (que vive por el sentimiento y la imaginación de sus libros) sostiene que "volverse poeta equivale a perder la fuerza del pensamiento". Sin embargo, a un Chateaubriand se opone un Víctor Hugo: el autor de *Hernani* y *La leyenda de los siglos*, el hombre que versificó por espacio de setenta años, considera la poesía como un sacerdocio, dice que el poeta ejerce cargo de almas y no vacila en afirmar que "veinte versos de Virgilio ocupan más sitio en el genio humano y hasta en el progreso de la civilización, que todos los discursos habidos y por haber."

(1) Ensayo publicado por primera vez en 1902 (?) en *La Nación* de Buenos Aires. Ha sido reproducido a menudo en diarios y revistas de Hispano-América. Se han hecho varias ediciones en folleto en la República Argentina.

Ya hemos indicado en las **Advertencias** las muy ligeras enmiendas sufridas por este texto, que completamos de dos acotaciones del autor al margen del recorte. (Nota del editor.)

La antigüedad nos ofrece un contraste muy curioso: mientras Platón ve la poesía como un arte nocivo a la sociedad, Aristóteles la mira como algo más filosófico y más serio que la historia. Y ¿quién era Platón? Un poeta divagando en las **nebulosidades** de la **metafísica**, una especie de Chateaubriand pagano. Y ¿quién era Aristóteles? Un sabio encerrado en el dominio de la Naturaleza, el Bacon y el Darwin de la Grecia.

Hace algunos años en una sociedad literaria de Europa se discutió largamente para decidir si la poesía estaba condenada a desaparecer con el adelanto de las ciencias y la industria. Como no sabemos el fallo de la docta asamblea o cónclave literario, nos ceñiremos a insinuar que si la poesía deja de vivir, no deberá su muerte a la industria ni a la ciencia.

El "aquello será matado por esto" se quiere realizar en el campo de la literatura: la prosa tiende a eliminar el verso, como el gas eliminó a la bujía, como la luz eléctrica va eliminando al gas. Y se comprende. Si antiguamente la poesía condensaba toda la ciencia, toda la religión y toda la filosofía de una época, hoy toda la savia y toda la médula del pensamiento humano se encierran en la prosa. Así, mientras los sabios y filósofos de Grecia componían sólidos y nutridos poemas donde sintetizaban su concepto del Universo y de la vida, (1) los rimadores y aficionados de nuestro siglo hilvanan rotundas y endebles estrofas donde analizan las alteraciones morbosas de su organismo. No florecen los ver-

(1) **Nota marginal del autor:** Filósofos como Jenófanes de Colofón, Parménides, Empédocles, etc., escribieron largos poemas en que desarrollaban sus teorías. Solón compuso uno de cinco mil hexámetros, y vacilaba sobre si redactaría sus leyes en prosa o en verso.

daderos poetas, aunque pululan los buenos versificadores, quiere decir, los hombres adiestrados en disimular con el ropaje del verso las deformidades que resaltarían en la austera desnudez de la prosa. ¡Quién sabe si en muchos versificadores se oculta un prosador en bancarrota! En ciertos individuos el arte de rimar se confunde ya con el oficio mecánico: escriben una silva o un soneto de igual manera que un obrero tornea una columna o engoma una tela.

Como no se piensa en verso, como no se siente con verdad ni se renuevan las imágenes manoseadas y envejecidas, puede afirmarse que la poesía florece hoy lejos de los poetas. Efectivamente: en Spencer, Darwin y Haeckel, ¿no hay más inspiración que en las rimas de sus contemporáneos? ¿Tiene Núñez de Arce las metáforas de un Guyau, Zorrilla el sentimiento de un Dickens o el colorido de un Goncourt? Hasta la armonía de las lenguas se refugia en los prosadores. Nadie osaría negar a Campoamor un talento fecundo y variado, aunque suele poetizar en metafísica y **metafisiquear** en poesía. Ahora bien, léase *M a d a m e B o v a r y o S a l a m m b ô* después de las *D o l o r a s* o los *P e q u e ñ o s p o e m a s*, y dígase dónde luce la armonía del estilo, respóndase si el verso del poeta castellano se iguala con la prosa del novelista francés.

El defecto de los poetas, lo que más les divorcia del lector, es el no entrar de lleno en la corriente del siglo, el arrastrarse cuando el mundo vuela, el preferir las regresiones a los avances. Si representáramos la Humanidad por un ejército caminando a marchas forzadas, los modernos trovadores harían el papel de rezagados.

¿Qué glorifican por lo general? Hoy la religión católica o el error confirmado en los muros de una iglesia, mañana la patria o el egoísmo encerrado en una denominación geográfica. Rarísima vez se remontan libre y alto para mirar en la verdad científica la sola religión de las almas escogidas o reconocer en el Universo la única patria de los hombres civilizados. Como la poesía religiosa o eclesiástica no pasa de sermones rimados o teología en consonantes y como la patriótica u oficial se reduce a política glosada o editoriales en verso, ¡qué lánguidas, qué insufribles, qué soporíferas las divagaciones de los creyentes y de los patriotas!

A un rey de Persia le habían anunciado que moriría de un bostezo, y como según el refrán siempre se bosteza de sueño, de hambre o de fastidio, los palaciegos se desvelaban porque su majestad se acostara temprano, comiera bien a sus horas y se rodeara de personas alegres y entretenidas. Primero que nada suprimieron de la biblioteca real los libros de jurisprudencia, moral y teología. Gracias a tan sabio sistema higiénico, el rey vivió medio siglo, y prometía llegar a cien años. Desgraciadamente, el día menos pensado se halló a solas con un extranjero que le rogaba escuchar la lectura de una tragedia clásica, en verso, cinco actos y sus dos unidades de tiempo y lugar. ¿Quién no cede a un ruego? El rey se ablanda y presta el oído; mas antes de concluirse la lectura de la primera escena, arroja un bostezo y muere.

Se concibe ya que algunos hombres tiemblen al sólo divisar un volumen de versos, principalmente en lengua castellana. Casi todos los poetas sudamericanos y españoles respiran el aire de la Edad Media, figuran como

anacronismos vivientes. En lugar de trascender a néctar y ambrosía, huelen a incienso y pólvora, cuando no a humedad de cripta ni a emanación de cuartel. A más, como para ellos una versificación brillante suple ventajosamente a las imágenes y a las ideas, suenan hueco, tienen alma de aire, consistencia de vejiga. Algunos, los que llevan el **record**, lanzan composiciones híbridas y risibles, donde amalgaman el patriotismo con la idolatría, poniendo a Jesús el casco de Marte, a la Virgen el escudo de Palas Atenea. De modo que si los poetas han dejado de asesinar con tragedias clásicas, siguen adormeciéndonos con himnos religiosos y canciones nacionales.

El fracaso de las poesías castellanas traducidas a diversos idiomas, o mejor dicho, la imposibilidad de vulgarizarlas entre los hombres cultos de Europa, nace no tanto del lenguaje enfático y ampuloso como del espíritu regional y estrecho. Es que por el odio al extranjero y el amor a las tradiciones religiosas, la nación española guarda mucha semejanza con el antiguo pueblo de Israel. En el verso castellano se oye repercutir el clamor de una secta o de un partido, mas no se siente latir el corazón de la Humanidad.

II

Al llamar a la poesía del porvenir **el canto de la Razon**, se dijo muy bien que el poeta y el creyente no seguirían confundidos en un solo molde, dado que si hay una razón deísta y piadosa, hay también una razón irreligiosa y atea. Los hombres de la Antigüedad no deja-

ron de cantar la religión al glorificar la Naturaleza, porque entonces lo humano y lo divino marchaban inseparablemente unidos, porque el saber y las supersticiones formaban una especie de conglomerado indistinto y disforme. En Grecia no mediaba entre el cielo y la tierra un abismo infranqueable ni el Creador abrumaba a la criatura con el peso del infinito; los dioses eran como la proyección gigantesca del hombre en las alturas (1). Siendo divina la Humanidad y humana la divinidad, se cantaba lo humano al cantar lo divino.

Hoy no sucede lo mismo, habiéndose consumado una separación irremediable: de un lado se levanta el saber, del otro lado las supersticiones. Queda fijado el lugar del hombre en la creación, el papel de la tierra en el Universo. Al regresar a la poesía religiosa, para confundir lo humano con lo divino y la verdad con la mentira, se quiere unificar lo diferenciado, se intenta una evolución a la inversa. A veces se cometen impiedades o herejías. Según Tolstoi, el arte se propone comunicar a los hombres los sentimientos que experimenta el artista, y como lo más elevado y lo más noble de una época se atesora en la religión, el arte verdadero y por consiguiente la poesía, debe glorificar los sentimientos religiosos. Pero conviene observar que Tolstoi no profesa el catolicismo romano ni la ortodoxia griega, sino una especie de cristianismo desinfectado, más bien dicho, un deísmo humanitario y altruista. Una religión irreligiosa, sin dogmas ni culto.

El catolicismo ha dado ya su flor y su fruto en el orden intelectual y moral; cumplida su misión, sólo tie-

(1) Imagen repetida en **Jesucristo y su doctrina**, página 33. (Nota del editor.)

ne derecho a una página en la historia de las religiones. Aunque mañana surgieran un Homero y un Virgilio católicos, no sabemos si realizarían el milagro de rejuvenecer los dogmas añejos y virilizar las leyendas pueriles. Poco lograrían con la brillantez de las imágenes y la pompa de la versificación; la vaciedad del fondo clamaría contra la belleza de la forma. El bermellón y el albayalde prestan al cadáver la fisonomía de un vivo; nada falsifica el fuego de la mirada ni el ritmo del corazón.

¿Se acusará de estéril a la poesía negadora o escéptica? La inspiración, ¿estará ineludiblemente vinculada, si no con los dogmas del catolicismo, al menos con la fe en la inmortalidad del alma y en la existencia de un ser supremo? Si la inspiración se aleja del hombre por no admitir o poner en duda la vida perdurable, si la creencia en un dios personal y creador infunde más poesía que la idea de una naturaleza increada y regida por leyes invariables, díganlo Lucrecio, Shelley, Leopardi y Vigny. Como practicamos la justicia y el bien, ora admitamos o rechacemos la inmortalidad del alma, así podemos escribir excelentes versos, ya confiemos en la acción eficaz de la Providencia, ya veamos en la naturaleza "una causa sorda que nunca nos oye y nunca nos responde".

Nos hallamos ante el Universo como un niño a las orillas del océano; observamos fenómenos limitados y descubrimos leyes particulares, sin abrazar el conjunto ni fijar la ley suprema, de igual modo que el niño juega con unos copos de espuma, sin conocer la profundidad ni la extensión de las aguas. No sabiendo para qué venimos ni por qué nos vamos, nos debatimos por saberlo

y redoblamos las actividades del alma. Si rasgáramos las tinieblas de la cuna y del sepulcro, nos cortaríamos las alas de la conjetura y de la hipótesis, oscilaríamos monótonamente como un péndulo entre dos luces. La duda y la incertidumbre desenvuelven a nuestra imaginación un espacio sin límites. Al dudar, afirmamos nuestra personalidad, crecemos, nos sentimos más hombres. La duda patentiza la virilidad del pensamiento; la mujer y el niño creen, el hombre piensa, ¿y qué significa pensar si del cerebro se elimina la duda?

De los espíritus sumisos, aunque escépticos, surge una poesía melancólica, serena y estoica; de los negadores y rebeldes, una inspiración acre, desesperada y batalladora. Los trozos más célebres de las antologías, los versos que más brillan en el tesoro poético de la Humanidad, se hallan impregnados de negación y duda, no de evaporaciones místicas ni delicuescencias dogmáticas. Compárese el catolicismo de un Zorrilla con la **arreligión** de un Quintana, el escepticismo de un Espronceda con la fe de un Laprade. Hasta se diría que un mismo poeta languidece y desmaya cuando invade la esfera religiosa: sigue volando pero con plomo en las alas. En el Leconte de Lisle de *L a P a s i ó n* no se reconoce al Leconte de Lisle del *M e d i o d í a*. Y nada más natural: la fe antigua en el hombre moderno se parece a un árbol de los trópicos en un invernáculo del Norte.

III

Si la fe deprime el ingenio, el patriotismo no eleva los caracteres.

El hombre encerrado en el círculo de una patria vive moralmente solo, y el aislamiento convierte el himno

del poeta en voz nacida para clamar en el desierto. Quien habla de sí mismo, de su familia o de su nación, merece un auditorio reducido; pero quien habla en nombre de la Humanidad tiene derecho a ser escuchado por todos los hombres. Si Valmiki, Homero, Shakespeare, Goethe y Lamartine, figuran como los ingenios universales por excelencia, no depende de que glorificaron exclusivamente al Indostán, Grecia, Inglaterra, Alemania o Francia: hirieron la fibra sensible de la Humanidad, y todos los hombres les contestan. A pesar de los idiomas diferentes, de las nacionalidades distintas y de los años transcurridos, vivimos en el Rama de Valmiki, en el Héctor de Homero, en el Hamlet de Shakespeare, en el Fausto de Goethe y en el Jocelyn de Lamartine. ¿Quién vive en los arranques belicosos de los Tirteo, de los Arndt, de los Gallego, de los Prati ni de los Déroulède?

Quien ama a su nación más que a todas las naciones, no dista mucho de amar a su pueblo más que a su nación, a su barrio más que a su pueblo, a su domicilio más que a su barrio y a su alcoba más que el resto de su domicilio. Llega también a convertir su yo en el centro de la creación. En el exagerado amor a la patria hay algo que pugna con la generosidad y la abnegación, se vela un fanatismo laico, tan absurdo y estrecho como el fanatismo religioso. Matar por un escudo y una bandera o matar por la cruz y la media luna, todo equivale a lo mismo. Sin embargo, no lo vemos: hipnotizados por las tradiciones clásicas y las leyendas caballerescas, aceptamos como acciones heroicas y dignas de imitación los crímenes cometidos por la brutalidad romana y la barbarie feudal.

Los seres de predilección, los verdaderos superhom-

bres, se guían por el amor y la justicia, mientras la inconsciente mayoría de los pueblos no conoce más dios ni más rey que el egoísmo y la fuerza. Al cerebro suficientemente deprimido para ceñirse a evolucionar en una faja de tierra, corresponde muchas veces un corazón bastante endurecido para ver un enemigo en el hombre que habla otro idioma, profesa otra religión y sigue otra nacionalidad. Si en cada hombre dormita una fiera, el medio más seguro para despertarla y enfurecerla es murmurar a su oído el nombre de la patria. La magna virtud de las muchedumbres, la grandeza de los que nada grande encierran en su alma, se resumen en el patriotismo.

El amor sosegado al terruño y a la choza, o al pueblo y a la casa, lo que debe llamarse el patriotismo inocente o pasivo, recuerda la adhesión del topo a la topera, del ostión al peñasco, del infusorio a la gota de agua. El patriotismo guerrero y regresivo, esa encarnación del troglodita en el hombre actual, no sólo existe en las naciones menos civilizadas, florece tanto en el inglés para conquistar al boer como en el español para **reconcentrar** al cubano, en el alemán para mutilar al francés como en el yanqui para encadenar al filipino, en el ruso para oprimir al finlandés como en el turco para exterminar al armenio. Cuando el emperador de Alemania aconseja a sus soldados no conceder en China cuartel a los niños, a los ancianos ni a las mujeres, no hace más que revelar los sentimientos que germinan en el corazón de los buenos patriotas. Como la *Mouquette* de Zola, Guillermo II enseña lo que los demás ocultan.

Si la poesía popular refleja los sentimientos de la muchedumbre, la nacional o patriótica suele abogar por los intereses de un partido, de una facción o de un hom-

bre. Quien a título de amor patrio ensalza el egoísmo individual y colectivo, quien a nombre de la gloria militar celebra la apoteosis de los brutales y los inicuos, suele concluir por transformarse en el Homero de un partido, en el Virgilio de una facción o en el Dante de un poderoso. Así Déroulède en Francia, Carducci en Italia.

Las canciones nacionales y odas patrióticas de los bardos sudamericanos se reducen por lo general a un ejercicio de retórica, sobran tenores, no hay escaldas. Si los españoles hubieran triunfado en Junín y Ayacucho, tendríamos **leones de Iberia** desgarrando a **cóndores de los Andes**, en lugar de **Diosas de la Libertad** pisando la **garganta de la tiranía**. Bello, antes de endiosar a los héroes de la Independencia, había quemado incienso a Carlos IV y al favorito Godoy; Olmedo, antes de escribir su **Canto a Junín**, había llamado al mismo Carlos IV y a María Luisa **caros reyes, padres y Dioses de la España**. Felizmente, los más famosos poemas guerreros van cayendo en el olvido, y dentro de algunos años pertenecerán a la Paleontología, como la vértebra de un mastodonte o la quijada de un megaterio.

Nada tan repugnante como un Alfredo Austin celebrando la **Cabalgata de Jameson** o un Kipling y un Swinburne convirtiéndose en los Apolos de Roberts, de Cecilio Rhodes y del populacho inglés. "¡Herir y herir con fuerza!", exclamaba el **radical** Swinburne, como gritaría un piel roja, un cafre o un Guillermo II. ¿Habrían cantado así un Milton, un Shelley y un Byron? Al poeta de una nación civilizada le cumple sustituir la patria de los montes, de los campos y de los ríos con la patria de las ideas y de los sentimien-

tos: proclamar que nuestros verdaderos hermanos no están en los individuos que tienen nuestra misma nacionalidad, sino en todos los hombres que batallan por la verdad y la justicia. Cuando las turbas populares rugen por la carne o la bolsa del vecino, el verdadero poeta se transforma en domador, empuña el látigo y el hierro para contener a la fiera.

IV

¿Cómo robustecer y renovar una poesía anémica y avejentada? Verificando una especie de inoculación científica.

Verdad, a los poetas no les cumple consignar en octavas reales las variaciones atmosféricas ni formular en décimas el diagnóstico de una fiebre, parodiando a los versificadores que ponen en rima el *Genio del Cristianismo y la Democracia en América*, pero les toca ver la Naturaleza, vivirla y cantarla, sin decir con Núñez de Arce que el higo chumbo crece entre sus **ramas**, con Zorrilla que las azucenas tienen **cáliz**, con Felipe Pardo que las minas producen **bronce**, ni con Néstor Galindo que las gacelas extienden sus alas. En las obras técnicas la luz nos llega directamente; en las de imaginación, de una manera difusa. Lo que Guyau dijo de la novela se aplica también a la poesía; sin igualarse con un libro de ciencia, una colección de versos debe encerrar un espíritu científico. El poeta será didáctico, no para vulgarizar las leyes particulares de una ciencia, sino para **enunciar por medio del ritmo y de la imagen las conclusiones gene-**

rales del saber humano. El cantor digno de su época, sube a lo más elevado para anunciar hasta donde llegaron los hombres en la ascensión a la verdad. Arroja un puente de la luz a la oscuridad.

No, la poesía no reconoce por madre a la ignorancia. La aparición o florecencia de las obras maestras coincide con el apogeo de la civilización. El progreso debe figurarse por una serie de líneas paralelas: a las líneas del filósofo, del sabio, del moralista o del industrial, corresponde la paralela del artista. Nunca se vió que de un pueblo ignorante y bárbaro surgiera repentinamente un Valmiki, un Firdusi, un Homero, un Dante, ni un Byron. Por más genio que poseyera un hombre nacido en una civilización rudimentaria, carecería de materiales para concebir y realizar una *Iliada* y un *Prometeo*: le faltaría la lengua, producto de civilizaciones avanzadas. Se llama al Nilo el padre del Egipto: los grandes poetas son Egiptos que deben su existencia al caudaloso río del saber y de las tradiciones.

La ciencia, como una fulguración colosal, revela cosas ocultas por la sombra y acentúa perfiles esfumados por la niebla. A su aparición, lo vago se precisa, lo sombrío se aclara, lo velado se manifiesta. Así el hombre no se presenta ya como un sér único y privilegiado, sino como una especie en las muchas especies animales; así la Tierra no aparece ya como el centro del Universo, sino como un simple grano de polvo en el torbellino de los mundos. Con el amplio concepto de la Naturaleza, nace el sentimiento de solidaridad y la lucha animal para la existencia se transforma en el acuerdo humano para la vida.

El arte se renueva y se engrandece. El simbolismo exhumado de la mitología se cambia en la metáfora inspirada en el **maravilloso positivo**, y la imaginación, la antigua loca del hogar, se convierte en la razón alada. Al descubrirse las relaciones íntimas de las cosas, brotan las figuras retóricas y, por consiguiente, se ensancha el horizonte poético. La versificación, desdennando las onomatopeyas y todas las demás puerilidades seniles, armoniza el ritmo de la palabra con el ritmo silencioso de la idea. El lenguaje lejos de esclavizarse a la rima o petrificarse en el arcaísmo, vuela libre y modernizado, no admitiendo la imposición de las academias oficiales ni reconociendo más autoridad que el uso. Basta fijarse en la renovación verbal producida con las obras de Comte, Darwin y Spencer, para convencerse que hasta los idiomas deben más a los filósofos y sabios que a los eruditos y gramáticos.

¿Dónde se atesora más poesía que en la observación y el experimento? En la retorta de un químico y bajo el microscopio de un físico pasan cosas más bellas que en el cerebro de muchísimos poetas. Ver cristalizarse un sol o liquefactarse el aire, nos dice más que la lectura de muchas odas y la audición de muchos dramas. Herschel resolviendo las nebulosas, Haecckel llenando los vacíos de la evolución orgánica, Pasteur observando los microbios, Charcot hipnotizando a los histéricos, Trousseau consignando los síntomas de su propia muerte, Claudio Bernard atisbando los primeros latidos en el corazón de un pollo, **hacen** más poesía que los autores de todas las **Leyendas Evangélicas** y de todos los **Cantos del Soldado**.

Sin embargo, la divergencia entre Platón y Aristóteles al juzgar la poesía, se renueva hoy mismo entre filósofos y literatos. Mientras los versificadores y los ilustrados a medias divorcian al poeta del sabio y hasta afirman la incompatibilidad del arte con la ciencia, los artistas y los sabios piensan lo contrario. "Estudia primero la ciencia — dice Leonardo de Vinci — y después sigue el arte nacido de ella" (1). "Respecto de mí — exclama Claudio Bernard — no creo en la posibilidad de esta contradicción. Desde que la verdad no se diferenciará nunca de sí misma, la verdad del sabio no puede contradecir a la verdad del artista. Más bien creo que la ciencia manada de una fuente pura se hará más luminosa para todos y que en todas partes la ciencia y el arte se darán la mano, interpretándose y explicándose recíprocamente." Se ve, pues, que si la poca ciencia os aleja de la poesía, la mucha nos hace regresar.

En resumen: el poeta que desee marchar a la cabeza de la civilización y no figurar como retardatario ni tardígrado, tendrá un corazón bastante generoso para latir por la Humanidad, un cerebro suficientemente iluminado para guiarse por la filosofía científica de nuestro siglo.

(1) Nota marginal del autor: "Il n'y a, d'ailleurs, aucune incompatibilité entre l'exacte et le poétique. Le nombre est dans l'Art comme dans la Science." (Victor Hugo.)

UN RATO DE FILOSOFIA (1)

I

Lessing dijo que “en ciertos siglos el nombre de “ hereje implica la más alta recomendación de un sabio a la posteridad” (2). Algo semejante podríamos afirmar del escéptico: en vez de juzgarle inconsistente y frívolo, estimémosle como a un espíritu sereno y ponderado que no viendo pruebas suficientes para negar ni afirmar, se conserva en equilibrio. Su estado remeda el de la balanza en el fiel.

Escepticismo no significa negación absoluta sino, más bien, una triple serie de afirmaciones: afirmación del pro, afirmación del contra y afirmación de la igualdad entre las razones contrarias. Para evitar el engaño, nada más cuerdo que mantener el juicio en suspenso. Donde faltan las pruebas irrefragables, la prudencia estriba en dudar: la duda representa la situación más luminosa del alma, el estado en que de todos lados recibe

(1) Ensayo inédito e inconcluso, escrito probablemente entre los años 1884 y 1888. (Nota del editor.)

(2) La misma cita aparece en **Catolicismo y Ciencia**, página 56. (Nota del editor.)

diferentes luces, no dejándose deslumbrar por ninguna. Sin embargo, para el vulgo de los intelectuales, el hombre que no niega ni afirma es un Aquiles de ambos talones vulnerables.

Si el Escepticismo sirvió de refugio a los pensadores que no se alucinaron con prejuicios ni errores de su tiempo, ¿hay razón de acusar al escéptico por sus dudas? No, como tampoco hay derecho de menospreciar al creyente por su fe. El individuo no duda o afirma porque así lo desea, sino porque el medio ambiente y su constitución cerebral le inducen a creer o no creer. Según las circunstancias, se piensa de una manera o de otra como se suda en el Ecuador o se tiritita en los Polos. Nos volvemos o nacemos creyentes, del mismo modo que nos volvemos gordos o nacemos de cabellera rubia. Decir a un escéptico: **ten fe**, vale lo mismo que mandar a un pájaro: **vuélvete elefante**.

Sólo el fanático marca una línea divisoria para estimar como buenos y dignos de respeto a los enunciadores de una doctrina, como malos y despreciables a los defensores de la contraria. La creencia en lo absurdo y lo falso no implica la mala fe del creyente, así como del martirio no se deduce la verdad de lo confesado por el mártir: en las religiones más grotescas y más inverosímiles florecen apóstoles, mártires y santos. Como el hombre realiza el heroísmo y la santidad creyendo en falsedades y cometiendo injusticias, debe admitirse que la perfección moral no estriba en poseer la verdad ni en formarse un concepto preciso de la justicia, sino en profesar lo que estimamos verdadero y en hacer lo que nos parece justo. Quien mata convencido de que el asesinato produce un bien, excede en moralidad a

quien reparte limosnas persuadido de que la beneficencia causa un mal.

Al hombre de buena fe no se le conoce por la tenacidad en aferrarse a las ideas adquiridas ni por el sistemático propósito de rechazar toda innovación en la manera de interpretar las leyes del Universo; se le descubre por la lógica en las acciones o conformidad de la vida exterior con la vida interior: toda sospecha de mala fe se desvanece cuando los hechos representan una materialización de los principios. Si un turco muere por sustentar una creencia en suras del Corán y un cristiano muere por defender la contraria en versículos del Evangelio, puede que ambos se engañen; pero, seguramente, ninguno se conduce de mala fe.

¶No habiendo pruebas indiscutibles sino en las Matemáticas, siendo todas las demás ciencias un cúmulo de verdades provisionales o una serie de conceptos aproximativos, debemos considerar nuestras convicciones como un simple vestido que hoy usamos y mañana podemos cambiar por vestido más al cuerpo y más de la estación (1). No aceptamos una herencia sin beneficio de inventario; no sigamos hoy profesando las ideas de ayer sin someterlas a nuevo análisis: que nuestra vida cerebral se resuma en una perenne rectificación de miras.

Si los seres y las cosas varían incesantemente, si el Universo se reduce a una perpetua actividad, ¿sólo nuestro cerebro ha de vaciarse en un molde fijo y permanecer inmóvil? Poseemos unos sesenta trillones de células que continuamente accionan y reaccionan entre

(1) Pensamiento semejante en *Los Viejos*, página 113.
(Nota del editor.)

sí: ¿qué inmovilidad puede haber si la aparición o desaparición de las células produce un cambio en todo el organismo? Si nuestra alma no parece un caminante albergado en la hospedería del cuerpo sino una resultante de muchas fuerzas contingentes, múltiples y mudables, tiene que variar con la alteración de cada fuerza. Se ha dicho que el desplazamiento de una sola gota en el mar repercute en el disco de la estrella más lejana: ¿no se modificarán las funciones de nuestro cerebro al transformarse cada una de las células que forman los sesenta trillones?

¿Identidad del individuo? Quimera: no poseemos un alma única, sino una serie de almas; no somos un hombre idéntico, sino muchos hombres sucesivos (1). En lo profundo de nuestro sér, todos hemos visto nacer y morir muchas personalidades, todos representamos una larga cadena de individuos diversos y aún contradictorios. Una personalidad nace hoy donde otras murieron ayer: cada uno de nosotros quedaría figurado exactamente por una cuna circundada de sepulcros (2). Estudiémoslos, evoquemos el pasado, y constataremos que vivimos tan ajenos a nuestra personalidad de hace diez o quince años como a la del transeúnte que divi-

(1) **Nota marginal del autor:** Un yo es un estado de alma, y en el transcurso de la vida no hay dos estados de alma iguales.

(2) **Nota marginal del autor:** Asistamos a la evolución de nosotros mismos, observemos las transformaciones de nuestro propio sér, y lejos de entristecernos por lo que de nosotros sentimos morir, regocijémosnos por lo que vemos nacer, considerando que lo muerto nos deja la dulzura del recuerdo y lo nacido nos ofrece el placer de la novedad.

amos en la calle. No tenemos, no queremos tener más individualidad que la presente; no respondemos hoy de lo que hicimos ayer ni responderemos mañana de lo que hoy hacemos: hoy respondemos de hoy, mañana responderemos de mañana. No se concibe, pues, nada más injusto que las penas reservadas en la Eternidad a los delinquentes de la vida: en uno se castiga la culpa de otros.

II

Quando se piensa en el ciego determinismo de la Naturaleza, cuando se ve que el malvado al urdirnos una calumnia o clavarnos un puñal incurre en la misma irresponsabilidad de la víbora al inocularnos su ponzoña o la piedra al magullarnos el cráneo, entonces comprendemos la insanidad de los rencores y la injusticia de las venganzas (1). Un aura de inefable piedad y de infinito perdón viene a serenar las cóleras de la bestia humana (2). Tranquilamente presenciamos el espectáculo del Universo, sin arrojarnos al pesimismo trágico de Schopenhauer o Hartmann ni caer en el optimismo bobo de figurarnos que la Divinidad hace pasar los ríos por medio de las ciudades o concede rajas a los melones pa-

(1) **Nota marginal del autor:** Tal vez no hay seres malos ni buenos, sino organismos que funcionan ciegamente; no existen crímenes ni virtudes, sino hechos amorales o resultados de leyes ineludibles.

(2) **Nota marginal del autor:** Seamos compasivos y misericordiosos, aunque la vida de un hombre valga tanto como la vida de un microbio.

Nota intercalada en la nota anterior: Tal vez la muerte de una rosa merezca más piedad que la ruina de un imperio.

ra mayor facilidad de ser comidos en familia (1). Desligándonos de todo prejuicio humano, elevándonos a la contemplación serena de las cosas, divisamos horizontes de nitideces inesperadas: de más alto y de más lejos vemos más claro. Vemos que nuestros sistemas políticos y religiosos valen tanto como las flamerolas de un pantano; vemos que la Humanidad se iguala con una nube de insectos que surgen de un bosque, beben su rayo de Sol, aletean y en seguida desaparecen.

Conviene insistir en esos conceptos de la Naturaleza y de la Humanidad para desvanecer el dogmatismo y lograr que un espíritu de mansedumbre y tolerancia arraigue en el corazón de los hombres. ¿Por qué **nuestra verdad** ha de ser la verdadera? Nos hallamos en la condición del niño que introduce los dedos en un saco donde hay una bola de oro y noventinueve de cobre. ¿Quién nos asegura que el niño extraerá la bola de oro? **¿Qué cosa es verdad?** le decía Pilatos a Jesucristo. **¿Qué cosa es verdad?** preguntamos a los dogmatizadores que

(1) Dos notas independientes aparecen al margen de este párrafo:

Primera nota marginal del autor: Si las pulgas raciocinaran como algunos filósofos, deducirían que los hombres habíamos sido creados para ellas, desde que en nosotros hallan sangre para nutrirse, calor para refocilarse y pliegues de género para guarecerse.

Segunda nota marginal del autor: No debe confundirse el escepticismo clarovidente y sano con el pesimismo ciego y morbosos; el pesimismo, como el optimismo, ofrece el grave inconveniente de ser afirmaciones categóricas. Nosotros no podemos llamar a la existencia un mal o un bien, porque no sabemos si la Naturaleza persigue un plan y si este plan..... como precisa condición la..... (*) del mal y del bien.

(*) Ilegible en el manuscrito.

adoran una doctrina y condenan las demás. Las bocas selladas por mano de los sectarios, pueden haber sido destinadas a enunciar alguna idea salvadora.

Mas, el no declararnos infalibles, el no imponer nuestras convicciones, implica el no someternos a las ajenas ni reconocer derechos de autoridades individuales o colectivas: lo que otorgamos a los demás, lo reclamamos para nosotros. Ni leyes sagradas ni soberanos indiscutibles. Aunque algunos seres de elección hubieran arribado al *súmmum* de la sapiencia, les negaríamos el derecho de imponer **su verdad** a los que sinceramente prevaleciéramos en el error: nuestra ignorancia merece tanto respeto como la sabiduría de Salomón, nuestro yo exige tantas consideraciones como la persona del Zar o del Sumo Pontífice (1).

Al salir de las demostraciones matemáticas o abandonar el experimento y la observación, se teologiza. Y ¿quién no suele teologizar? Los teólogos ya no hablan sólo latín sino inglés, francés o alemán. A veces, Büchner y Haeckel dejan atrás a San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Negar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma equivale a sostener la redención o la eucaristía. Cuando el materialista decide categóricamente: "sin cerebro ni fósforo no hay pensamiento", se denuncia menos filósofo y más teólogo que el poeta cuando murmura: "en la tierra y en el cielo hay más cosas que las soñadas por nuestra filosofía" (2).

(1) **Nota marginal del autor:** Al reconocer la falibilidad de credos religiosos y sistemas políticos y filosóficos, deducimos la independencia absoluta en la indagación de la verdad.

(2) **Nota marginal del autor:** ¿Y en qué nos fundare-

No vemos realidades sino apariencias: divisamos al Universo al través de los sentidos; "Nada es verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira", exclamaba el gran poeta de las *Doloras*. Ciertamente; mas todo aparece también según la constitución del ojo que observa. Si adquiriéramos una maravillosa potencia visual, si divisáramos los objetos como los percibimos en el microscopio, nuestra psicología y nuestro concepto del mundo variarían radicalmente; las aguas más puras y los rostros más bellos nos causarían repugnancia y horror. De ahí que para los hombres no haya un concepto definitivo del Universo ni exista una verdad eterna: las verdades de hoy pueden convertirse en errores, como se vuelven hoy errores muchas verdades de ayer. Hay, pues, que amar nuestra verdad, como se ama un pájaro que ha de volarse, un cristal que ha de romperse o una flor que ha de marchitarse.

¿Nos abandonaremos a la inacción y al desaliento? Si poseyéramos la semilla de un árbol que sólo fructificara a los cien años de nacida, deberíamos sembrarla con la esperanza de cosechar el fruto (1); si la felicidad se igualara con la sombra de un pájaro que nunca des-

mos para concluir sobre algo? En presencia del Universo estamos poco más o menos como el espectador de un teatro, donde no escuchamos la voz de todos los actores ni entendemos la lengua de los que se dejan oír. ¿Sabemos lo que dicen el animal y la planta? ¿Sabemos lo que dice la arenilla del mar o la molécula en las entrañas de una piedra? El infusorio en la gota de agua, la bacteria en el glóbulo de sangre, pueden jactarse de conocer el Universo como nos jactamos los hombres en la superficie de la Tierra.

(1) Pensamiento repetido en *¿Qué hacer?*, página 89.
(Nota del editor.)

ciende a la Tierra, deberíamos perseguir la sombra con la ilusión de coger el pájaro. No comiendo el fruto, anticipamos el placer de comerle mañana; no alcanzando la felicidad, tenemos la dicha de buscarla. Y ¿quién nos dice que el deseo no valga más que la posesión? Figurémonos que en el determinismo ciego de la Naturaleza gozamos de la más amplia libertad; imaginémonos también que la intervención de nuestra voluntad influye en la acción de las fuerzas cósmicas y podemos acelerar el paso lento y majestuoso de la Naturaleza dirigiéndose no sabemos dónde: a nadie perjudicó la hormiga que por venir en la cornamenta de un buey se jactaba de haber labrado la tierra (1). Autosugestionémonos hasta creer que al probar el acíbar, saboreamos la miel. Luchemos por nuestras convicciones actuales y hasta ofrezcamos la vida por ellas, sin dejar de esconder en lo íntimo del alma un escepticismo risueño ni olvidar que tal vez combatimos por una ilusión o nos sacrificamos por una bobería. La mucha fe requiere una gran dosis de simpleza o candor; pero como nada bueno se realiza sin un milagro de credulidad, hagámonos creer a nosotros mismos que en algo creemos.

(1) Frase repetida en *Catolicismo y Ciencia*, página 59. (Nota del editor.)

¿QUE HACER? (1)

Convertir la vida en una preparación a la muerte, oponer la simple inercia a los embates de la Naturaleza y a las asechanzas de nuestros semejantes, no luchar ni resistir, dejándose arrastrar por la corriente o fiando en el auxilio de la Providencia, es indigno de un hombre (2). Ajax, pidiendo nada más que luz para combatir, simboliza al héroe de la Antigüedad; Tolstoi, predicando la no resistencia al mal, personifica al neurópata del siglo, al hombre degenerado por la depresiva resignación cristiana.

El convencimiento de nuestra pequeñez no exime de la acción. El oscuro soldado que desgarró las entrañas de Juliano y el insecto que inoculó la fiebre en la sangre de Aníbal, mudaron tal vez el curso de la historia. El mamífero no se iguala a la oruga; pero el buey arando la tierra no cumple misión más elevada que el

(1) Fragmentos de un ensayo inconcluso e inédito, escritos probablemente en 1901. (Nota del editor.)

(2) "La chose à laquelle un homme libre pense le moins, c'est la mort, et sa sagesse n'est point une méditation de la mort, mais de la vie." (Spinoza, *Ethique*, Parte IV, Prop. 67.)

gusano de seda labrando su capullo ni que la abeja segregando su gota de miel.

De todas las luchas, ninguna como la emprendida por la inteligencia para descubrir la verdad. ¿Quién fija límite a las conquistas de la Ciencia? Lo inconocible de hoy ¿será un inconocible eterno? ¿Debemos aceptar el agnosticismo de Spencer y Huxley y detenernos en las inciertas fronteras de lo conocible, o marchar siempre adelante pensando que al fin hallaremos la **última palabra**, y repitiendo con Berthelot que "en la Naturaleza no hay misterios", o con Taine que "el fondo de las cosas no es inconocible"? Nadie tiene derecho para levantar una muralla y ordenar a la mente del hombre: tú no pasarás de ahí.

Hubo antiguamente un **oceanus ignotus**, un **non plus ultra**, un límite a la ambición humana en la Tierra; Colón, buscando un paso a la India, descubre la América y reduce a fábulas el **non plus ultra** y el **oceanus ignotus**. ¿No podrá la Ciencia encontrar algún día su América y relegar a simple verbalismo la teoría de lo conocible y de lo inconocible? Quién sabe los filósofos de mañana juzgarán a Huxley y Spencer como nosotros juzgamos a los **realistas y nominalistas** de la Edad Media (1).

Para escudriñar las leyes del Universo, necesitamos creer que en la Naturaleza no hay misterios **incomprensibles ni enigmas indescifrables**: nada nos autoriza para concluir que nuestra inteligencia no sea capaz de pene-

(1) "Je crois tout possible à l'intelligence humaine. Je crois qu'avec des données suffisantes, celles que pourront fournir les instruments perfectionnés et l'observation poursuivie, on pourra tout savoir de l'homme et de la vie. Il n'y a pas de mystère définitif." (Taine.)

trar la suprema ley de la vida. ¡Quién sabe si el secreto de las cosas se encierra en fórmula tan sencilla que podría ser comprendida por el cerebro de un niño!

Para trabajar provechosamente, debemos vivir como si no tuviéramos que morir, edificar como si nuestras obras debieran durar eternamente. Si en nuestras manos tuviéramos la semilla de un árbol que sólo fructificara dentro de mil años, deberíamos sembrarla con la esperanza de recoger los frutos (1). De Maistre decía que "el hombre debe conducirse como si lo pudiera todo, resignarse como si no pudiera nada."

El filósofo no ama la vida como un bien ni la odia como un mal: Tratemos, pues de vivir como filósofos, retirándonos resignadamente de la escena cuando el dedo de la muerte nos indique la hora de partir. Pensemos que a la inmortalidad poseen tanto derecho como nosotros el animal y la planta, que la Naturaleza no ajusta sus leyes a nuestras concepciones cerebrales, que el Universo no fué creado para la Tierra ni la Tierra para el hombre, que la Humanidad y el planeta desaparecerán un día sin que el Universo se resienta de la desaparición (2). Millones de años giró la Tierra sin que en ella respirara un hombre, millones de años seguirá girando después que toda voz humana haya enmudecido eternamente: no obsta para disfrutar como nuestro el aire que nos prestan por unas cuantas horas ni calentarnos hoy a los rayos de un Sol que tal vez no veremos levantarse mañana.

(1) Pensamiento repetido en *Un rato de Filosofía*, página 85. (Nota del editor).

(2) Frase repetida en *Catolicismo y Ciencia*, página 57. (Nota del editor.)

ESCRIBAS Y RETORICOS (1)

Los escritores profesionales miran como un don exclusivo y hasta sobrehumano la facilidad de coordinar frases y encadenar períodos, olvidando que muchos hombres sin gran ilustración, ervejecidos en los campamentos, las oficinas, los bancos o los talleres, manejan la pluma con una maestría que asombra a los literatos encanecidos entre diccionarios y gramáticas. A veces, al buen escribir debe considerársele como un accesorio del genio: cuando Napoleón o Bismarck toman la pluma, escriben como Tucídides o Tito Livio.

Hay un error escolástico y pueril, que llega tal vez a la más ridícula exageración en la América española y en los pueblos meridionales de Europa: avaluar el mérito de los hombres por la suma de frases que arboran en la tribuna o por el número de períodos que estampan en las columnas de un diario. De ahí la preponderancia de los verbosos en Francia, Italia y España. Si en el Norte se pesan las acciones, en el Mediodía se cuentan las palabras: a mayor locuacidad, mayor mérito.

Por una ilusión tartarinesca, los meridionales suprimen la distancia del dicho al hecho, figurándose que la

(1) Fragmentos de un ensayo inconcluso e inédito. Parecen corresponder a la época 1891-96. (Nota del editor.)

destreza en hablar de una cosa y la aptitud de hacerla equivalen a lo mismo; al revistero de comedias le suponen dramaturgo, al diarista le creen hombre de Estado. ¿A qué debió Thiers sus triunfos políticos? No a sus virtudes, porque no tuvo ninguna; no a su carácter, porque era rastrero y vil; no a su saber, porque era lego en toda ciencia, sino a su facultad de hablar sobre cualquier materia durante tres o cuatro horas. A Castelar, al orador de más volumen y de menos consistencia, le concedieron los españoles cuanto él pidió que le otorgaran, hasta la capacidad para ejercer la Presidencia de la República (1). Por eso también, cuando alguien critica una obra de arte o censura las reformas de algún político, le desafían a que produzca mejores obras artísticas o más sabias reformas políticas. Lógica como exigir aptitudes de vinicultor a quien rechaza un borgeña por el gusto avinagrado o conocimientos de buen zapatero a quien se lastima de un calzado que no le viene al pie.

A más, artistas y literatos pretenden formar una especie de casta privilegiada, en detrimento de comerciantes, industriales y trabajadores. Son los braminos de la sociedad moderna. ¿Se ha publicado un buen libro, pintado un buen cuadro, cincelado una buena estatua? Basta para considerarse persona divina y exigir de la Humanidad el respeto y la admiración. Aquel amplio y generoso espíritu griego que consideraba la be-

(1) *Nota marginal del autor:* ¿Quién gobierna hoy la opinión del mundo? Los apóstoles de la *réclame* y de la mentira, los bastardos del arte y de la ciencia, los verdugos de la gramática y del buen sentido: los diaristas. Ellos siembran y recogen, porque laboran en campo inagotable y fecundo: la imbecilidad humana.

lleza tan sagrada como la virtud y el amor tan noble como el sacrificio, debe animarnos hoy para estimar a la industria tanto como al Arte, a la agricultura como a la poesía, a la acción como al pensamiento. Si el cuadro vale tanto como el poema y la ópera tanto como la estatua ¿por qué el telégrafo y la dínamo han de estimarse menos que la *Ilíada* y la *Eneida*? ¿Por qué Bell y Edison deben ocupar sitio inferior a Shakespeare y Canova? Dividir la Humanidad en hombres de acción y hombres de pensamiento es una fórmula escolástica: digan lo que digan los pedantes, inventar la máquina de coser vale tanto como escribir la *Divina Comedia*.

¿Hay preocupación más retrógrada que preferir el trabajo cerebral a la faena muscular, la fuerza síquica a la fuerza física, el llamado espíritu a la materia? Todo nace de la concepción dualista del hombre: si nos consideramos como una mezcla de alma o parte noble y de materia o parte vil, lógico que lo inspirado por la primera valga más que lo producido por la segunda. No; en la creación literaria y artística, lo mismo que en la obra agrícola y fabril, debemos ver el producto de la misma fuerza elaborada y transformada en el organismo: el vigoroso alejandrino que relampaguea en los poemas de Víctor Hugo, la pincelada que palpita en el cuadro de Rafael, la hoz que brilla en manos del agricultor o el martillo que golpea en el puño del herrero, vienen del grano de trigo, del trozo de carne y de la copa de vino introducidos en el estómago para transformarse y convertirse en energía. Que apliquemos nuestra fuerza a escribir o a sembrar, no quiere decir que la fuer-

za varíe de origen o de naturaleza ni tenga mayor o menor dignidad.

Si hay algún **producto** humano que se eleve sobre todos, es la ciencia. La pintura, la escultura y la música ¿han civilizado al hombre? No. El arte no es la raíz sino la flor de las civilizaciones; cuando una ciencia empírica nos ha enseñado lo útil de la vida, cuando una filosofía rudimentaria nos ha inculcado la idea del deber, asoma el arte para hacernos dulce y agradable la existencia. Primero se combate, en seguida se piensa y por último se juega, porque el arte no pasa de ser un juego serio de hombres maduros.

¿A qué se reduce el Arte? A la figuración de algo existente en la Naturaleza imaginado por nuestro cerebro. Nadie nos convencerá de que un árbol pintado por todos los Corot ni de que una vaca representada por todas las Rosa Bonheur superen al árbol real ni a la vaca verdadera. Nadie nos hará tampoco decir que la Venus de Milo y la Virgen de Murillo aventajan a todas las mujeres hermosas que desfilan a nuestros ojos. Sólo una especie de castración cerebral puede hacer preferir la representación fría y marmórea o muda y coloreada de la vida, a la vida en movimiento, a la vida con palabra y calor, a la vida misma.

Si esto decimos de la pintura y la estatuaria ¿qué diremos de la poesía y de la elocuencia? El arte de la pluma y de la palabra deben considerarse como perfecciones secundarias. El literato que describe un arbolado, una casa o un puente ¿ha de superar al agricultor que sembró los árboles, al arquitecto que levantó la casa y al ingeniero que fabricó el puente? Si describir una batalla vale tanto como ganarla, el abogadillo Thiers se

eleva a la misma altura que el **genio** Napoleón. El poeta desmedrado y dispéptico que vela sobre el **Diccionario de la Rima** está en un peldaño inferior al gañán que ara la tierra, al albañil que asienta una pared, al fogonero que atiza el horno de un transatlántico (1). En cuanto a los oradores, de poco bueno sirvieron y sirven a la Humanidad: envidiados en pronunciar discursos, no se dan cuenta de lo que dicen y eyaculan chorros y chorros de metáforas, como los onanistas inveterados pierden la virilidad sin sentirlo.

El pedante canijo mira en el escriba y el retórico una especie de seres privilegiados o superterrestres; pero ¿quién sabe si la madre Naturaleza prefiere al sano y al fuerte, al que lleva el músculo desarrollado y vigoroso aunque tenga un cerebro anémico y vacío! Al menos la **Gran Madre** nos induce con su ejemplo a ser silenciosos y trabajadores.

Todos esos pueblos locuaces, pueblos en que la imbecilidad verbosa sirve de síntoma característico, deben aprender en la Naturaleza que mueve mundos y transforma continentes haciendo menos ruido que un orador de parlamento sudamericano (2).

(1) **Nota marginal del autor:** Entre el literato raquíptico que engendra un hijo escrofuloso y pulmoníaco y el patán que lanza al mundo un muchacho fuerte y sano, cualquiera prefiere al patán. El bien que hace el primero al escribir un buen libro, lo destruye con el mal que causa al introducir en la raza un germen de enfermedad y degeneración.

(2) El autor ha apuntado dos notas al dorso de la página final del manuscrito:

Primera nota marginal del autor: Como un melifluo caballero de la plutocracia tiene a menos unir su mano enguantada con la mano callosa y curtida de un albañil o de un gañán, así un literato de forma quintaesenciada

LOS POETAS (1)

Un anacoreta solía preguntar a los hombres que de vez en cuando se le aparecían en el yermo:

—¿Aun siguen levantando casas en Roma?

Ignoramos si los viejos y los impotentes averiguan si los mozos continúan persiguiendo a las mujeres; pero

y exquisita desdén se pone en comunicación directa con el pueblo iletrado: forma capillas, cenáculos o entabla monólogos. Sin embargo, los grandes agitadores de almas y directores de la Humanidad buscaron siempre el contacto con las muchedumbres y tendieron al dominio del mayor número. Los hombres verdaderamente superiores, los que llamaremos **centrales**, son los que hacen converger hacia ellos número mayor de almas y de corazones. La esquividad del literato que reserva su pensamiento, remeda el egoísmo del avaro que entierra su dinero: no es aristocracia, es burguesía. La verdadera caridad no sólo consiste en dar un mendrugo al hambriento y un trozo de paño al desnudo; estriba también en brindar a los demás el jugo de nuestra inteligencia y de nuestro arte: es darles su parte de verdad y de belleza. La torre de marfil se comprende cuando el poeta sube a lo más alto y desde ahí derrama flores y proyecta luz.

Segunda nota marginal del autor: Sólo revela grandeza el escritor, cuando no satisfecho con en la (*) de su gabinete sale a tomar parte en la lucha de la Humanidad por la Justicia: debe iluminar como una luz, herir como una espada.

(*) Ilegible en el manuscrito.

(1) Fragmentos de un ensayo inédito e inconcluso, escritos más o menos en 1900. Hay varias adiciones ulteriores. Así, la referencia a Retté (cuyo libro *Du Diable à Dieu*, publicado en 1907, marca su conversión al Catolicismo) ha sido visiblemente añadida después. (Nota del editor.)

estamos seguros de que muchas gentes de negocio exclaman al divisar un nuevo libro de poesía:

—¡Cómo! ¿Todavía imprimen versos?

Sí, modernas encarnaciones del eterno Sancho, aun se publican versos porque hay poesía; y habrá poesía mientras los astros no queden sustituidos por faroles chinoscos, mientras los mirtos no produzcan legumbres, mientras los ruiseñores no salmodien el **de profundis**, mientras los niños nazcan sin arrugas ni canas, mientras el árbol de la Humanidad produzca la divina flor de la belleza.

A veces, la poesía se ve amenazada de anemia senil. Mirando hacia atrás (como si la vida significara un retroceso y no un avance) deteniéndose o moviéndose con la desesperante calma de un tardigrado; cristalizándose en formas arcaicas y hieráticas, los poetas llegan a convertirse en algo vetusto y anacrónico, en una especie de organismo prehistórico milagrosamente salvado de un cataclismo geológico. Así acaeció en Europa, después del Renacimiento, en la época seudo clásica, cuando los hombres querían ser griegos y romanos. Ocurren entonces cosas dignas de lástima y de risa: melifluos cortesanos invocan a Pan rogándole que les guarde sus cabras y sus ovejas; austeros magistrados celebran la embriaguez del Chipre y del Falerno; graves sacerdotes describen los voluptuosos atractivos de la Venus calípiga; cristianísimos filántropos cantan la delectación de mirar desde tierra firme la barquilla flagelada por la tempestad.

En Francia, España y América esperamos todavía al poeta armado con el nuevo instrumento poético. No hace mucho, vimos irradiar en Francia una poesía re-

volucionaria en la versificación, pero retrógrada en el fondo. A través de vaguedades panteísticas y de efusiones paganas, casi todos los poetas decadentes y simbolistas revelan un misticismo sensual y añejo, llevan en lo más íntimo de su alma el sedimento católico, desde Paul Verlaine, aquel sátiro ungido con el óleo de una iglesia y el ajeno de un **estaminet**, hasta Adolphe Retté, aquel furibundo clerófobo que, después de escaramucear en las guerrillas del anarquismo, ha terminado por acurrucarse bajo la sotana de los reverendos padres. Ciertamente, los poetas franceses dislocaron el alejandrino, rejuvenecieron la asonancia, . . . (1) la aliteración, emplearon sin orden la consonancia y dieron una gran soltura, flexibilidad y colorido al verso libre, a lo que nosotros llamamos polirritmo; pero los guillotinales de Laharpe y de Boileau respetan el arca santa de las tradiciones religiosas.

“Les livres de vers, c'est toujours très bien”, dice Mallarmé con un delicioso optimismo irónico. Dejándonos llevar de una tolerancia benévola, convengamos en la bondad de todos los libros. Los libros de versos son siempre buenos o encierran algo bueno; pero con una condición: la inteligibilidad (2). Algunas composiciones de Mallarmé y de Laforgue suelen degenerar en una melopea de frases incomprensibles: Licofrón resulta lumíneo, Góngora transparente. “La música antes que todo”, aconsejaba Verlaine, y muchos poetas se

(1) Ilegible en el manuscrito.

(2) **Nota marginal del autor:** Nada hay más inofensivo que un libro de versos.

lanzaron a componer lo que llama el músico **monstruos**, es decir especies de tonadas sobre aglomeraciones de palabras sin sentido; llevaron a la práctica la idea de Lenau. Verdad, todas las épocas literarias poseen su gongorismo, su amaneramiento, su jerga poética: el llamado siglo clásico... (1). ¿No hay jerga en Bossuet, en Fénelon, en Corneille y en Racine? El divino Herrera de los españoles... (2)

Algunos tienen a gala el empleo de un léxico inusitado y abstruso, y se vanaglorian de sólo escribir para un reducidísimo número de lectores, para la **élite intelectual**, como ingenuamente se llaman ellos mismos. No se necesita recurrir al balbuceo pueril: hay un lenguaje claro y natural, entendido por el sabio y el ignorante en que pueden ser expresadas las más altas concepciones de la Filosofía y las más profundas verdades de la Ciencia, salvo los tecnicismos. Tal vez escape al gran público el matiz de la frase, no la esencia del pensamiento. Cuando se piensa que Herodoto leyó su *Historia* en los juegos olímpicos a la abigarrada multitud; que los trágicos griegos compusieron sus obras para ser oídas por quince o veinte mil espectadores, nos reímos de los **refinados** que desdeñan al vulgo y pretenden escribir para un número circunscrito de intelectuales.

La grandeza de un poeta o de un prosador no estriba en elevarse hasta donde nadie le escuche, sino en mantenerse a una altura en que le podamos oír. El escritor no debe escribir para unos cuantos: si no puede hacerlo para la Humanidad, ha de intentarlo para los

(1) Ilegible en el manuscrito.

(2) Inconcluso en el manuscrito.

de su lengua o cuando menos los de su nación. Por regla general, lo dicho oscuramente no vale la pena de ser expresado con claridad. Si a vuelta de bregar algunos minutos, desciframos un enigma, veremos que lo oculto no merecía el trabajo de ser descubierto. ¿Dónde están las grandes ideas y las grandes cosas sacadas de las frases oscuras? (1)

(1) La última página del manuscrito tiene tres notas:

Primera nota marginal del autor: Nadie tanto como el poeta debe repetir el "renovarse o morir" d'annunziano. Renovación de entrañas, no de epidermis; infusión de sangre nueva, no tatuaje de la piel.

Segunda nota marginal del autor: Por mucha que sea nuestra originalidad, formamos parte del pueblo en que nacemos, somos unidades de un alma colectiva.

Tercera nota marginal: Menos atrevido de pensamiento que Vigny, Leconte de Lisle y Sully-Prudhomme, y aunque no era patriota-radical a lo Déroulède, se rozaba con Coppée, el poeta de los conscriptos, de las amas secas, de los curas provincianos y de las viejas sentimentales. (*)

(*) Falta el nombre del aludido; pero se trata, seguramente, de Verlaine, por quien el autor no abrigaba mucha simpatía. (Nota del editor.)

EL SIGLO XVIII (1)

Está de moda despreciar a los polemistas del siglo pasado, ¡cómo si los críticos del siglo actual no hicieran más que seguir el camino trazado por sus antecesores! Estos se propusieron derribar el edificio de la superstición, empleando el examen racional de ambos Testamentos. ¿No intentan lo mismo y por el mismo medio Strauss, Renan y sus congéneres? Imaginarse lo que habrían realizado los exégetas modernos si todas las obras demoledoras del siglo pasado hubieran desaparecido, vale tanto como preguntarse qué habrían hecho Darwin sin Lamarck o Berthelot sin Lavoisier. Ciertamente, Voltaire y sus secuaces comentan la Biblia como Gesenio o Reuss; pero lo efectúan a su manera, empleando las luces de su tiempo; supongamos a un Diderot con la ciencia lingüística de un Eugène Burnouf o de un Max Müller y calculemos lo que habría producido (2).

(1) Fragmentos de un ensayo inconcluso e inédito, escritos entre los años 1884 y 1890. (Nota del editor.)

(2) La primera página del manuscrito está cruzada de tres notas:

Primera nota marginal del autor: Una de las características del siglo XVIII en Francia, fué la negación (no tanto literaria como filosófica) del siglo XVII, de aquel

Renan afirma que “la critique est née de nos jours” y la encarece tanto a cada momento que poco le falta para considerarla como un sexto sentido. No, desde que hubo un hombre despreocupado y lógico, hubo un buen crítico; y debe inferirse que las civilizaciones suficientemente desarrolladas para producir un gran escritor crean también hombres capaces de entenderle y apreciarle. Y el que entiende y aprecia, ¿no es un crítico? Decir que se inventa la crítica porque se la ensancha y se la ilustra, parece como sostener que se inventa la agricultura cuando se modifica la construcción de un arado. Entre la crítica del siglo XVIII y la crítica del siglo XIX media la simple diferencia que entre un vapor de ruedas y un vapor de hélice.

El mayor delito imputado a los volterianos consiste en haber combatido con burlas el Catolicismo, en haber tratado jocosamente lo serio y profanamente lo santo. Aparte de que santidad y seriedad no pasan de meras palabras, pues lo más serio pierde su seriedad cuando

siglo que, según Nisard, “es una de las fuerzas morales de Francia”.

Segunda nota marginal del autor: Todo el siglo XVIII no ha sido volteriano, y no puede comprenderse en una misma clase a los escritores ingleses, alemanes y franceses. En la misma Francia, no son iguales d’Alembert y Rousseau, Buffon y Montesquieu, Diderot y Voltaire. Hay el grupo enciclopedista; pero toda la filosofía europea no es enciclopedista ni volteriana. Hume en Inglaterra, Lessing en Alemania... (Las diez o doce palabras siguientes del manuscrito son ilegibles.)

Tercera nota marginal del autor: Se dice “hombres del siglo XVIII”, englobando en la misma categoría cerebral a escritores diametralmente opuestos, no sólo en el estilo, sino en las ideas, como si todos hubieran pensado lo mismo y escrito con la misma pluma.

se le ve por el risible y lo santo no encierra ninguna santidad para quien mira en todo la miseria humana, puede preguntarse a los críticos graves si su labor seria ha sido más fructuosa que el ataque burlesco del sig' XVIII. Los críticos serios recuerdan al buen general que acusaba a Napoleón de ganar batallas sin ceñirse a las reglas del antiguo arte militar.

Dijo Renan alguna vez que la crítica "se extravió en " el siglo XVIII por la ininteligencia que caracteriza en " historia a la escuela de Voltaire" (1); pero en los últimos años de su vida volvió sobre sus pasos y encareció "la gran filosofía del siglo XVIII por haber realizado más que Lutero y Calvino" (2).

La decantada frivolidad de Voltaire, su tradicional ligereza, se desvanecen al considerar que hay miras más elevadas, más ciencia y más humanidad en el *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* que en el *Discours sur l'histoire universelle* de Bossuet (3). Ciertamente, Voltaire es burlón, chocarrero y hasta cínico en sus obras;

(1) *Etudes d'histoire religieuse* (París, 1864). Pág. 77.

(2) *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* (París, 1883). Pág. 108.

(3) Hay dos notas:

Primera nota marginal del autor: Una filosofía de la Historia que parte del pecado original no puede ser sino un sistema estrecho y sectario. Cuando Bossuet comienza uno de sus párrafos grandilocuentes, se pregunta: "¿Qué dirán de mí en Versalles?" y cuando concluye se repite: "¿Qué pensarán en Roma?"

Segunda nota marginal del autor: Para Bossuet, la Historia se reduce a una ecuación que encierra la incógnita Providencia; la Naturaleza y el Hombre son dos premisas de un silogismo que tiene por consecuencia Dios.

pero su frivolidad en todo y su ligereza en todo sus invenciones de los creyentes para quitarle prestigio y desvirtuar el efecto de sus palabras. Nadie amó más la verdad que Voltaire, nadie defendió la justicia con mayor entusiasmo.

Voltaire deshonró su nombre con las bajas adulaciones al rey de Prusia; pero Bossuet, el gran Bossuet, ¿fué menos bajo adulator de Luis XIV? Hay una circunstancia: Voltaire era un simple laico, mientras Bossuet era todo un obispo. Nada extraño, pues, que el señor de Ferney se convirtiese en cortesano, cuando el águila de Meaux se transformaba en el **maître Renard** (1).

No, no se puede sostener que los chistes nada crearon, que todos pueden ser suprimidos sin que nada pierda la Humanidad. Verdad que un chiste no creó el Partenón ni la Ilíada, pero fué una excelente arma para combatir, un poderoso instrumento para demoler. La risa desconcierta y desarma al contrario: a un golpe se contesta con otro golpe, a una estocada con otra estocada; pero, ¿qué se responde a una burla bien dirigida? A más, la risa tiene algo de revolucionario: más hizo la carcajada de Voltaire que el lloriqueo de Rousseau.

(1) *Nota marginal del autor:* ¿Quién repugna más: un Voltaire adulando a Federico II o un Bossuet cantando te deums en celebración de las dragonadas?

FECUNDIDAD (1)

**“Mas los hombres no sirven para madres
Y aun apenas si valen para padres.”**

Al hortelano que nos dijera: “Tengo veinte pies de viña, pero ninguno me produce un buen racimo”, nosotros le contestaríamos: “Más te valdría tener una parra que te produjera cuatro buenos racimos”.

Al ganadero que nos dijera: “Poseo doscientas borregas, pero ninguna me rinde un solo vellón aprovechable de lana”, nosotros le contestaríamos: “Más te valdría poseer cuatro borregas que te rindieran unos cuantos vellones de buena lana”.

Al marido que nos dijera: “Cuento diez hijos iletrados y enfermizos, porque mis recursos no me permitieron instruirles ni alimentarles debidamente”, nosotros le contestaríamos: “Más te valdría contar un solo hijo, robusto de cuerpo y culto de alma.”

Y al marido le culparíamos más que al hortelano y al ganadero, por tratarse de hombres, no de plantas ni de animales.

Hace algunos miles de años, los griegos se dolían

(1) Ensayo inédito e inconcluso, escrito en 1906 o 1907.
(Nota del editor.)

de que deseáramos carneros, asnos y caballos de **pedigree**, cuidándonos de que fueran engendrados por buenos padres, mientras, por ansia de riquezas, descuidábamos que sucediera lo mismo en la raza humana (1). Para el cultivo de las plantas escogemos tierra y semillas, para la cría de animales seleccionamos los padres y adoptamos un régimen nutritivo; sólo en la propagación de la especie humana procedemos ciegamente, dejándolo todo al acaso, a los impulsos del instinto: ningún macho es repelido, ninguna hembra es rechazada.

Hay hombres exonerados del servicio militar; no les hay excluidos de las funciones matrimoniales. Principalmente si poseen dinero, perpetran crímenes más punibles que los consignados en los códigos penales. Porque ¿quién obra peor: el ladrón que de un tiro suprime al transeúnte o el viejo sifilítico que inocular el virus a una mujer joven y hermosa? De ahí que las grandes poblaciones parezcan sanatorios; quién se pone a observar el desfile de las gentes, se figura presenciar el ir y venir de enfermos y convalecientes. ¡Qué narices enrojecidas por el alcohol o el cáncer! ¡Qué pechos encorvados por la tuberculosis! ¡Qué pescuezos marcados por los costurones de la escrófula! ¡Qué piernas entrabadas por la

(1) Teognis escribía, en el siglo VI antes de J. C.: “On acheteroit pas de bestiaux sans les bien examiner, ni un cheval sans savoir qu’il descend d’une race généreuse; et l’on voit un honnête citoyen recevoir pour épouse une méchante femme, née d’un indigne père. N’en soyez pas surpris: elle lui apporte beaucoup d’or. Voyez-vous une femme refuser un homme méprisables’il a de grands biens? Non... La fortune confond toutes les races, et cet odieux mélange abatardit l’espèce humaine.” (*Sentences de Théognis de Phocylide, de Pythagore et des sages de la Grèce*, recueillies et traduites par M. Levesque. Paris, 1783; pag. 29.)

taxia locomotriz! De los labios se nos escapa un grito:
¡Qué fea es la humanidad!

La **sociedad contribuye a conservar un estado verdaderamente bárbaro** al no encontrar mejor manera de alabar a un hombre que llamándole **un honrado padre de numerosa familia**. ¡Alabar la prolífica virtud del cerdo! Desde que los hijos vienen como resultado de un placer egoísta y no de una acción desinteresada ¿por qué hacer mérito de contar una gran descendencia? Casi siempre, la fecundidad significa imprevisión criminal. Infunden lástima, desprecio y asco esos acoplamientos de seres vulgares que producen docenas de cretinoides llamados a mantener las preocupaciones de casta y secta, cuando no la tuberculosis, la epilepsia y la escrófula (1).

Algunas veces, las exhortaciones para el aumento de la población tienen un origen político. Así, en Francia, donde millares de hombres no hallan pan ni trabajo, donde no hay asiento ni bocado para el recién venido, donde

(1) Hay apuntadas cuatro notas al lado de este párrafo:

Primera nota marginal del autor: Garañones de forma humana, procreadores, no de un solo hijo, de diez o doce entes predestinados a las enfermedades y a las supersticiones.

Segunda nota marginal del autor: Dignos de ganar un premio en concurso de animales reproductores.

Tercera nota marginal del autor: ¿Por qué ese afán de traer hombres a la vida? Si a los llamados se les preparara buen alojamiento y buena comida, muy bien; pero se les llama para ayudar y dormir al raso, para ser los soldados del gran ejército desvalido y hambriento.

Cuarta nota marginal del autor: Se recuerdan familias de criminales, no de genios.

el que nace es un huésped importuno y enojoso, se hace campaña incesante para que las familias, en vez de limitar el número de los hijos, procreen a tontas y a ciegas. No faltan graves señores que de buena gana introducirían un afrodisíaco en la sopa de los maridos prudentes. Se quieren futuros soldados que recuperen lo perdido en la guerra del 70. ¡Cómo si todas las generaciones heredaran sin beneficio de inventario los odios y las miserias de las generaciones que las preceden! Para ciertos franceses, la justicia desapareció del mundo en el momento que los alemanes se apoderaron de Alsacia y Lorena (1).

No sólo deseamos un amor libre y sano, sino una maternidad y una paternidad voluntarias (2); elevar el amor, emancipándole de dos esclavitudes: la del instinto carnal y la de la prole. La vida se puede resumir en tres palabras: triste, ridícula y puerca: sin embargo, nosotros podemos derramar algo de regocijo en esa tristeza, algo de elevación en esa ridiculez y algo de limpieza en esa porquería.

Si no sólo existimos para nosotros, si transmitimos la vida, debemos trasmitirla depurada y perfeccionada: de ahí la obligación de mantenernos fuertes y sanos, de conservar nuestro vigor y enriquecer nuestro cerebro. La vi-

(1) Existe en Francia un Monsieur Piot, un infeliz senador constantemente desvelado en cavilar que en 1906 hay sesenta millones de alemanes frente a treinta y cinco millones de franceses, mientras en 1851 había justamente igual número de alemanes contra igual número de franceses: treinta y cinco millones frente a treinta y cinco millones.

(2) **Nota marginal del autor:** El hombre tiene derecho de poner un límite a la fecundidad inconsciente de la Naturaleza.

da no es nuestra: pertenece a nuestros herederos: antorcha que recibimos y debemos transmitir en toda su brillantez. Poseer un mal hereditario y engendrar es el más cobarde de los crímenes porque no hay para él sanción legal: es malear la vida, encerrar un perfume de Oriente en un frasco hediondo.

En resumen: los padres que engendran hijos predeterminados a las enfermedades o al hambre, son criminales: a su placer de hoy sacrifican el mañana de su descendencia (1).

(1) La página final lleva dos notas:

Primera nota marginal del autor: Una Humanidad sabia y prudente comenzaría por regularizar de un modo científico la reproducción del hombre, no admitiendo en la Tierra número de individuos mayor que el capaz de ser alimentado.

Segunda nota marginal del autor: No predicamos la vida seráfica y abstinentes: cuando por una ilusión mística o por un orgullo insensato queremos elevarnos sobre el nivel de la Humanidad, nos exponemos a descender más abajo que los animales. Entre el Zola de *Fécondité* y el Tolstói de *La Sonata a Kreutzer*... (Incensuro en el manuscrito.)

LOS VIEJOS (1)

La historia del Globo y de la Humanidad se resume en acción de lo que nace y quiere perdurar contra lo que existe y no se conforma con desaparecer. En las sociedades luchan dos generaciones — la ascendente y la descendente . — Los viejos se resisten a ceder el campo y resignar el poder, mientras los jóvenes anhelan abrirse camino y dominar. De ahí las revoluciones necesarias.

Cada generación padece la manía de ver niños en los hombres de la generación llamada a sucederla y blasona de haber culminado la evolución humana. El viejo mira en el hoy una descendencia del ayer y no vacila en afirmar que

“Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor”.

Esencialmente conservador, siente una verdadera fobia por todo lo nuevo, como si la novedad entrañara un principio de asfixia. Hubo gentes que murieron sin aceptar el ferrocarril ni el alumbrado eléctrico; y existen

(1) Ensayo escrito en 1915 y publicado por primera y única vez en la revista **Cultura** (Lima, Junio 1.º de 1915.)

hombres que se hundirán en la fosa sin haberse adaptado al automóvil ni al aeroplano. El apego a lo antiguo no reina en sólo el ignorante: si hay viejos refractarios a lo no aprendido por ellos en la juventud, son seguramente los académicos y los universitarios. Universidades y academias merecerían llamarse museos de antiguallas.

Con el transcurso del tiempo, los más avanzados reformadores se van convirtiendo en estacionarios pasivos, cuando no en retrógrados furibundos, enemigos de todos los que surgen para señalar rutas desconocidas y columbrar horizontes lejanos. La primera cana anuncia en la mayoría de los rebeldes el primer paso atrás. Al envejecer, los hombres adquieren las propiedades del vegetal: cada día se prenden más a su error, como el árbol arraiga más a la tierra. Muchos se metalizan y hasta se fosilizan. Intentar que esos fósiles vivos muden su manera de sentir y pensar vale como pretender que la encina eche raíces en el océano o que el animal submarino siga viviendo al aire libre.

Lo que ayer implicaba un adelanto, puede hoy significar un retroceso; y luchador que un día batallaba en las primeras filas, suele contar después en el montón de los rezagados: el propulsor se transforma en rémora; el águila, en tardígrado. Y ese tardígrado se figura más de una vez predicar un evangelio novísimo cuando sale repitiendo vejezas mandadas archivar el año mil. Dice un proverbio ruso: "Donde están las canas, ahí está la sabiduría." ¿Qué sabiduría? Probablemente la vulgar, la que no consiste en poseer la ciencia sino en profesar el más negro pesimismo. Los sabios, poseedores de semejante sabiduría, semejan a puentes alzados ayer para cruzar ríos que hoy no llevan agua. **En muchísimos vie-**

jos cada pelo de la barba dice una necedad, cada arruga de la frente anida una superstición. De ahí que merezcan amor y piedad, mas no crédito ni fe si quieren imponernos como dogma indiscutible su modo de resolver los grandes enigmas del Universo.

No se hable de ingratitud. Mucho, muchísimo debemos a nuestros antepasados; pero la deuda no se paga con seguir su ejemplo sino con hacerles justicia. Si los hijos hubieran imitado fielmente a los padres, si los menores de edad hubieran considerado infalible la ciencia de los mayores, no habríamos salido aún de la selva primitiva, donde seguiríamos vistiéndonos de plumas, comiéndonos al prisionero y violando a las mujeres. Si ni la herencia científica aceptamos sin **beneficio de inventario**, ¿cómo nos guiaremos por las tautologías y divagaciones metafísicas de cerebros semireblandecidos? Un sol moribundo no puede servir de centro vivificador a un sistema planetario.

Tanto como el respeto a las canas vale la veneración a los muertos. ¿Por qué ha de haber mérito en contar muchos años? Los alcornoques envejecen y envejecen los asnos. ¿Por qué ha de justificar la muerte? Nadie muere por su gusto; y si los malos resucitaran, probablemente volverían a ser tan malos como lo fueron antes de morir. Se ha dicho y se repite que los muertos conducen a los vivos. Con efecto, parece que **manos invisibles** empujaron a la Humanidad desde el fondo de **necrópolis** olvidadas, que voces subterráneas vinieran a murmurar a nuestros oídos las pueriles canciones de otros días. Inconscientemente, cedemos al empuje de esas **manos** y nos adormecemos al arrullo de **esas canciones**.

Bastante nos engañó la sabiduría de las canas, harto

nos desvió la enseñanza de los cementerios. Ancianos y difuntos encarnan la tradición, esa malhadada tradición que desde la cuna se apodera de nosotros para deformar nuestro cerebro hasta convertirnos en repetidores mecánicos de mentiras convencionales. El vehículo para transmitir el legado tradicional se halla en el idioma, con sus frases hechas, sus locuciones dogmáticas, sus absurdos intangibles y sus filosofías a lo Sancho, estereotipadas en los refranes. Las lenguas son acueductos que llevan a las poblaciones el agua y en el agua conducen gérmenes de enfermedades. Merced a la tradición, vive lo que no tiene derecho de vivir, y el hoy se reduce muchas veces a la simple repetición del ayer. Entre el pasado y el presente no se realiza un corte radical, una ruptura violenta y definitiva; ambos representan las inflexiones de una misma curva. Sin embargo, entre el joven y el viejo hay algo que les impide entenderse y compenetrarse: media incompatibilidad de humores. Evolucionan en planos distintos, parece que ni hablaran la misma lengua.

La decadencia física del hombre infunde menos lástima que su miseria intelectual y moral. Casi todos evolucionan a la inversa, retrogradando a la puerilidad, volviéndose niños, pero sin la inocencia ni la gracia de la niñez. Ocupan los últimos años de su vida en contradecir la buena obra de los primeros. Y se comprende la involución: por muy desinfectado que parezca el cerebro de un hombre, guarda residuos ancestrales y rezagos de la educación primaria. Estos residuos y esos rezagos son microbios temporalmente inofensivos; al encontrar el medio apropiado, recobran su virulencia.

Difícilmente se concibe gozo tan inefable como el irse despojando del hombre antiguo y revistiéndose del

hombre nuevo. No se preconiza una transformación imaginaria, semejante al rejuvenecimiento de Fausto, sino continuas depuraciones en las ideas, imitando el proceso del organismo al expeler las células muertas y asimilarse los gérmenes vivos. Obra casi imposible, dada la actual educación dogmática, plasmadora de hombres adheridos a una doctrina, como las ostras a un peñasco. Toda creencia exclusiva y arraigada denuncia claustración estrecha del cerebro: se cree por no llevar un cráneo suficientemente abierto para recibir la duda. Esos pedagogos de verbosidad incoercible, esos ortopedistas de almas (ortopedistas al revés) hacen de nosotros una serie de infelices, más destinados a la servidumbre moral que a la emancipación de la inteligencia. ¿Qué higiene síquica debemos seguir si deseamos conservar en los últimos años la juventud del pensamiento? No someternos a sistema alguno de verdades definitivas, sino regirnos por una sucesión de verdades provisorias, viviendo listos a dejarlas, como se deja una ropa envejecida o un bastón gastado por el uso (1).

Corto, cortísimo el número de los adaptables a las variaciones del medio, de los organizados para vivir en renovación incesante, gozando la juventud perpetua del cerebro. Esos privilegiados viven muchas vidas en una sola vida, son muchos hombres en un solo hombre. Los octogenarios y nonagenarios como Sófocles y Homero, Miguel Angel y Tiziano, Goethe y Humboldt, Darwin y

(1) Pensamiento semejante se halla expresado en *Un rato de Filosofía*, página 80. (Nota del editor.)

Spencer, Víctor Hugo y Littré, no deben llamarse viejos sino grandes ancianos: torres bamboleantes y ruinosas, conservan en lo más alto una luz perennemente encendida.

JUNTO A RENAN (1)

Algunos viajeros sudamericanos, particularmente los aficionados a escribir, adolecen de una manía: visitar a los hombres célebres. No bien desembarcan del vagón un Pedro Fernández y un Juan García, cuando se presentan en la antesala de un novelista o dramaturgo, como si entraran al "Jardín de Plantas" o al de "Aclimatación": el señor Fernández y el señor García desean hoy tratar a las celebridades literarias, como querrán mañana ver el cedro del Líbano y los osos blancos. ¡Lástima que, funcionando agencias Cook para facilitar al viajero la vista de caimanes en el Nilo, no trabajen empresas Barnum

(1) Reproducimos el texto publicado en la **Biblioteca Internacional de Obras Famosas** (New York, Madrid, etc., 1912; Vol. XXV, pág. 12661). La mayor parte de las referencias bibliográficas indican que este artículo apareció por primera vez en la **Biblioteca Internacional de Obras Famosas**; pero John H. Cutler, en su **Manuel González Prada, Precursor of a Modern Peru** (Tesis para el doctorado en Filosofía, Universidad de Harvard; 1936) rectifica en las notas bibliográficas de su erudita obra y afirma, con razón, que **Junto a Renan** vió la luz anteriormente en **La Revista** (Lima, Junio 1.º de 1903.) Hay ligeras diferencias entre los textos de 1903 y 1912: el autor corrigió su artículo al serle solicitado por el editor de la **Biblioteca Internacional**. Señalamos las más notables de esas modificaciones. (Nota del editor.)

para allanar interviews de turistas hispanoamericanos con grandes hombres europeos!

Los escritores franceses se muestran, por lo general, accesibles, llanos y benévolos, principalmente con los sudamericanos, a quienes miran, no ya como salvajes vestidos de plumas, sino como presidentes derrocados o futuros dictadores. Los Daudet y los Zola sufren el interrogatorio y el **gasconeo** del **rastaquouère**; pero se las cobran, ya con una sonrisa maliciosa, ya con un **calembour** de buen gusto, ya con la inevitable y clásica pregunta: "¿Cómo anda la revolución en su país?" No todos comprenden la sangrienta ironía oculta en la sonrisa melosa de un francés importunado. Los hombres cultos de Francia (y señaladamente los de París) ejercen con soberana maestría el arte de prodigar esas amabilidades más ofensivas y más humillantes que una bofetada (1).

Ninguno tan abordable como Víctor Hugo por saber que los extranjeros acudían a rendirle homenaje y adoración. El viejo poeta se gozaba tanto en el gobierno y la pompa que, según Alejandro Dumas, hijo, "se habría ordenado, si hubiera estado seguro de llegar a Papa".

No poseyendo su cónclave, mantenía su cenáculo. Nunca le faltaban alrededor algunos íntimos, encargados de recibir a los curiosos, unas veces para introducirles en el sanctasanctórum, otras para jugarles alguna broma de mal tono. Muchos salieron muy gloriosos de haber departido largamente con el autor de *Hernani*, cuando habían conversado con un secretario in pártibus;

(1) Las dos últimas frases (desde donde dice: "No todos comprenden...") no aparecen en el texto de 1903, habiendo sido agregadas posteriormente por el autor. (Nota del editor.)

muchos guardaron cuidadosamente (y quizá guardan todavía) un autógrafo hechizo donde el Maestro les llamaba **genios-auroras, hombres-pirámides** y les otorgaba un salvoconducto para la inmortalidad. Hubo pobre diablo que pensaba almorzar con Víctor Hugo, cuando era el comensal de Asseline, Clovis Hugues, Lockroy y hasta del cochero Moore.

Renan no pecaba de inaccesible ni agreste; pero como todos los hombres absorbidos por la vida interior, huía de los importunos y esquivaba las relaciones de pura fórmula. Muy poco frecuentaba el mundo, tanto por seguir su inclinación natural como por no robar tiempo a sus trabajos y meditaciones. ¿No afirmó que sólo en estudiar bien la historia de Israel emplearía unos quinientos años? Sin embargo, nunca se negó a la interview del viajero ni del periodista. Y merece compasión al imaginarle dejando su **Libro de Job** o su **Marco Aurelio** para recibir a un filólogo de Chumbivilcas o a un repórter de **Le Petit Journal**. Entre los muchos suplicios del trato social debe contarse el abandonar la lectura de un buen libro para sufrir la conversación de un necio.

El autor de la **Vida de Jesús** figuraba entre las curiosidades parisienses, y asistir siquiera una vez a sus lecciones o conferencias entraba de número inevitable en el programa del viajero, como recorrer el Louvre, presenciar una función de la Gran Opera, subir a la torre Eiffel y descender a las catacumbas. Propiamente hablando, no le **conocí** la primera vez que le divisé en la puerta del Colegio de Francia; le **reconocí** por el original de algunos grabados y fotografías. Entre la verja del edificio y la estatua de Claude Bernard, pasó a mi lado,

con la unción y el recogimiento de un sacerdote que llevara los santos sacramentos a un moribundo.

Desde entonces seguí viéndole dos o tres veces por semana: con su sombrero de copa mal escobillado, con su levita negra no siempre abotonada en el ojal correspondiente, con sus toscos zapatones de lazos y punta cuadrada, con un rollo de papeles bajo el brazo, descendía la escalera de sus habitaciones para dirigirse al lugar de sus conferencias. Si al fijarme en el aire desgarrado, recordé alguna vez sus palabras: "Soy un cura que ha dado pifia, y maldito lo que me asienta el vestido laico", nunca pensé que Veuillot hubiera tenido razón para llamarle "un desenfrailado dulcete, admirable por las ganas que inspira de embestirle".

En 1891 y 1892 asistí a sus lecciones bisemanales: los sábados a la **Crítica de las leyendas relativas a Moisés**, los miércoles a la **Explicación del Libro de Isaías**. Daba las primeras, de dos y media a tres y media, en un local espacioso y desde un estrado que le separaba de su auditorio; las segundas, de dos a tres, en una habitación reducida y rectangular, sentado a la cabecera de una mesa y familiarmente rodeado de sus discípulos, que no llegarían a veinte. Ahí sobresalían las narices israelitas y las calvas maduras, sin que faltaran las fisonomías impenetrables de dos clérigos jóvenes ni la figura inteligente de una mujer entrada en años (1). La habitación

(1) Si las mujeres invaden las conferencias de Deschanél en el Colegio de Francia y de Aulard o Brunetière en la Sorbonne, no dejan de asistir a las lecciones más áridas y más abstrusas. De los tres o cuatro discípulos que en 1892 seguían el curso de sánscrito dictado por Foucaux, uno era mujer. El curso versaba sobre las leyes de Manu y la vida del Buda.

Nota del editor: El autor suprimió esta nota en el texto de 1912.

lleva un nombre pomposo, **Sala de las Lenguas Orientales**, célebre por haber enseñado en ella Eugène Burnouf, Abel Rémusat, Sylvestre de Sacy, Stanislas Julien y no recuerdo si Champollion. Entonces profesaban en ese mismo local: d'Hervey de Saint-Denys sobre la literatura china, Maspero sobre los textos de las pirámides, Clermont-Ganneau, sobre las inscripciones hebraicas de Jerusalem, Barbier de Meynard sobre la lengua y literatura arábigas, etc.

No brillaba Renan como profesor, y revelaba más su deficiencia oratoria al dejarse oír después de Gastón Boissier o Emile Deschanel. Su dicción difícil, mascada y algunas veces incorrecta, no guardaba la menor similitud con su prosa fácil, espontánea y cristalina. "Entre mis defectos — llegó a confesar — cuento uno que en ciertas ocasiones me ha perjudicado muchísimo: cierta especie de flojedad en la comunicación verbal de mi pensamiento". También escribió en uno de sus libros: "Una de mis manías consiste en construir a propósito frases incorrectas donde el acento de los pensamientos carga justamente sobre la incorrección que le hace resaltar."

Arrellanado en una poltrona, delante de una mesa atestada de Biblias en latín, griego y hebreo, parecía un Buda rehumanado por la obesidad. Unas veces descansaba los brazos en el abdomen, entrelazaba los dedos y remolinaba los pulgares; otras veces apoyaba su cabeza en las falanges de la mano izquierda y con la derecha accionaba con tal dulzura y suavidad que habría parecido bendecir, si no hubiera amenazado arañar con las uñas erizadas en sus dedos blancos y rollizos. En el abotagamiento de su cara bonachona relampagueaban unos

ojos pardos, de mirada melancólica, y en su boca grande, pero de labios delgados, se diseñaba una sonrisa constantemente irónica; irónica no más, sin socarronerías a lo Sancho Panza ni lubricidades a lo sátiro. Dos hondas arrugas orillaban las ternillas de su nariz descolgada y tosca, descendían por las comisuras de los labios y bajaban a perderse en las sinuosidades de una papada exuberante y fofa. Un efecto raro producían sus cejas grises, avanzadas a manera de pequeños bigotes; mas le infundían aspecto venerable unos cabellos largos y canosos, divididos por una raya en el parietal derecho y encarrujados encima de las orejas, como las semivoltas de un capitel jónico.

Cuando Renan soltaba una frase irónica o lanzaba una indirecta, solía saborearse, haciendo con los labios el gesto del buen catador al degustar el vino generoso. A ratos, parecía burlarse de su tesis, de sus pruebas, de su auditorio y de sí mismo, principalmente cuando citaba pasajes de antiquísimas lenguas muertas. Seguramente pensaría: si mis discípulos no entienden mucho de lo que digo, yo no lo comprendo todo. Sin embargo, citaba, y las sílabas de los idiomas fósiles resonaban en sus labios como hilos de perlas desgranadas en un platillo de oro, cuando no como fragmentos de cacharro sacudidos en un jarro de lata. Recuerdo haber leído en **L'Echo de Paris** esta afirmación deliciosa de un repórter: "Renan pronunciaba castizamente las antiguas lenguas orientales.

En las últimas lecciones de 1892 dejaba traslucir el cansancio, el agotamiento y la enfermedad: a cada momento variaba de posición para disimular los ardores de la **zona** que le devoraba la piel. Si el rictus doloroso

aparecía una que otra vez, la sonrisa irónica reaparecía siempre. Ni la más leve alusión a sus padecimientos, ni el más ligero ademán de cólera o desesperación: sintiendo la venida de la muerte, la esperaba sereno y resignado. Sólo una imperceptible sombra de tristeza cruzaba de cuando en cuando por su frente, como una bruma que asoma y se disipa en un cielo donde ya no brilla el sol y donde ya muy pronto bajará la noche. Al contemplar su calma y buen humor, me venían a la memoria sus palabras: "Soy doble: algunas veces, una parte mía llora " cuando la otra ríe".

Nada tan opuesto a la cara zorruna y angulosa de Voltaire como la fisonomía monacal y rotunda de Renan; sin embargo, no escuchaba yo al uno sin pensar en el otro. Se diferencian en carácter y figura, guardan mucha similitud por la obra realizada y la influencia ejercida. Hoy existe un renanismo como hubo ayer un volterianismo; y si Voltaire dejó herederos, alumnos y hasta parodiadores, Renan tiene su hijo mayor en Anatole France, su discípulo renegado en Paul Bourget, su mono en Jules Lemaitre.

Como se recordará, Ernesto Renan murió en Octubre de 1892. Cuando en los años siguientes pisaba yo el Colegio de Francia, me parecía verle y oírle: me sentía obsesionado por su gran sombra, particularmente al hallarme solo en el local donde había escuchado sus lecciones. Y no me faltaba razón: habíamos sido algo como dos amigos que no entablaron amistad. Gracias a la condescendencia del portero, solía introducirme yo en las aulas mucho antes de que las invadiera el público. Entré un miércoles a la **Sala de las Lenguas Orientales** y no acababa de sentarme, cuando se presentó Renan. Qui-

se retirarme; pero él, sin abrir los labios, hizo con la mano derecha el ademán de que podía quedarme. Interpretando su gesto por **quédate pero calla**, incliné silenciosamente la cabeza, como dándole las gracias. Nos sentamos: él en la cabecera de la mesa y volviendo las espaldas a la chimenea, yo a su lado izquierdo, en el mismo asiento que había ocupado antes de su llegada; él desenvolvió su rollo de papeles, yo abrí mi libro; él se puso a leer, yo hice lo mismo.

En muchas ocasiones nos hallamos solos, a poca distancia, casi rozándonos las rodillas, y nunca nos dirigimos la palabra. Algunas veces interrumpía su lectura, dejaba los papeles y me clavaba los ojos. Seguro yo de que me miraba sin verme, le fijaba también la vista y le examinaba de hito en hito. Al saber mi nacionalidad, me habría compadecido como a un bárbaro de Occidente o un escita de América, digno de merecer los anatemas de su *Plegaria en la Acrópolis*. Quizá si alguna vez se dijo al notar mi presencia:

—Este debe ser un buen animal con la virtud del silencio.

TERCERA PARTE

MADAME ACKERMANN (1)

I

Cuenta Nicomedes Pastor Díaz que “uno de los más célebres y justamente populares ingenios dijo de la Avellaneda al oír una de sus composiciones: “¡Es mucho hombre esta mujer!”

Poco resalta lo femenino en la poetisa cubana y no se cometería una paradoja al afirmar que en la moderna literatura española Gertrudis Gómez de Avellaneda encarna el elemento varonil de la mujer, en tanto que Fer-

(1) Las dos primeras partes de este ensayo inédito han sido copiadas de un manuscrito de 1902; las partes III y IV, de un texto de 1882 o 1883, época en que **Madame Ackermann** parece haber sido compuesto íntegramente. Por razones que ignoramos, el autor se desinteresó en el ensayo y sólo en 1902 dió forma definitiva a las partes I y II, destruyendo al mismo tiempo el borrador correspondiente de 1882-83. No terminó de refundir el ensayo, motivo por el cual ha llegado a nuestras manos en tan insólita forma: las partes I y II en la revisión de 1902; las partes III y IV en el texto de 1882-83. Si las primeras denuncian la obra casi concluida, las últimas revelan inconfundiblemente el bosquejo: carecen de enmiendas y variantes (cosa rara en los manuscritos de González Prada) y son la versión original, el borrador del ensayo. (Nota del editor.)

nán Caballero representa el elemento femenino. En Francia podría decirse lo mismo de Jorge Sand y Marceline Desbordes-Valmore; Jorge Sand representa a la mujer masculina, Marceline Desbordes-Valmore a la mujer femenina.

Fuerte de ánimo por haber avanzado más allá del punto donde retroceden muchos hombres, tierna con la ternura de los corazones escogidos por haber consagrado lo mejor de su vida al culto de un recuerdo, Madame Ackermann armoniza en su persona los elementos más discordantes, formando un mixto de facultades masculinas y sentimientos femeninos. En la adolescencia estudia lenguas como el latín, el griego, el hebreo y el sánscrito; en plena juventud hojea códices de pergamino, compulsaba textos medio devorados por la polilla o descifra manuscritos casi borrados por el transcurso de los siglos; y en la vejez, cuando muchos pensadores y filósofos operan un movimiento de regresión hacia las supersticiones de la infancia, ella erradica de su alma los restos de los prejuicios hereditarios, se acoge a la filosofía de Schopenhauer y adora a las tres últimas diosas de la humanidad: la duda, la muerte y la nada.

Distaba de Madame de Sévigné tanto como de Madame de Staël o Delphine Gay; pero tiene mucha semejanza con Madame de Gasparin y Clémence Royer. Carácter sui generis, suscitó aplausos exagerados y recriminaciones injustas. No se la debe considerar como un sol levantado para eclipsar a los modernos poetas franceses, sino como una estrella de segunda o tercera magnitud que excita la curiosidad por la extrañeza de su luz más que por la brillantez de su disco.

II

Luisa Victoria Choquet nació en París el 30 de Noviembre de 1813 y murió en Niza el 2 de Agosto de 1890. Sus padres fueron parisienses, mas de origen picardo, según ella lo asegura.

“Mi vida —refiere en su autobiografía— puede resumirse en algunas palabras: una infancia entorpecida y triste, una juventud que verdaderamente no lo fué, dos breves años de unión dichosa, veinticuatro de soledad voluntaria. Si en todo eso no se ve mucha alegría, tampoco se descubre nada que justifique mis lamentos ni mis imprecaciones. Las grandes luchas, las decepciones amargas me fueron ahorradas. En suma, mi existencia ha sido dulce, fácil, independiente, habiéndome concedido la suerte lo que principalmente le había yo pedido: descanso y libertad.”

La primera colección de sus versos salió a luz en Niza el año 1861 (1); la edición se redujo a ciento cincuenta ejemplares que sólo circularon entre los amigos de la poetisa. Ahí manifestaba, desde las primeras páginas, el ningún deseo de merecer el aplauso, señaladamente de los demás poetas:

Quando modula sus trinos
En el bosque un ruiñeñor
¿Pregunta acaso si escuchan
Otras aves su canción?
Como el pájaro del bosque,

(1) En 1862, según Sainte-Beuve.

Yo de cuando en cuando voy
 Repitiendo mis cantares,
 Pero siempre a media voz.

El libro circuló tan poco y la autora ganó tan escaso renombre, que el año 1863 escribía Paul Barbet-Massin en la colección de *Les Poètes Français* publicada bajo la dirección de Eugène Crépet: "El poeta " que tenemos el honor de presentar al público, y para " quien hasta el nombre es aún desconocido, etc. . . . La " señora Ackermann no pensó en dirigirse al público y " solamente quiso ofrecer a unos cuantos amigos una " muestra de sus alcances, pareciéndola que para ello " bastaban algunos trozos. Abrigamos una esperanza: las " aprobaciones que no dejará de obtener, la alentarán " para salir de su oscuridad voluntaria."

Contes et Poésies, por L. Ackermann, editados en 1863 por Hachette, contienen lo publicado en Niza y algo más que la autora escribió después o no incluyó en su primer libro. La imitación y la erudición predominan en *Contes et Poésies*. Madame Ackermann toma del sánscrito *El cofre y el bramán*, *Savitri*, *Sakountala*; de las *Mil y una noches*, *La entrevista nocturna*; de Pouchkine, *El ermitaño*; de Grimm, *El ahijado de la muerte*; de Immermann, *El cazador desgraciado*; de Goethe, *La copa del Rey de Thulé*. Para justificar las imitaciones, dice con amargura:

Depuis longtemps il n'est rire ni larme
 Qui soient nouveaux sous notre firmament.
 Redite, hélas! et regazouillement,

C'est tout notre œuvre, et qui rime s'expose
A faire ouïr des sons déjà connus;
Heureux encore, parmi les tard venus,
Ceux dont le chant ressemble à quelque chose.

Sin embargo, en *C o n t e s* e t *P o é s i e s* figuran composiciones originales, como **Hebe**, **La lámpara de Hero**, **Al cometa de 1861**, **La lira de Orfeo**, **A Alfred de Musset**, etc. **Hebe** es todo un símbolo en doce versos, **Al cometa de 1861** encierra toques sombríos a lo Byron y el canto **A Alfred de Musset** sintetiza el dolor causado por la muerte del malogrado poeta:

Tu fus l'enfant choyé du siècle. Tes caprices
Nous trouvaient indulgents. Nous étions les complices
De tes jeunes écarts; tu pouvais tout oser.
De la Muse pour toi nous savions les tendresses,
Et nos regards charmés ont compté ses caresses,
De son premier sourire à son dernier baiser.

Parmi nous maint poète à la bouche inspirée
Avait déjà rouvert une source sacrée;
Oui, d'autres nous avaient de leurs chants abreuvés.
Mais le cri qui saisit le cœur et le remue,
Mais ces accents profonds qui d'une lèvre émue
Vont à l'âme de tous, toi seul les as trouvés.

Los cuentos, a pesar de su origen exótico, ofrecen un dejo **gaulois** que nos recuerda los **fabliaux** de los **trove-ros** medioevales. Por el comienzo de los cantos y las **divagaciones** nos recuerdan también a Byron en algunos de sus poemas, a Espronceda en su **D i a b l o M u n - d o** y a Bello en su traducción del **O r l a n d o**. En

la forma esencialmente francesa, se nota predilección por el endecasílabo, tan grato a Marot y La Fontaine.

Merced a sus *Contes et Poésies*, Madame Ackermann sale de su "oscuridad voluntaria". Théophile Gautier no la olvida en el informe que por mandato imperial escribe en 1867 sobre el estado de la literatura francesa (1) y Sainte-Beuve se ocupa de ella, en 1868, al fin de un artículo sobre Louise Labé (2). Antes de Sainte-Beuve, la habían juzgado Emile Deschanel, Auguste Lacaussade, Daniel Stern y algunos otros.

La lectura de *Contes et Poésies* nos causa el mismo efecto que el paseo por un jardín: nos sentimos embalsamados por la fragancia de las flores y de repente sufrimos la picada de un espino. La composición **Los desgraciados** hace las veces del espino entre las flores del libro. Puede asegurarse que **Los desgraciados** son a Madame Ackermann como **Las tristezas de Olimpio**, **El lago**, **Eloa**, **Rolla**, **La curée**, **La muerte de una encina** y **Caín** son respectivamente a Víctor Hugo, Lamartine, Vigny, Musset, Barbier, Laprade y Leconte de Lisle. Sainte-Beuve alabó mucho esa composición, pero deseando que fuera "menos prestada y más natural". **Los desgraciados** contienen el embrión de las **Poesías filosóficas**.

En 1874 publicó Alphonse Lemerre las *Poésies de L. Ackermann*, que contenían dos partes: **Premières Poésies**, ya incluidas en las colecciones anteriores, y **Poésies Philosophiques**. Este libro produjo un

(1) **Rapport sur le progrès de la Poésie**, incluido en el **Recueil de rapports sur le progrès des Lettres et des Sciences en France** (París, 1868.)

(2) **Nouveaux lundis**, tomo IV. pág. 313.

escándalo y representó algo como *La Vida de Jesús* de la poesía. Suscitó fuertes polémicas, y salieron al palenque hombres como el académico Caro, quien se mostró templado y justo; no así Pontmartin (1) y otros, que arrojaron sobre Madame Ackermann toda la hiel de sus almas devotas.

El mismo Lemerre publicó en 1885 las *Oeuvres de L. Ackermann*, formadas de *Ma vie*, *Premières Poésies* y *Poésies Philosophiques*.

III

¿Hubo en la niñez de Luisa Victoria los accesos de misticismo que sintieron Renan en la adolescencia, Sainte-Beuve en la juventud y Huysmans en la edad madura? (2). Sus versos no lo dejan traslucir. Parece que su primer amor fué la poesía; y, en verdad, un alma como la suya, ¿podía permanecer muda en aquella época? Supongámosla de diez y siete a veinte años, es decir, de 1830 a 1833. Lamartine acababa de lanzar las *Armonías*; Vigny, *Eloa* y *Moisés*; Víctor Hugo, *Hernani*; Alfredo de Musset, los *Cuentos de España y de Italia*; Gautier, *Albertus*; Barbier, los *Yambos*, y la multitud de poetas menores cantaba y ayudaba al renacimiento de las letras en Francia. La pintura, la arquitectura, la música, las cien-

(1) *Nouveaux samedis*, tomo XI, pág. 17.

(2) El nombre de Huysmans ha sido intercalado por el autor con posterioridad a la época en que redactó este ensayo: la conversión de Huysmans al Catolicismo data de 1892 (más propiamente de 1895, con la publicación de *En route!*) y esta parte del ensayo de González-Prada fué escrita en 1882-83, como queda dicho en la nota de la página 125. (Nota del editor.)

cias naturales, la historia, la filosofía, la crítica, todo en fin, hasta la sociedad, se rejuvenecía y en todo había la ebullición de la vida y el estremecimiento de una fecunda gestación. Luisa Victoria sintió la sacudida eléctrica y rompió en himnos.

Pronto se despertó en ella el deseo de saber: a los veinte años estudia ya lenguas muertas y matemáticas siguiendo acaso el consejo de uno de sus poetas favoritos, Goethe: "Para saber algo es preciso saberlo todo." A esta época de transición de la poesía a la erudición pertenece el **Adiós a la Poesía**, que en *Contes et Poésies* lleva la fecha de 1835.

Obligada por asuntos de familia o por deseos de conocer, viajó por Alemania, donde contrajo matrimonio con Ackermann, filólogo distinguido. Había entre ambos esposos el lazo a menudo frágil del corazón y la férrea cadena del pensamiento. La muerte de tal esposo, ocurrida a los dos años del matrimonio, debió ser para tal esposa la muerte del alma, del corazón y de la vida.

Madame Ackermann sintió entonces lo que alguien llama "el soplo de las profundas desesperaciones". Después del natural silencio que imponen las tremendas crisis, volvió a la poesía, no para llorar como los amantes vulgares, ni para orar como los corazones crédulos ni para esperar como las almas ilusas. La misma que en años anteriores había deseado que su verso fuera un "arroyuelo contento", cambió el modulado canto del ruiseñor por el chirrido áspero del águila y unió sus voces al coro de Lucrecio, Byron, Shelley, Leopardi y Heine. Se lanzó a la filosofía pesimista del Indostán y concluyó por dolerse de haber nacido, adorar el nirvana búdico y desear la nada oscura y tranquila.

En ese gran naufragio, no todo murió en Madame Ackermann ni quedó convertida en piedra a la manera de la Niobe antigua. Como Heine atacado de la parálisis se abrazaba a la Venus de Milo, consagrandolo sus últimos amores a las divinidades helénicas, y como Bécquer adoraba con los postreros latidos de su corazón a la mujer de mármol que dormía

“En la imponente nave
Del templo bizantino”,

así nuestra poetisa conservó en su alma dos reliquias sagradas: el recuerdo de un hombre y el amor a la Naturaleza. No hay otros amores, y esto nos insinúa la idea de que Madame Ackermann no ha sido madre. No, no se lanza en el abismo de la nada, con tanto placer y con voluptuosidad tan siniestra, quien tiene las profundas raíces de los hijos que aferran el corazón a las rocas de la vida. No queremos convencernos de lo contrario, pues nos place contemplar a Madame Ackermann serena, impassible, rodeada con la más pura de las aureolas que pueden circundar la frente de una mujer: la esterilidad.

Un hombre y la Naturaleza: he aquí los dos polos de Madame Ackermann. Su pasión no es locura como en Safo, ni fantasía histérica como en Teresa, ni voluptuosidad como en Ninón, ni capricho como en las cortesanas de Luis XV, ni sentimiento incomprensible como en Lelia: es el verdadero amor humano que piensa, compara, juzga, raciocina y se estudia a sí mismo; un viaje de dos almas hacia la luz, una ascensión hacia lo grande, algo de lo que sentiría un Goethe femenino o una La Vallière atea. Con fe, se habría encerrado como Heloi-

sa en un convento a llorar eternamente por su Abelardo; pero, alma forjada en el yunque de nuestro siglo, desdigna las frivolidades místicas, cierra la voz a la esperanza de una futura unión con el objeto amado y contempla cara a cara todos los horrores de la muerte, todas las injusticias del Universo y toda la sublimidad de la nada eterna e imperturbable. Sin embargo, abraza celos y se subleva al pensar que el esposo tenga en otros mundos un pensamiento que no se consagre sólo a ella y un corazón que no palpite sólo por ella y una vida que no sea sólo para ella. Extraño este celo de ultratumba, que prefiere el anonadamiento del objeto amado a la ingratitud y el olvido. ¿Qué poeta moderno tiene algo parecido a esto en que nos inicia esta Diotima del ateísmo?

Desde su primer libro nos da ideas elevadas del amor. En el cuento **Savitri** dice, aludiendo a la leyenda judaica del paraíso perdido y refiriéndose a la caída de Eva:

... toutefois dans mon âme
Je lui pardonne et me sens très touché
Car elle aimait...

En **La Fée au voile**:

Vieillir à deux, quand on fut jeune ensemble,
A mon avis, n'est pas un mal si grand.

Y en **Deux âmes**, donde, rompiendo la tradición cristiana que niega la entrada del amor en el infierno, prorrumpe así:

Ah! tout l'enfer peut conjurer ses flammes,
Hurler, rugir, l'Amour est le plus fort.

Si Madame Ackermann fuera el arcángel colocado a la entrada de un paraíso, para abrir el paso a los escogidos y cerrarlo a los réprobos, no preguntaría a las almas de los muertos: — ¿Habéis sido buenos o malos?, sino: — ¿Habéis o no habéis amado? Santifica el amor y jamás descubre a los ojos de sus lectores esos misterios de dos almas, tan dulces de gozarse en “la misteriosa penumbra de una alcoba perfumada”, como desagradables de pregonarse a los cuatro vientos de la fama. Si Madame Ackermann no hubiera perdido a su esposo, ¡qué giro tan diferente no habría tomado su talento! Hay en ella un sentimiento doméstico tan marcado, trasciende en algunas de sus primeras poesías un amor tan dulce al hogar, que, envejeciendo al lado de su esposo, habría sido algo como un Cooper femenino. Pero la tremenda sacudida, el golpe asestado a su corazón lo transformó todo.

La Naturaleza es el segundo de sus dos amores. La dirige apóstrofes tales, que para encontrar algo superior o semejante hay que remontarse a Orfeo, cuando encendido por un entusiasmo filial llamaba a la Naturaleza “Reina madre de todas las cosas, virgen alimentadora “ de todo, amarga para los malos, dulce para los hombres piadosos, providencia inmortal, etc.” Pero, como todos los amantes, tiene quejas de su amada y más la increpa cuanto más la adora, siendo sus palabras de enojo nuevas declaraciones de amor.

La forma de Madame Ackermann no es intachable; pero, ya que tanto hemos perdonado la vacuidad del fondo, por fijarnos en la pompa de las rimas, en la cadencia verbal y en la preciosidad de las construcciones métricas, ¿no perdonaremos el descuido en el ritmo, la

endeblez en los consonantes, la inexactitud de algunos calificativos y hasta las faltas contra la lengua de Racine, en gracia del atrevimiento y novedad en las ideas? Olvidemos a Gautier, Baudelaire, Banville, Leconte de Lisle y Catulle Mendès, y admiremos a Madame Ackermann como admiramos el obelisco de Luxor o las esfinges de Egipto, después de haber visto un vaso de Benvenuto Cellini o una joya de Froment-Meurice. La poesía de los primeros está labrada con el buril de los artistas, la de Madame Ackermann con el martillo de los Cíclopes.

Cuando leemos las anotaciones de Voltaire a Corneille o los comentarios de Clemencín a Cervantes, disminuye a nuestros ojos la talla de ambos colosos; pero cuando saboreamos *El Cid* o *Don Quijote*, a cada página crecen y crecen a nuestros ojos las estatuas de Corneille y Cervantes. Hay que leer así a Madame Ackermann: haciendo abstracción de las creencias generales que extravían el buen criterio y desvestiéndose de las preocupaciones que perturban la visión de nuestro cerebro. En los momentos de supremo dolor, en esas horas que no buscamos alivio ni consuelo, el libro de Madame Ackermann nos habla el lenguaje deseado y nos muestra en forma tangible los pensamientos vagos y profundos que en nosotros existen confusos y embrionarios.

No hay en ella mentira: lo que dice fué sentido: sus versos son gotas de sangre caídas de una herida mortal o incurable.

En resumen, si por su primera colección *Contes et Poésies* conserva Madame Ackermann la tradición marótica que pasa de La Fontaine a Voltaire y puede considerársela en nuestros días como un repre-

sentante del gusto *gaulois*, por sus *P o é s i e s P h i l o s o p h i q u e s* es hija legítima de nuestro siglo y pertenece a esa familia de espíritus sanos e independientes que, aceptados los principios de una filosofía, no retroceden ante las lógicas aunque desconsoladoras consecuencias y se precipitan en el abismo con una especie de éxtasis voluptuoso, de inefable desvanecimiento y hasta de varonil orgullo (1).

(1) Al dorso de las últimas páginas del texto de 1882-83, aparecen las siguientes notas marginales, escritas todas durante la misma época:

Primera nota marginal del autor: Si hay una vida immaculada es la de Luisa Victoria, que es una santa del ateísmo como Littré es un santo ateo.

Segunda nota marginal del autor: En las mujeres lo que se calla o se deja traslucir vale más de lo que se dice: son ellas como el Sol y como los Dioses del Olimpo griego; para ser vistos necesitan estar envueltos en el velo de una nube.

Tercera nota marginal del autor: Se figuran algunos que los sentimientos nobles y los pensamientos levantados son patrimonio exclusivo de que disfrutaban los corifeos de una secta determinada. No comprenden cómo pueden amarse bien en esta vida y practicar buenas acciones los que nada esperan más allá de la tumba, como si el amor fuera un juego de mala ley en el cual apostamos hoy uno con la seguridad de ganar mañana ciento, y la virtud un cofre en que vamos atesorando monedas de cobre que debemos en otro tiempo recoger transformadas en oro. Madame Ackermann es una prueba evidente de lo contrario. Y ¿su dolor? no parece que hay algo más profundo que el de los ateos. Lo que devora la tumba puede al cristiano devolvérselo la eternidad; lo que devora la nada ¿quién lo devuelve? Hay en el libro de la Humanidad un capítulo que sería curioso escribir: la virtud de los ateos. En él tendría su lugar Madame Ackermann.

Cuarta nota marginal del autor: Regularmente, el hombre dado al cultivo de las letras, artes o ciencias vive en la soledad del espíritu, entabla un monólogo sombrío

y está sin aliado ni amigo en los combates del alma, que son, a fe, los más recios y sangrientos, aunque los menos visibles y ruidosos. La mujer, espectadora de este drama en que debía de ser actriz y actriz principal, pues la tocaba el papel de confidente y redentor, nada o muy poco trasluce de lo que ante sus ojos pasa, y asiste como un público que habla solamente inglés a un teatro en que sólo se representa en chino. La mujer cristiana y creyente a pie juntillas, si no ve un enemigo temible en un esposo librepensador y despreocupado, guarda para con él una reserva estudiada y glacial, temiendo las expansiones íntimas con el confesor, es decir, con la tercera persona que constituye la trinidad del matrimonio cristiano, o más bien, con el intruso que viene a sentarse en la estrecha mesa del amor, donde únicamente caben dos convidados. El hombre, pues, se ve constreñido a callar, a disimular o encerrarse en la tumba de sí mismo y a decirse con verdadera amargura:

“Il est triste d'être seul à sentir son génie”.

Mas no sucedió cosa parecida con Ackermann y Luisa Victoria.

Quinta nota marginal del autor: Esperamos que Madame Ackermann no echará una mancha sobre su nombre con esas cobardes retractaciones de todos los días ante el espectro de la muerte, y que descenderá al sepulcro siguiendo el valeroso ejemplo de Sainte-Beuve y Proudhon.

Sexta nota marginal del autor: El descreimiento de Madame Ackermann tiene sus raíces en un dolor profundo y en una vasta erudición: está radicado en el corazón y en el cerebro.

Séptima nota marginal del autor: ¡Prometeo y Pascal! Prometeo, la firmeza y el valor del hombre antiguo, que empieza por ser un esclavo de los dioses y acaba por humillarles y vencerles; Pascal, el hombre moderno, que no lucha con el cielo porque sabe que sería una locura, pero duda siempre entre ser más que un ángel o menos que una bestia; no halla nunca paz entre los dos enemigos que batallan dentro de él y sucumbe abrumado por el eterno silencio del espacio. Quizá el Prometeo de Madame Ackermann no es tan arcaico como el de Esquilo ni de formas tan puras como el de Goethe ni tan dramático como el de Shelley, y acaso el Pascal no retrata al que todos conocemos por los **Pensamientos** y las **Cartas Provinciales**. Pero quítense los nombres, llámese de otro modo al Prometeo y

CAMPOAMOR (1)

Se ha dicho que, "por lo general, en los escritores " más insignes llegamos a encontrar un reducido número " de ideas presentadas en distinta forma o vestidas con " diferente ropaje". No puede negarse que muchos autores adolecen de un gravísimo defecto: la monotonía.

Al componer dramas o leyendas, odas o epigramas, ejecutan variaciones de un mismo tema o **leitmotiv**. Parece que, obsesionados por una idea madre, quieren imponerla y divulgarla a fuerza de repetirla. Como algunos

al **Pascal** y se tendrá la fisiología de dos almas. Ellos son **Madame Ackermann**: su autor incurre en el defecto de atribuir a personajes de otros siglos los pensamientos y sentimientos de nuestra época.

(1) **Campoamor** apareció en 1903 en **La Integridad**, semanario de Lima y no ha sido reproducido desde entonces. De los escritos publicados del autor, es tal vez uno de los menos conocidos: **Encino del Val** no lo menciona en su **Bibliografía de González-Prada**, erudito trabajo que desgraciadamente, se encuentra aún inédito.

Hemos indicado ya en las **Advertencias** que, de los escritos publicados, **Campoamor** es el único cuyo texto está complementado de notas marginales de importancia. Las reproducimos al final de este ensayo, siguiendo el mismo orden en que el autor las agrupó en la última página del recorte impreso. (**Nota del editor.**)

dicen siempre lo mismo en el mismo tono, merecen llamarse monocordios.

A Campoamor no se le acusará de monótono. Admira por lo variado y lo flexible de su talento, cuando se hojea el *Personalismo*, *Lo Absoluto*, las *Polémicas* o el *Idealismo*, después de haber leído una fábula, un cantar o una dolora. Epico y antológico, va del largo poema en cuartetas o en octavas reales a la diminuta composición en una sola redondilla o en dos pareados, como Homero pasaba de la *Ilíada* y la *Odisea* a los epigramas sobre Glauco y Midas, o como Goethe saltaba del *Zorro* y del *Fausto* a un *lied* y a una *xenie*. Las *Fábulas*, las *Ternezas*, las *Doloras*, los *Pequeños Poemas*, el *Colón*, el *Drama Universal* y las *Humoradas*, parecerían obras de escritores diversos, si la forma sui géneris no estuviera denunciando a su autor.

Campoamor une dos cosas muy difíciles de juntarse: amenidad y filosofía, siendo un gran poeta releído por las mujeres y meditado por los hombres. Cuando al juzgar a Revilla le calificó de "intencionado", no hizo más que emitir la palabra digna de señalarse a él mismo. Lo que otros enuncian con la oscuridad de una pitonisa y la grandilocuencia de un profeta, Campoamor lo dice con sencillez y naturalidad. Expresa exquisiteces y profundidades sin forzar el idioma, recurrir a pedanterías ni abandonar la llaneza de Monsieur Jourdain al hablar con su criada: "**Nicole, apportez-moi mes pantoufles**". De ahí que algunas veces caiga en el prosaísmo: desciende al polvo y camina; mas no permanece en la tierra ni se arrastra, porque, al momento de caído, toma vuelo, se

remonta y vuelve a cernirse en las nubes.

En sus obras palpita lo humano. Al ingresar en el mundo pintado y concebido por algunos poetas, nos hallamos lejos de la realidad, rodeados por una naturaleza inverosímil y artificial, no en medio de hombres sino de autómatas con articulaciones de alambre. Desde el *Gaitero de Gijón* hasta el *Licenciado Torralba* y desde la *Cruzada de Pachín* hasta los *Grandes Hombres*, los personajes de Campoamor viven, haciendo y sintiendo lo que en iguales circunstancias nosotros haríamos y sentiríamos. Como lo observa Nakens, "sus mujeres, sobre todo, son encantadoras, adorables, porque son humanas, de carne y hueso. Se inmolan y engañan; rezan y pecan; mueren de amor y por amor matan; palpitan, respiran, besan, muerden y ahogan; tienen nervios, sangre y músculos para la pasión, y a la vez perfumes para el corazón, rocío para el alma, ilusiones, ansia de lo ideal..."

Al escribir composiciones en verso, algunos saben lo que empiezan a decir, más ignoran lo que terminarán diciendo: el sentido depende del ritmo y de la rima. Corneille mismo no dice siempre lo que desearía decir sino lo que la cesura y la consonancia le permiten. Ya Quevedo se burló de los malos poetas que por obedecer al consonante no vacilaban en deshonorar a una mujer. Campoamor busca y persigue la acentuación y la consonancia, pero sin sacrificar lo bello y lo verdadero del fondo a lo rotundo y lo sonoro de la forma. Considera el verso como un esclavo nacido para obedecer. Expresando llana y claramente las ideas, no confundiendo ni en las arduas combinaciones de las octavas

reales o de los tercetos, recuerda al auriga que maneja tres o cuatro parejas de caballos sin atropellarles, enredar las riendas ni voltear el carro.

Es que domina la lengua. Y no la domina porque exhume del Diccionario una serie de palabras y modismos arcaicos ni porque logre formar un mosaico de frases marcadas con el sello de Cervantes, sino porque encierra pensamientos elevados en palabras vulgares, porque lleva lo profundo y lo exquisito al cerebro de las multitudes, porque realiza mucho valiéndose de muy poco. Ha logrado lo que sólo alcanzan los escritores verdaderamente humanos: que sus versos desciendan hasta el vulgo y se conviertan en refranes. Se le debe llamar el más inspirado y el menos académico de los poetas españoles.

Campoamor tiene su **manera**, entendiéndose por **manera** no una afectación en el lenguaje y el estilo, sino la dosis de individualidad fijada por un autor en sus obras. No se le exija la impersonalidad de un Goethe al componer las **Elegías Romanas** o el **Diván Oriental y Occidental**, porque en un solo verso dejará un rasgo que diga: por aquí he pasado yo. Aunque en sus **Doloras** descubra las dotes dramáticas de Schiller en las baladas, debe contarse en el número de los poetas subjetivos: nunca logra evadirse de su persona. El, más que nadie, autoriza para decir que toda obra de arte se reduce a la Naturaleza divisada al través de un temperamento (1).

(1) **Nota marginal del autor:** Goethe y Shakespeare poseen la facilidad asombrosa de desdoblarse, de salir de su personalidad, de convertirse en muchos personajes; Campoamor no puede escapar de sí mismo y posee un yo irreductible e incapaz de obtener el desdoblamiento.

Si España no posee un Tennyson, un Carducci, un Leconte de Lisle ni un Heine; Inglaterra, Italia, Francia y Alemania no tienen un Campoamor. Exceptuando a Quevedo, Espronceda y Bécquer, no existe acaso en la lengua española un escritor más personal, más él mismo. Si en Quevedo hay algo de Rabelais, en Espronceda mucho de Byron y en Bécquer reminiscencias de Heine, en Campoamor hay poco de los demás poetas. Quienes le acusaban de haber plagiado a Víctor Hugo, han concluido por absolverle y llamarle el mejor, el más original de los modernos poetas españoles.

Y es original porque es sincero, porque no miente con las ideas ni con las palabras. Como dijo Carlyle de un hombre célebre, "su grandeza consiste en ser una naturaleza verídica" (1).

(1) Al dorso de la última página aparecen las siguientes notas marginales:

Primera nota marginal del autor: Si hay poetas que nos parecen viejos, hay otros que se nos figuran eternamente jóvenes. Poetas de juventud inmarcesible son Byron, Musset, Espronceda, Bécquer y Campoamor. Esos hombres, aunque vivieran cien años, existen en perenne juventud, parecen rodeados de una Primavera eterna.

Segunda nota marginal del autor: A pesar de sus continuas declaraciones de ortodoxia, Campoamor se muestra pagano, entendiéndose el paganismo por una concepción sana de la vida. ¿Por qué admirarse? Tanto floreció el Paganismo en el terreno de la poesía, que hoy mismo, a los mil novecientos años de aparecido Jesús, la grandeza de un poeta se mide por la dosis de genio pagano que atesora en sus libros. Clarín decía: "Campoamor es un católico que pasa la vida diciendo "herejías en versos irreprochables".

Tercera nota marginal del autor: Cosa digna de notarse: la oposición entre sus escritos en verso y sus escritos en prosa. Si dentro de quinientos o seiscientos años aparecieran sin nombre de autor las **Doloras** y el **Aboluto**, el **Drama Universal** y el **Personalismo**, nadie les tomaría por obra del mismo autor.

Cuarta nota marginal del autor: Don Amador de los Ríos en su **Historia Crítica de la Literatura Española**, gasta mucha erudición y mucho ingenio con el fin de probar que Séneca el trágico y Séneca el filósofo, son una sola personalidad literaria. Los futuros historiadores de la literatura castellana tendrán una tarea opuesta a la de Amador de los Ríos: probar que en el siglo XIX hubo en España dos Campoamores: uno poeta y muy escéptico; otro prosista y muy católico, muy dogmático y algo ridículo.

Quinta nota marginal del autor: Admira constatar cómo el hombre que supo reírse de la Economía Política y de los economistas, pudiera tomar en serio la Teología y los teólogos. La sinceridad no consiste en la igualdad de opinión durante una vida, sino en expresar fielmente lo que se piensa en el momento de escribir.

Sexta nota marginal del autor: En España tenemos el papagayismo religioso de Santa Teresa y los místicos, el filosófico de Sanz del Río y los demás krausistas, el político de Castelar y sus discípulos, el poético de Zorrilla, Calderón y el divino Herrera. Probablemente esos autores se preguntarian de vez en cuando al releer algunos pasajes de sus obras: "—¿Qué habré querido decir yo?" Pregunta nada inverosímil. Refieren que el gran Corneille, requerido por el actor Baron para explicarle algunos versos de su **Tite et Bérénice**, confesó que ni él mismo los entendía. (*) (**)

(*) L. Dugas, **Le Psittacisme et la pensée symbolique**. (París, 1896). Pág. 82.

(**) He aquí el famoso enigma poético de **Tite et Bérénice**:

"Faut-il mourir, Madame! et, si proche du terme,
Votre illustre inconstance est-elle encor si ferme
Que ies restes d'un feu que j'avais cru si fort
Puissent dans quatre jours se promettre ma mort?"

(Nota del editor.)

Entre los poquísimos españoles que dicen lo que saben y se entienden a sí mismos, debemos contar a Pí y Margall en prosa, a Campoamor en verso. El inventor de las **doloras** incurre en un verdadero **papagayismo** religioso, político y hasta literario, cuando deja las alas del verso y se calza los zuecos de la prosa. En Campoamor, el poeta y en Campoamor el prosista hay dos hombres distintos; más aún: antagónicos. Frente a muchas estrofas del poeta se podrían colocar líneas del prosista que dicen lo contrario.

Séptima nota marginal del autor: Si el galimatías y el papagayismo no faltan en Corneille, abundan en Victor Hugo y llegan a su máximum en Jules Laforgue y Stéphane Mallarmé. Este parlacismo no es producto natural del encéfalo, sino hecho en cuya elaboración influye la voluntad: una **blague**, un pufismo, una **fumerie**. Cuando esos autores quieren, manifiestan la transparencia del cristal o la opacidad del carbón. De otro modo, habría que clasificarles entre los degenerados o neuróticos. La oscuridad de Laforgue y Mallarmé, y de otros muchos que les toman por modelo, no depende, como en Góngora, de remotas y sutiles alusiones mitológicas ni como en Dante Gabriel Rosetti, de complicaciones simbólicas, sino de la aglutinación o conglomeración de palabras que no tienen sentido, llegando al extremo de parecerse producto de cerebros acometidos de locura incoherente. La literatura de los manicomios ofrece algo parecido.

Alguno, tomando a lo serio aquello de "la música antes que nada", se aturde con el sonido de sus frases, usando símbolos sin clave o sólo descifrables por el autor, y quizá ni por él mismo.

Cierto, no nos hacemos comprender de los otros hombres ni ellos se dejan entender de nosotros: entre individuo e individuo hay siempre un algo impenetrable e incomprendible; los mismos amigos son a veces esferas que sólo se tocan en un punto de la superficie. Mezcolanza de pufismo y papagayismo, en unos de imitación, en otros de..... **(Inconcluso en el manuscrito.)**

CUARTA PARTE

EL VERSO DE NUEVE SILABAS (1)

I.—PREDILECCION DEL CASTELLANO POR EL VERSO PAR. — II. EVOLUCION DEL NONASILABO. TENDENCIA A LA ACENTUACION EN LAS SILABAS IMPARES. — III. EVOLUCION DEL NONASILABO ACENTUADO EN LAS SILABAS PARES. — IV. RITMOS DEL NONASILABO.

I

¿Por qué este verso, término medio entre el sencillo heptasílabo y el artificioso endecasílabo, no ha obtenido en castellano el uso que tuvo en provenzal y conserva

(1) Estas páginas inéditas deberían llevar por título **Fragmentos de un ensayo inconcluso sobre el verso de nueve sílabas**. El manuscrito pertenece a la época 1891-96 y se halla en el cuaderno mencionado en nuestra nota de la página 17. Sin embargo, González-Prada escribió este ensayo antes de su viaje a Europa, siendo el manuscrito de París un **segundo borrador**: varias páginas del primitivo original — cuya escritura corresponde a los años anteriores a 1879 — han sido simplemente adheridas al cuaderno.

Sin lugar a duda, el autor refundió su ensayo en Francia, pues al verificar las citas y ejemplos hemos constatado que la mayor parte han sido transcritos de libros de la Biblioteca Nacional de París. Así, a continua-

hoy en las poesías inglesa y francesa? (1) Dado que los poetas de Castilla no hubieran logrado trasplantarle del latín, remedando ya el alcaimico cataléctico, ya uno de los tipos del alcaico, ¿no poseían un modelo en el nonasílabo de trovadores, de troveros y aun de portugueses? ¿Cómo abundando los nonasílabos en el Ca n -

ción de la cita de **De la Volgare Eloquenzia**, hay en el manuscrito un apunte a lápiz: "**Inventaire X 343**", registro que la obra de Dante conserva hasta hoy en el catálogo de esa Biblioteca. Aun más: al confrontar una de las citas de Ludovico Zuccolo, encontramos en la página 50 de su **Discorso delle ragioni del numero del verso italiano**, una marca de papel con la escritura de González-Prada y que durante cuarenta años había permanecido intacta.

El manuscrito no acusa revisiones ni enmiendas posteriores a 1896, y la más reciente referencia bibliográfica es el libro de Lang sobre el **Cancionero del Rey Don Déniz** (1894).

En varias notas, hemos procurado aclarar ciertas oscuridades del manuscrito, esmerándonos especialmente en advertir sus más visibles interrupciones y lagunas. Aunque el autor parece haber mantenido su interés en el ensayo durante veinte o veinticinco años, sólo tornó a él irregularmente y con largas intermitencias, no llegando a concluirlo. Pocos escritos de González-Prada confirman mejor que éste la exactitud de su frase: "Las obras nacen de un modo fragmentario, con eyaculaciones sucesivas." **Conferencia en el Ateneo de Lima, "Páginas Libres".) — (Nota del editor.)**

(1) Respecto a la rareza del nonasílabo, dicen Rengifo y Lista:

"Añaden también (a los Villancicos) a veces entre " las varias especies algún verso de nueve Sylabas, como " tiene la misma *Lyra Poetica* N. 247, en el verso: **Lleguen** " todas las *Magestades* y en otros, los quales versos solo " he visto usados en los Villancicos." (Rengifo, **Arte Poética Española**; Madrid, 1703; pág. 54.)

"El verso de nueve sílabas es rarísimo en español, y " muy difícil de construir. En la poesía francesa es, por " el contrario, muy común; mas no conocemos ninguna

cionero del Rey don Déniz no les imitarían los castellanos? Consultando a don Alfonso el Sabio... (1)

Parece que los antiguos versificadores castellanos tuvieron una predilección por los versos de sílabas pares; así, antes de la revolución métrica iniciada por Boscán y Garcilaso y no contando con el Marqués de Santillana, los versos generalmente usados eran el alejandrino de la cuaderna vía (como en los poemas de Berceo), el dodecasílabo de la copla de arte mayor (como en las obras de Juan de Mena), el octosílabo, unas veces solo y otras con su quebrado de a cuatro sílabas (como en las coplas de Jorge Manrique) y el hexasílabo (como en algunas serranas del Marqués de Santillana y del Arcipreste). Había también el verso de diez y seis sílabas, o más bien, ayuntamiento de dos octosílabos.

Se comprende, pues, que la introducción de los metros italianos hallara resistencias: el ritmo del endecasílabo y del heptasílabo chocaba con el oído nacional, acostumbrado a ritmos diferentes. No animó a los enemigos del petrarquismo español un mezquino espíritu de nacionalidad o secta, sino la natural repugnancia de un sentido a recibir impresiones diferentes de las habitua-

“composición castellana hecha en él, sino tal cual verso intercalado con otros metros.” (Alberto Lista, *De la Versificación Castellana*, en *Ensayos literarios y críticos*; Sevilla, 1844; tomo II, pág. 11.)

Del nonasílabo italiano decía Zuccolo:

“Il verso di nove sillabe nondimeno, come pure attesta il medesimo Dante, per essere il Trisillabo triplicato, ovvero mai non fú in honore, ovvero per lo fastidio tosto uscì d'uso.” (Lodovico Zuccolo, *Discorso delle ragioni del numero del verso italiano*. Venetia, 1623; pág. 48.)

(1) Inconcluso en el manuscrito.

les. Cambiar de melodía métrica es para el oído, como para el gusto recibir manjares diferentes, como para el olfato percibir olores inhabituales. Por un... (1) no cambia un pueblo su alimentación ni sus usos ni sus costumbres. Entre las razones que aducía Castillejo para rechazar los versos a la manera italiana se encuentra la de la eufonía. Hoy mismo, cuando los poetas intentan ensanchar el campo de la rítmica, saliendo del endecasílabo y del octosílabo, ¿no se ve también una rebeldía en el oído de muchos preceptistas para admitir los versos de trece, quince y diez y siete sílabas? Coll y Vehí, por ejemplo, dice lo mismo que Castillejo, y..... (2).

La inclinación a los versos pares se descubre particularmente en Castillejo, acérrimo opositor de Boscán y Garcilaso. Si en la composición o poema *C o n t r a* los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos, Castillejo se aventura a escribir tres sonetos y una octava real, quiere decir versos de sílabas impares, lo hace con el único ánimo de probar la inferioridad de las estrofas y metros italianos. En sus demás obras figuran exclusivamente versos pares, salvo unas cuantas glosas en que el estribillo denuncia un origen popular, como

¿Adónde iré? ¿Qué haré?
¡Qué mal vecino es el amor! (3)

No extraña que en 1596, a los sesenta años de muerto Garcilaso y cuando Lope de Vega cincelaba sus

(1) Inconcluso en el manuscrito.

(2) Inconcluso en el manuscrito.

(3) *Sermón de amores*.—*Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, tomo XXXII, pág. 144.

mejores octavas reales y sonetos, el Pinciano sostuviera que el dodecasílabo de Juan de Mena no sólo era superior al endecasílabo, sino competía con todos los versos latinos, excepto el hexámetro (1). El oído español seguía protestando; su predilección por el verso de sílabas pares no había concluído.

Hoy mismo, si el pueblo italiano prefiere el endecasílabo, como lo dicen sus **rispetti** y sus **stornelli** (2), el español usa naturalmente el octosílabo, el heptasílabo y el pentasílabo. Así, después de más de trescientos cincuenta años de introducidos los metros italianos, el verso de once sílabas queda reservado a los poetas cultos o de oficio, mientras el pueblo continúa sintiendo y cantando en seguidillas y redondillas.

II

La repulsión de los poetas cultos hacia los versos impares no fué tan general en el pueblo, que usó desde

(1) "... a este (el dodecasílabo) diría yo verso, o metro heroyco de mejor gana, y con mas justa razon que no al Italiano endecasylabo suelto, que se ha alçado con nombre de verso heroyco. Entre los Italianos, que lo sea en hora buena, pues que ellos no tienen verso mayor, y de mas sonido... ¿Que verso ay fuera del exámetro como este?

"Al muy prepotente don Juan el Segundo"

"ninguno por cierto, ni entre Griegos, ni entre Latinos." (Alonso López Pinciano, *Philosophía Antiqua Poética*. Madrid, 1596; pág. 286.)

(2) "Pare, che la nostra lingua a concorrenza della Natura, la quale piú ama el numero dispari, che il pari, non riceva per buoni, se non i versi di sillabe dispari..." (Lodovico Zuccolo, obra citada, pág. 50.)

tiempos muy remotos el pentasílabo, el heptasílabo y hasta el nonasílabo. Tal vez se puede afirmar que, si en la métrica española este último verso no tiene origen popular, al menos ha sido fácilmente aceptado por el pueblo.

Aparece en los refranes, glosas, cantos populares o en sus imitaciones, y, a veces, también en la poesía culta, de preferencia la dramática: (1)

Todo es nada lo deste mundo
Si no s'endereza al segundo.

Refrán.

Honra al bueno porque te honre
Y al ruin porque no te deshonre.

Refrán.

No me pesa que mi hijo pierda
Sino que desquitarse quiera.

Refrán.

Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y a mi alma.

Hurtado de Mendoza (2)

Este Niño viene llorando
.....
Mira, Gil, que te está llamando.

Santa Teresa (3)

(1) **Nota marginal del autor:** En las comedias de Lope, Tirso, etc., ocurre con frecuencia la glosa del canto popular.

(2) **Villancico.** (*Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra*, tomo XXXII, pág. 91.)

(3) **Poesía XXI.**

Mi gallejo, mira quién llama

Santa Teresa (1)

De los álamos vengo, madre,
De ver cómo los menea el aire.
De los álamos de Sevilla
De ver a mi linda amiga.

Juan Vázquez (2)

Quien amores tiene
¿Cómo duerme?
Duerme cada cual como puede.

Juan Vázquez (3)

Arrojóme las naranjitas
Con el ramo del verde azahar;
Arrojéme las y arrojéselas
Y volviéme las a arrojar.

José de Valdivieso (4)

Porque está parida la Reina
Corren toros y juegan cañas.

José de Valdivieso (5)

Los dineros del sacristán
Cantando se vienen
Cantando se van.

Góngora (6)

(1) **Poesía XXII.**

(2) Citado por Bartolomé José Gallardo en su **Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos** (Madrid, 1863-89). Tomo IV, columna 926.

(3) Citado por Gallardo.

(4) **Romancero Espiritual.**

(5) **Ensaladilla para Navidad.**

(6) **Letrilla burlesca II** (Rivadeneira, Tomo XXXII, pág. 491.)

Ya no más ceguezuelo hermano
Ya no más.

Góngora (1)

Corre, vuela, calla y verás.

Góngora (2)

No me llame fea, calle;
Que la llamaré vieja, madre.

Góngora (3)

Plega a Dios que orégano sea.

Góngora (4)

Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.

Góngora (5)

Caracoles aveis comido
Y mal os han hecho;
Menesteros aveis sangrar
De la vena del pecho. (6)

En la villa de Madrid
Leonor y Martín se casan:
Corren toros y juegan cañas.

Lope de Vega (7)

(1) **Letrilla burlesca III.**

(2) **Letrilla burlesca XXV.**

(3) **Letrilla burlesca XLV.**

(4) **Letrilla burlesca LXI.**

(5) **Romance IX.**

(6) Citado por Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* (Madrid, 1611) Pág. 197v.

(7) *La Moza de Cántaro*; Acto III. Escena XIII.

Mi edad al amanecer
Era lustrosa azucena:
Díome el sol y ya soy morena.

Lope de Vega (1)

¡Hola, que me lleva la ola!
¡Hola, que me lleva la mar!

Lope de Vega (2)

Arrojóme las naranjuelas
Con los ramos del blanco azahar;
Arrojéme las y arrojéselas
Y tornóme las a arrojar.

Lope de Vega (3)

Buenas eran las azucenas;
Mas las clavellinas eran más buenas.

Tirso de Molina (4)

-
- (1) **El Gran Duque de Moscovia**; Acto II, Escena XVI.
(2) **Representación moral del viaje del alma**, Escena VI.
(3) **Romance a las venturosas bodas que se celebraron en la insigne ciudad de Valencia**. Verdadero canto popular (repetido por Valdivieso en su *Romancero Espiritual*) y que vuelve a aparecer, con algunas modificaciones, en el siguiente villancico de Diego Torres Villarroel, poeta del siglo XVIII:

Pues allá va, amigos,
Una gran tonada,
Que ahora cien años
Nueva se llamaba:
Arrojóme la portuguesilla
Naranjillas del su naranjal,
Arrojéme las y arrojéselas,
Y volvíome las a arrojar.

- (4) **El pretendiente al revés**; Acto I, Escena I.

¡Ah mi Guargueros! salga y balle.

Tirso de Molina (1)

Borbollicos hacen las aguas
 Cuando ven a mi bien pasar;
 Cantan, brincan, bullen y corren
 Entre conchas de coral;
 Y los pájaros dejan sus nidos,
 Y en las ramas del arrayán
 Vuelan, cruzan, saltan y pican
 Torongil, murta y azahar.

Tirso de Molina (2)

Molinico, ¿por qué no mueles?
 Porque me beben el agua los bueyes.

Tirso de Molina (3)

El Mundo, huerto pensil,
 A labrar colmenas llama;
 Y por el viento sutil,
 Abejitas de mil en mil,
 Saltando y volando de rama en rama
 Pican las flores de la retama
 Y las hojas del torongil.

Tirso de Molina (4)

Bailad en la fiesta, zagales,
 Pues la gaita os hace el son;
 Que yo os mando unas castañuelas
 Guarnecidas con su cordón.

Anónimo (5)

-
- (1) **El pretendiente al revés**; Acto I, Escena VI.
 (2) **Don Gil de las calzas verdes**; Acto I, Escena VIII.
 (3) **Don Gil de las calzas verdes**; Acto I, Escena VIII.
 (4) **El Colmenero Divino**; Escena VIII.
 (5) Citado por Gallardo en su **Ensayo de una biblioteca española**, etc., tomo I, columna 1199. Copiado de un manuscrito anónimo de fines del siglo XVI.

Ventecico murmurador
Que lo gozas y andas todo
Haz el son con las hojas del olmo
Mientras duerme mi lindo amor.

Anónimo (1)

¡Para mí son buenas las cenas!
¡Para mí, que las tengo por buenas!
¡Que para mí,
Que para cenar nació!

Calderón (2)

Atrevidas llegan las olas
A besar la verde ribera,
Y al cantar de los ruiseñores
Salta y baila la blanca arena.

Alonso del Castillo Solórzano (3)

Matachín, que en días como este;
Matachín, que es día de chança,
Matachín, que el Tiempo no es Tiempo;
Matachín, que el Tiempo es Juan Rana.

Antonio de Solís (4) (5)

-
- (1) Gallardo, obra citada, tomo I, columna 1203.
(2) *El Valle de la Zarzuela*, auto sacramental.
(3) *Tardes entretenidas* (Madrid, 1625). — Romance en la *Tarde Segunda*.
(4) *Varias poesías sagradas y profanas* (Madrid, 1692). — *Loa para la comedia de Un Bobo hace ciento*.
(5) Nota del Editor: El autor tuvo la intención de seleccionar estos ejemplos de verso eneasílabo, y también la de citar algunos otros. Apoya esa última aseveración nuestra, el hecho de encontrarse anotado el manuscrito con los siguientes nombres de autores, como para una investigación posterior: "Timoneda — Gil Vicente — Vélez de Guevara — Rojas Zorrilla — Moreto." Aparecen también los siguientes títulos de obras de Tirso de Molina y Lope de Vega: "*La Venganza de Tamar* — *Los pastores de Belén* — *No son todos ruiseñores*."

En los poemas anteriores al siglo XV se deslizan no-nasílabos, pero de modo que no sabemos si vienen de corrupciones textuales o de los autores mismos que no se fijan en sílaba más o menos y ponen, caigan donde cayeren, versos de diferentes medidas, con tal de observar la asonancia o la consonancia.

Legó la seña de Minaya (1)

Grado a tí Padre Espiritual (2)

Entraronles del otro cabo (3)

Besan la tierra e los piesamos (4)

Meterlas hemos en las villas (5)

E las villas de enderredor
 Todas eran en grant error;
 De la beltat e de su figura,
 Commo dize la escriptura. (6)

Por grant viento e gran friura
 Desnuda va ssin vestidura;
 Un poco come de su pan,
 Después duerme fasta la man. (7)

El santo abat ploró muy fuerte
 Quandol oyó contar su muerte. (8)

(1) **Poema del Cid.**

(2) **Poema del Cid.**

(3) **Poema del Cid.**

(4) **Poema del Cid.**

(5) **Poema del Cid.**

(6) **Vida de Santa María Egipcíaca.**

(7) **Vida de Santa María Egipcíaca.**

(8) **Vida de Santa María Egipcíaca.**

E quando conell estudieron
E el estrella nunqua la vieron. (1)

Que nunca de ellos se partió
Ffasta que dentro los metió. (2)

Tal strela non es in celo:
Desto so io bono estrellero:
Bien lo veyo sines escarne:
Uno home es nacido de carne,
Qui es senior de todo el mondo.
Así cuemo el celo es redondo. (3)

Gonzalo de Berceo incluye en *El Duelo de la Virgen* una **Cántica** donde abundan tanto los versos de nueve sílabas, que puede ser llamada una composición eneasílaba. Es probablemente una canción popular, una especie de **balata**, en que unos entonaban los pareados y otros respondían con el estribillo **Eya velar** (4).

(1) **Libro de los Reyes de Oriente.**

(2) **Libro de los Reyes de Oriente.**

(3) **Reyes Magos** (Citado por José Amador de los Ríos en su **Historia Crítica de la Literatura Española**; Madrid, 1861-65; tomo III, pág. 24.

(4) En la edición de **Berceo** de Thomas Antonio Sánchez (Madrid, 1780) y en las de Ochoa y Rivadeneyra, la **Cántica** lleva el estribillo después de cada verso; pero aquí le hemos colocado imitando la forma de la siguiente canción o balada portuguesa del **Cancioneiro d'el Rei Dom Diniz**:

Nom chegou, madr', o meu amigo,
e oj'est o prazo saído,
 Ai madre, moiro d'amor!

Nom chegou, madr', o meu amado
e oj'est o prazo passado:
 Ai madre, moiro d'amor!

Velat aliama de los Iudíos,
 Que non vos furten el fiyo de Díos,
 Eya velar.

Ca furtárvoslo querran
 Andres e Peidro et Johan
 Eya velar.

Non sabedes tanto descanto
 Que salgades de so el canto,
 Eya velar.

Todos son ladronciellos,
 Que assechan por los pestiellos
 Eya velar.

Vuestra lengua tan palabarrera,
 A vos dado mala carrera,
 Eya velar.

Todos son omes plegadizos
 Rioaduchos mescladizos.
 Eya velar.

Vuestra lengua sin recabdo,
 Por mal cabo vos â echado,
 Eya velar.

Nos sabedes tanto de enganno,
 Que salgades ende este anno
 Eya velar.

Non sabedes tanta razon,
 Que salgades de la prision.
 Eya velar.

Tomaseio e Matheo,
 De furtarlo han grant deseo,
 Eya velar.

E oj'est o prazo saido
 por que mentio o desmentido,
 Ai madre, moiro d'amor!

Henry L. Lang, *Das Liederbuch des
 Koenigs Denis von Portugal*; Halle
 A. S., 1894) Pág. 74.

El discipulo lo vendió,
El Maestro non lo entendió,
Eya velar.
Don Philipo, Simon e Iudas,
Con furtar buscan ayudas,
Eya velar.
Si lo quieren acometer,
Oy es dia de parescer. (1)

El Infante Don Juan Manuel emplea algunas veces el eneasilabo en El Conde de Lucanor:

Por pobreza non desmayedes
Pues que otros mas pobres que vos vedes. (2)
Gana del tesoro verdadero:
Aguardate del fallescedero. (3)

En El Libro de los Enxemplos, escrito, según Gayangos, con posterioridad a Don Juan Manuel (4), los nonasilabos aparecen con tanta fre-

(1) Nota del editor: Al margen del manuscrito, el autor ha copiado la siguiente estrofa eneasilaba del Cancioneiro da Ajuda:

Quantos aqui de España son
Todos perderon o dormir,
Com gran sabor que hao de se ir;
Mas en nunca somno perdi
Des quando d'España saí
Ca mi o perdera ya entom.

(Citado por Theophilo Braga, *Trovadores galecio-portuguezes*, Porto, 1871, pág. 130.)

(2) Enxemplo X.

(3) Enxemplo XIV.

(4) Véase la **Introducción** de Pascual de Gayangos a **El Libro de los Enxemplos** en la **Biblioteca de Autores Españoles** de Rivadeneyra.

cuencia, ya solos o acompañados con otros versos, que se nota no sólo el deseo de componerlos, sino hasta la preferencia por cierta clase de acentos:

Muy devota et con devocion
Mucho valle la confesión. (1)

Nunca fies de tu inimigo;
Este de consejo tello digo, (2)

El que de buen conseio et sanno
Buen físico es é non en vano. (3)

Fortaleza et constancia fuerte
Libra algun home de la muerte. (4)

Castidad en grandes señores
Les face grandes loores. (5)

Sofrir debes la reprension
Si es honesta la increpacion. (6)

Amar riquezas con ambicion,
Del anima es gran perdicion. (7)

De los bienes que tú ficieres
Faz la limosna si quisieres. (8)

Los que confían en los dados
Muchas veces son engañados. (9)

-
- (1) I.
(2) II.
(3) IV.
(4) VIII.
(5) XII.
(6) XV.
(7) XLVIII.
(8) LXVII.
(9) CLXXXIII.

El Arcipreste de Hita no los emplea, y los versos eneasílabos que leemos en algunas de sus composiciones — como por ejemplo en la *Cántiga de los Escollares* — deben ser considerados una corrupción del texto, así como sus pretendidos endecasílabos no pasan de una ilusión tipográfica nacida de una rápida lectura. El Arcipreste componía estrofas ingeniosas y regulares, alternaba ordenadamente los consonantes, medía con esmero las sílabas y hasta daba muchas veces a sus versos un ritmo que no alcanzan muchos poetas modernos: era en su tiempo lo que llamaríamos hoy **un artista**. Por desgracia, las ediciones de sus versos, sin exceptuar las hechas por Rivadeneyra y Ochoa, están plagadísimas de errores (1).

(1) **Nota del editor:** En una hoja suelta, adherida al manuscrito, el autor ha copiado los siguientes ejemplos:

Amorosso rryso angelical
 Soy presso en vestro poder:
 Quered vos merced aver
 De miña cuyta desyqual.

Desque vos vy, noble señor,
 Nunca fys sy non pensar
 En vos servir, e syn dubdar
 Jamas en quanto bivo for;
 Sy vosa mercet non me val
 Eu morré sin fallecer;
 Por en vos plega de querer
 Que eu non passe tanto mal.

Vos me pusistes en prision
 Do eu non poss salyr,
 Señora, ssyn vos ffallar,
 Voso serey e de otra non:
 Vossa nobleza seia tal
 En me querer ben rresponder,

..... (1)

Se puede aventurar: **primero**, que los versificadores, así populares como cultos, usaron el verso de nueve sílabas intercalado con otros, en pareados, y, a lo más, en cantares de cuatro versos; **segundo**, que en medio de la indecisión rítmica se diseña en los primeros tiempos una tendencia a localizar el acento en la tercera sílaba (2).

Que meu cor possa perder
Dolor e grant cuyta mortal.

Alfonso Alvarez de Villa Sandino.—
(Cántiga en **El Cancionero de Juan Alfonso de Baena**. Madrid, 1851, pág. 59.)

Iamays de mi non oyerán
Amor loar,
Nin amadores me veran
Muller amar:
A Deus, donas de buen lugar
Que eu quero morir
De vos me veño despedyr
Poys que assy.

El Arcediano de Toro — (Cántiga en
El Cancionero de Baena, pág. 344.)

(1) **Nota del editor:** Aparece aquí una visible laguna en el manuscrito. El autor parece haber tenido el propósito de continuar su investigación histórica del verso nonasílabo en la literatura castellana de los siglos XV, XVI y XVII, y así lo comprueban algunos ejemplos y citas en el manuscrito. Una nota marginal dice: "Ignoramos si hay en castellano composiciones sueltas o poemas escritos en verso de nueve sílabas; pero al recorrer las colecciones de versos o parnasos, tenemos que saltar desde Gonzalo de Berceo hasta Iriarte para poder citar un espécimen de nonasílabo agrupado en una composición."

(2) **Nota marginal del autor:** Gastón París hace notar que el verso francés de nueve sílabas tiende a tener una cesura después de la tercera.

Admira que Bello, tan perspicaz y tan conocedor de la antigua poesía castellana, no se hubiera fijado en esa peculiaridad del nonasílabo y le diera un origen exótico. “ El yámbico enneasílabo, tomado también de los franceses — dice Bello — tiene un solo acento necesario, el de la octava sílaba:

Tú, Manguito, en invierno sirves,
En verano vas a un rincón. (1)

No escapó a don Miguel Antonio Caro la frecuencia sistemática del acento en la tercera en la fábula de Iriarte. “El ritmo de estos versos—dice—está claramente determinado por un acento en la tercera sílaba, “realzado de ordinario por otro en la sexta”. Pero Caro considera todos los versos de nueve sílabas, y por consiguiente, los de la fábula, “como imitación artificial del francés, difícil de aclimatar en nuestro idioma”... “El verso enneasílabo, exótico en castellano y en italiano, es antiguo y genial en francés y en provenzal” (2).

El nonasílabo de Iriarte, ¿denuncia origen francés? Hemos constatado con numerosos ejemplos que en la poesía castellana figura desde épocas muy remotas, acaso desde antes que las literaturas francesa y provenzal hubieran ejercido influencia en Castilla. Verdad, Iriarte compuso versos de trece sílabas a modo del alejandrino francés y pudo escribir nonasílabos a lo Malherbe o Jean Baptiste Rousseau; pero también compuso coplas de arte mayor, imitando a Juan de Mena, y alejandri-

(1) Andrés Bello, *Principios de la Ortología y Métrica de la Lengua Castellana* (Santiago de Chile, 1835) Pág. 78.

(2) Miguel Antonio Caro. *Del verso enneasílabo* (*Repertorio Colombiano*, noviembre de 1882.)

nos como los del Arcipreste, y pudo muy bien, a la simple lectura de un villancico, antojarse de remediar el nonasílabo castellano. De los veinte versos de la fábula (1), sólo cuatro no van acentuados en la tercera sílaba, razón suficiente para inferir que Iriarte, aun cuando hubiera tomado de los franceses los nonasílabos, los escribió siguiendo, bien que mal, la tendencia del oído castellano. Hasta les dió la forma de romance, cosa que no hizo con los de trece sílabas, en que se sirvió de pareados agudos alternados con graves y dió a los hemistiquios la colocación después de la sexta o de la séptima, hasta empezando por vocal el segundo, cuando el primero acababa también en vocal breve.

La idea del acento fijo en sílaba determinada no pudo haberle venido del francés. La acentuación no des-

(1) **EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL**

Si querer entender de todo
Es ridícula presunción,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.

Sobre una mesa, cierto día,
Dando estaba conversación
A un Abanico y a un Manguito
Un Paraguas o Quitasol;
Y en la lengua que en otro tiempo
Con la Olla el Caldero habló,
A sus dos compañeros dijo:
"¡Oh, qué buenas alhajas sois!
Tú, Manguito, en invierno sirves,
En verano vas a un rincón;
Tú, Abanico, eres mueble inútil
Cuando el frío sigue al calor.
No sabéis salir de un oficio:
Aprended de mí, pese a vos,
Que en invierno soy Paraguas
Y en el verano Quitasol."

empeña en la métrica de esa lengua el mismo oficio que en la nuestra. Por el contrario, al escandir los versos franceses como si fueran españoles, italianos, portugueses o provenzales, al esforzarnos por hacer resaltar los acentos, con inevitable detrimento de la cantidad de la sílaba, se desnaturaliza la prosodia del idioma, incurriendo en el defecto de los meridionales, quiere decir, se **gasconea**. Con su **e** muda que recuerda las breves latinas, con sus sílabas largas (como la **e** de **extrême**) y hasta larguísimas (como la **o** de **drôle**) el idioma francés, más que ninguna otra lengua neolatina, guarda en su versificación mucha semejanza con la lengua madre. Todos los ensayos de versos basados en el acento fracasaron siempre en Francia (1); el día en que los poetas franceses compongan versos como los españoles, el día que el oído del público note la acentuación como nosotros la notamos y se goce en ella como nosotros nos gozamos, el idioma francés habrá sufrido una evolución parecida a la que sufrió el latín al perder los hexámetros de Virgilio y adoptar los octosílabos del **Dies iræ** (2). La armonía del verso francés se basa en los tiempos marcados por las cesuras y no por los acentos; pues bien, en el nonasílabo de los franceses la cesura no tiene una colocación fija, como la tuvo después de la sexta o séptima el alejandrino clásico.

La idea del acento fijo en determinadas sílabas del nonasílabo pudo tomarla Iriarte de la métrica italiana,

(1) **Nota marginal del autor:** La tendencia de simbolistas y decadentes es suprimir el ritmo.

(2) **Nota marginal del autor:** Ciertamente, el francés posee su acento; pero debilitado por la cantidad de sus sílabas largas; la prueba es que... (Ilegible en el manuscrito.)

donde no faltan **novenarios** o **enneasílabos** con acentuación en tercera, quinta y octava, como:

Che s'accorse, ch'era partita
Chi mi porse quella ferita.

Cino da Pistoia (1)

O en tercera, sexta y octava, como:

Ecco i monti le cime indorano,
E di perle di puro gielo
Ogni rosa conca si fà. (2)

Iriarte aisló el nonasílabo en composiciones de más de cuatro versos y, por decirlo así, le dió vida propia; mas no logró fijar su ritmo perfecto (cosa imposible tomando por base la acentuación de la tercera sílaba) ni limpió siquiera el verso de los acentos perjudiciales y antirrítmicos. Sin embargo, en nuestra misma lengua tenía modelos de nonasílabos monorrítmicos. Así, el canto popular ya mencionado:

Arrojóme las naranjuelas
Con los ramos del azahar;
Arrojémelas y arrojéselas
Y tornómelas a arrojar.

Verdad que no es muy melodioso el salto de la tercera hasta la octava; pero la fijeza del acento, la exclu-

(1) Citado por Francesco Saverio Quadrio en su **Della storia e della ragione d'ogni poesia** (Bologna, 1739). Tomo I, pág. 153.

(2) Loretto Mattei, **Teorica del verso volgare** (Venetia, 1695) Pág. 42.

sión de acentuaciones adventicias y la colocación simétrica de los versos graves y agudos declaran en el autor una marcada intención artística.

Así también los cuatro eneasílabos citados por Luzán:

En la selva rugen los vientos,
Y Neptuno encrespa sus olas:
La barquilla de Atis va en ellas:
Ninfas, dadle auxilio vosotras. (1)

El salto desagradable desde la tercera hasta la octava queda subsanado con un acento subsidiario en la quinta sílaba; pero, con todo, los versos suenan menos bien que los **novenarios** italianos con acentuación en tercera, sexta y octava, como:

Quel rubino, ch'e il mio tesoro
Redi

De la terra tappeti vivi
Aldeano (2)

Así, pues, el nonasílabo con acento en la tercera, llegó en castellano hasta fines del siglo pasado, a tener una especie de vida propia bajo las dos formas:

Arrojóme las naranjuelas
y
Y Neptuno encrespa sus olas.

(1) Ignacio de Luzán, **La Poética** (Madrid, 1789). Tomo I, pág. 348.

(2) Citados por Quadrio en su **Della steria e della ragione d'ogni poesia**.

La primera puede ser considerada como indígena y popular; la segunda, como italiana y culta.

Hoy mismo, no parecen completamente olvidados los nonasílabos de acento en la tercera, como lo prueban las dos canciones siguientes, donde en algunos versos suele verse un acento subsidiario en la sexta: (1)

.....

Los nonasílabos de Espronceda, de acento en segunda, quinta y octava:

Y luego el estrépito crece
 Confuso y mezclado en un son,
 Que ronco en las bóvedas hondas
 Tronando furioso zumbó,

con sus esdrújulos artísticamente colocados, recuerdan el alcamánico cataléctico formado de

- | - - - - | - - - - | - - - - |

una sílaba larga, dos dáctilos y un espondeo.

Que/rónco en las/bóvedas/hóndas.
 Y/luégo el es/trépito/créce.

El mismo corte, con la diferencia, naturalmente, que las sílabas largas del latín van acentuadas en castellano. (2)

(1) Inconcluso. Una página entera del manuscrito parece haber sido desglosada por el autor. (Nota del editor.)

(2) Bello dice: "Anfibráquico enneasílabo.—A esta especie pertenecen aquellos de Espronceda en su *Estudiante de Salamanca*." (Principios de Ortología y Mé-

En las poéticas italianas se ven de cuando en cuando algunas muestras de estos **novenarios**. Mattei cita los siguientes, como un espécimen:

De monti le cime s'indorano;
Di perle di tremulo gielo
La rosa conchiglia si fa. (1)

Quadrio afirma que "no los encontró en ningún autor de nombre" (2).

Aunque en los antiguos libros castellanos aparezcan algunos pareados como los ya citados de El Conde de Lucanor y El Libro de los Enxemplos, y aunque el Pinciano mencione como ejemplo el verso aislado

Señores de toda la tierra, (3)

trica de la Lengua Castellana; edición de las Obras Completas, Madrid 1890; Tomo IV, pág. 313). Con efecto, se pueden medir también así:

Y luégo el/estrépi/to créce/
Confúso y/mezcládo en/un són/

~~~~ | ~~~~ | ~~~~ |

es decir, tres anfibracos.

(1) Loretto Mattei; obra citada, pág. 41.

(2) "...novenari di cosi fatta maniera io non ne trovo in verun autore di nome." (Francesco Saverio Quadrio; obra citada, tomo I, pág. 677.)

(3) "...Y vamos al otro metro extravagante: el qual "es nonisylabo, o de nueve sylabas, y también como el "quinto es desusado, sino en la composición; de manera "que con él y con otro se haze un metro solo." — (Alonso Lopez Pinciano, obra citada, pág. 292.)

Espronceda debe ser mirado como el inventor o vulgarizador del nonasílabo con acento en segunda, quinta y octava. No crea ni populariza un metro el versificador que ocasionalmente produce unos cuantos especímenes de acentuación incierta y les deja engolfados o perdidos en el maremágnum de un libro; sino el autor que aísla el metro, fija el ritmo y le hace aparecer con vida independiente. De otro modo, nada tan fácil como probar que en la informe y dudosa versificación del *P o e m a d e l C i d* se encierran los endecasílabos de Petrarca y los hexámetros de Virgilio.

Espronceda realizó algo más que Iriarte, porque fue mejor poeta y más diestro versificador: así, suprime los acentos perjudiciales, observa escrupulosamente el ritmo, y con el empleo del esdrújulo y la variedad de los cortes salva el inconveniente de que los versos se agrupan formando monótonas series de dodecasílabos o hexasílabos, como sucede generalmente en los nonasílabos de sus imitadores.

Las mismas razones alegadas para rechazar la procedencia francesa del nonasílabo de Iriarte, se deben aducir para negar idéntico origen al eneasílabo de Espronceda. ¿Por qué no inventaría un metro? Los grandes poetas lo hicieron más de una vez. Dado que no le hubiere inventado, cabe admitir dos suposiciones antes de afirmar que le trasladara del francés: que le tomara de nuestra misma lengua o que le imitara del inglés. Si la traducción que don Juan María Maury hizo de *El Festín de Alejandro*, salió a luz antes que *El Estudiante de Salamanca*, Espronceda tuvo un modelo en los siguientes versos:



¿No veis indicar los castigos?  
Miradlos tender los hachones,  
Señalando las pérsicas mansiones  
Y los templos de dioses enemigos.

Al poeta que se fija en la acentuación de los dos primeros versos y nota su monorritmo, se le ocurre fácilmente agruparles en series.

Espronceda, que sabía inglés, que se gozaba en repetir de memoria trozos de poesías en esa lengua y que en sus obras descubre más de una imitación de Byron, ¿no pudo remedar los nonasílabos de algún versificador británico? Aunque los retóricos y gramáticos ingleses nos hablen de yambos y coreos, la versificación inglesa se funda en el acento, es quizás más rítmica que la nuestra, y emplea mucho el nonasílabo, ya solo, ya en combinaciones, con otros versos (1).

---

(1) **Nota del editor.**—El autor no concluyó de dar forma al final de esta segunda parte, limitándose a acopiar algunos ejemplos de versos de nueve sílabas, tomados de las obras poéticas de escritores españoles y americanos. He aquí los ejemplos:

San Antón no soy tu devoto,  
Si no le pones luego coto  
A este diabólico alboroto.  
.....  
Como de leña mal enjuta  
Que en el hogar chisporrotea,  
De mil pupilas culebrea  
Rojiza luz intermitente,  
Que va señalando la ruta  
De Satanás y de su gente.

**Bello, Los duendes.**

Quando el Creador, en hora infausta  
Con soplo enérgico, fecundo,

## III

Los versos de nueve y de once sílabas tienden a eliminar el acento de las sílabas impares, y hay su razón: el oído, al educarse y afinarse, va seleccionando los

---

Sacó del caos este mundo,  
Disgustado su obra miró.

Heredia, **La Desesperación.**

¡Mirad cómo se abren mil flores,  
Y el sitio aquel  
Perfuman con nuevos olores  
Nardo y clavel!

G. G. de Avellaneda, **Ley es amar.**

El mundo de nuevo sumido  
Parece en la nada medrosa;  
Parece que el tiempo rendido  
Plegando sus alas reposa.

G. G. de Avellaneda, **La noche de insomnio.**

Alzado en tu trono sangriento  
Su trono por siempre derrumbas...  
¡Los muertos rompiendo sus tumbas,  
Acogen tu aliento postrer!

G. G. de Avellaneda, **La Cruz.**

Quiero una vez estar contigo,  
Contigo, cual Dios te formó;  
Tratarte cual a un viejo amigo  
Que en nuestra infancia nos amó;  
Volver a mi vida pasada,  
Olvidar todo cuanto sé,  
Extasiarme en una nada  
Y llorar sin saber por qué.

José Eusebio Caro, **¡Estar Contigo!**

versos más rítmicos (1). Ahora bien, el ritmo perfecto del nonasílabo y del endecasílabo sólo se consigue con acentuación en las sílabas pares. Cuando nos apoyamos en una sílaba impar, el verso no puede quedar dividido ni subdividido en partes iguales.

---

La música rompe apacible  
Cubierta de flores y ramas;  
Detienen el paso las damas  
Buscando la orquesta en redor...

García de Quevedo: **El proscrito.**

Traspasa los límites justos,  
Que al hombre fijó la razón;  
Su Dios, su moral, son sus gustos,  
Su ley, del infierno la voz.

García de Quevedo, **Delirium.**

Y escucho una voz "¡Adelante!"  
Que me hace incansable marchar;  
Repítela el viento zumbante,  
Me sigue en la tierra y el mar.

Miguel Antonio Caro, **La flecha de oro.**

En una nota marginal, el autor ha señalado los nombres de algunos poetas en cuya obra se encuentran versos de nueve sílabas. En algunos casos, ha indicado el título de la composición. Dice la nota: "Zorrilla — Bermúdez de Castro — Echeverría — Campoamor — M. A. Caro (**Flores de sangre**, traducción de Sully-Prudhomme; **La Felicidad**, traducción de Pollock; **El sueño del Soldado**, traducción de Campbell.) — Antonio José Restrepo (**La lámpara de Hero**, traducción de Madame Ackermann.)"

(1) **Nota marginal del autor:** Así vemos que en italiano y español se ha eliminado el endecasílabo con acento en la séptima; el italiano ha suprimido el octosílabo con acentos en segunda y quinta... (**Hegible en el manuscrito.**)

En este endecasílabo con acento en tercera y sexta:

**En sus cán/didos pé/chos le adormé/ce**

no hay ritmo perfecto, porque las dos primeras fracciones constan de tres tiempos y la tercera de cuatro

En este, con acentos en primera, tercera y sexta:

**Duérme al/plácido a/rrúllo de la /cúna**

tampoco hay ritmo perfecto, porque la primera división encierra dos tiempos, la segunda tres, la tercera cuatro y la última dos.

En este, con acentos en segunda, cuarta y séptima:

**Entó/nan hím/nos de amór/y placér**

tampoco hay ritmo perfecto, porque la primera y segunda parte se componen de dos tiempos y la tercera y cuarta de tres.

En este, con acentos en cuarta y séptima:

**Se divisá/ba la cúm/bre del món/te**

tampoco hay ritmo perfecto, porque la primera división tiene cuatro tiempos, y la tercera y cuarta tres.

Por fin, en este, con acentos en primera, cuarta y séptima:

**Rápida/crúza la/rója cen/télla**

tampoco hay ritmo perfecto, porque la primera, segun-

da y tercera parte se componen de tres tiempos cada una y la última de dos (1).

A principios de nuestro siglo, y siguiendo la ley indicada, el eneasilabo tiende a despojarse del acento en la tercera sílaba para trasladarse a la cuarta, como aparece en los siguientes versos empleados por Doña María Rosa Gálvez de Cabrera:

Sol, salud: la brillante aurora  
 A tu carro la senda mostró;  
 Y de un velo rosado cubrió  
 La cima feliz que colora.  
 ¡Qué placer me da tu esplendor!  
 Ven pues a animar a Natura:

---

(1) El manuscrito aparece aquí visiblemente inconcluso, pues el autor no termina de exponer su teoría relativa al "ritmo perfecto". Por lo que toca al endecasílabo, falta indicar qué tipo de verso encerraría un "ritmo perfecto". Trataremos de completar su pensamiento. En las *Notas* de su libro *Exóticas*, González-Prada expone (aunque muy brevemente) su teoría de la división del ritmo. "Ignoramos — dice — si habremos conseguido acertar al dividir " el ritmo en perfecto, proporcional, mixto y discreto. En " el perfecto, que también podríamos llamar continuo, se " repite el mismo elemento rítmico." Y cita como ejemplo el endecasílabo de Herrera:

**Ensálee al verde lauro voz canora**

que, conforme al método de medir el verso adoptado en el curso de este ensayo, podría escandirse así:

**Ensá/ce al vér/de láu/ro voz/ canó/ra.**

Hay en este verso "ritmo perfecto", porque la primera, segunda, tercera, cuarta y quinta división se componen cada una de "dos tiempos". O de "cinco elementos binarios", para emplear la terminología que el autor adoptó más tarde. (Véase *Exóticas*, Lima, 1911, *Notas*, pág. 159.) (*Nota del editor.*)

Tú das a Flora la hermosura,  
 Y le das la vida al amor.  
 Al comenzarse tu carrera,  
 Veo la sombra veloz volar;  
 Tu luz brillar hizo la esfera,  
 Y el ruiseñor oigo cantar.  
 Vuelve a lucir la tierra entera,  
 Y veo la rosa desplegar:  
 Sí, tú embelleces a Natura.  
 ¡Qué placer me da tu esplendor!  
 Tú das a Flora la hermosura  
 Y le das la vida al amor. (1)

En los siguientes nonasílabos de Dionisio Solís se ve ya la completa eliminación del acento en la tercera para trasladarle a la cuarta, admitiendo el acento subsidiario en primera, segunda o sexta:

#### FÍLIS LLOROSA

A las orillas de este río  
 Quiero sentarme a suspirar,  
 Para que corra el llanto mío  
 Entre sus ondas hacia el mar.  
 Bajo tus ramas, sauce umbrío,  
 Busco descanso a mi pesar,  
 Si le concede el hado impío  
 Tiempo a mis ojos de llorar.

En fin, Elicio, tú me dejas  
 Sin duda en busca de otro amor,  
 Y ni te apiadas de mis quejas,  
 Ni te lastima mi dolor.  
 ¿Por qué, tirano, te me alejas?

---

(1) María Rosa Gálvez de Cabrera, **Obras Poéticas** (Madrid, 1804). **Bión**, ópera lírica del francés; **Escena I.**

¿Por qué tu pecho me es traidor?  
¿Por qué el pesar con que me aquejas  
No cambia en muerte tu rigor?

¿En dónde buscas, fermentido,  
Dónde otra Fílis tierna y fiel,  
Que, de otro afecto poseído,  
Tu error perdone y te ame infiel?  
A mis lamentos presta oído,  
Mira mis lágrimas, crüel;  
Tu amor, Elicio, sólo pido,  
Muera en tus brazos y con él.

¡Quién ¡desdichada! me dijera,  
Cuando a tu llanto me rendí,  
Que mentiroso y falso era!  
¿Por qué tan presto te creí?  
¡Ay! ¡quién entonces, quién supiera  
Lo que ahora el cielo muestra en mí!  
Que la que amor en hombre espera,  
Hallará el pago que yo en tí.

¡Cuánto me acuerdo de aquel día  
En que tus labios escuché:  
"Tu mano, Fílis, sólo es mía,  
"Démela el cielo, o moriré!"  
Yo, enamorada, te creía,  
Y en tus promesas me fié;  
Siempre quererte prometía,  
y tú burlaste de mi fe.

Torna, bien mío, a la cadena  
Con que el amor nos quiso unir,  
Detén el curso, el paso enfrena,  
Que apresurado intenta huir.  
Pero ¿a quién digo, a quién, mi pena,  
Si no la quiere Elicio oír?  
¿Si airado el cielo me condena  
A padecerla y a morir?

Salvo unos cuantos versos como:

Lo que ahora el cielo muestra en mí,  
Hallará el pago que yo en ti,  
Torna bien mío a la cadena,

los demás presentan un ritmo fácil y agradable.

No sabemos la fecha en que Solís compuso su **Filís Herosa**; pero seguramente fué posterior a 1808, año en que se publicaron unos nonasilabos con acentuación fija en la cuarta. Don Miguel Antonio Caro los cita, diciendo: "Hallo usado este verso, acaso por primera vez, en una *Marcha Nacional* española, 1808, letra de don A. S. V. y música de don P. B. (1):

"Ya despertó de su letargo  
"de las Españas el león,  
"y con rugidos espantosos  
"cubre la tierra de pavor.  
"¡Alarma, alarma, ciudadanos!  
"Triunfe gloriosa la nación,  
"y antes morir que ser esclavos  
"del infernal Napoleón." (2)

La **Filís Herosa** y la **Marcha Nacional** presentan la misma factura que los nonasilabos portugueses de da Cunha:

Pesado alfange, golpe fero,  
Es da doença, ou es da morte?

(1) Así en la *Lealtad española*, Colección de proclamas, etc. Tomo III, Cádiz, 1808, página 188. (Nota de Caro.)

(2) Miguel Antonio Caro, *Del verso enneasílabo* (Repertorio Colombiano, noviembre de 1882.)



En me resigno, e firme espero  
O derradeiro fatal corte. (1)

Pero así como el nonasílabo con acento en la tercera se modificó hasta incluirle también en la quinta, el acentuado en la cuarta va tendiendo a fijar un acento subsidiario en la segunda. No conocemos ninguna composición monorrítmica española con acentos en segunda, cuarta y octava, sino tipos aislados, aunque algunas veces puestos de modo tal que traducen la intención del poeta:

Ocúlte al prado mi dolor.

**Lista.**

¡Alárma, alárma ciudadáanos!  
Ya suéna el párche y el clarín. (2)

¿Por qué, tiráno, te me aléjas?  
¿Por qué tu pécho me es traidór?  
¿Por qué el pesár con que me aquéjas  
No cámbia en muérte tu rigór?

**Solís.**

Tampoco hemos visto, en grupos monorrítmicos, los nonasílabos de acento en segunda, cuarta, sexta y octava, como:

Se góza Díós: la sién divina

**Maury.**

---

(1) José Anastacio da Cunha, *Frases A Morta*; *Parnaso Lusitano* (París, 1827) Tomo III, pág. 219.

(2) Citados por Bello, anónimo, en su *Arte Métrica*.

Sonríe ciérto el grán cantór.

**Maury** (1)

ni los de acento en cuarta, sexta y octava, como:

De la piedád sacándo amór.

**Maury.**

Pero los acentos en segunda, sexta y octava empiezan a figurar intercalados en versos de otras dimensiones y hasta solos en composiciones monorrítmicas (2).

.....

Lo que intentó Iriarte con el nonasílabo de acento en la tercera, lo que realizó Espronceda con el de acento en segunda y quinta, lo ensayó Sinibaldo de Mas, con el de acento en segunda y sexta. Desgraciadamente, Mas era todo menos poeta, así que no logró imponer sus nonasílabos.

### HIMNO

¡Al arma, hijos del Cid, al arma!  
Se empuñe el formidable fierro:  
Corramos al combate pronto,  
Y sea la venganza cruel.

Corazas, carrüajes, cascos,  
Caballos, refulgentes lanzas,

---

(1) **Nota marginal del autor:** Que dicho sea de paso, serían arrastrados, y que pueden entrar en los de acento en segunda, cuarta y octava, como verso con acento subsidiario en la sexta.

(2) Hay una interrupción en el manuscrito. **Nota del editor.**)

Millares de guerreros bravos  
Oculten a la tierra el sol.

Tremole la bandera hispana,  
Y tiemble el sarraceno, tiemble;  
Que Dios nunca abandona al suyo;  
El triunfo de la cruz será. (1)

Siguiendo el ejemplo de Mas, don Gumersindo Laverte Ruiz compuso nonasílabos con acento en segunda, sexta y octava, ya como quebrados de los endecasílabos:

¡Ay! allí yace fenecida a prisa  
Mi dulce hermana, como el sol hermosa,  
De ojos azules y cordial sonrisa,  
Más que la estrella de la mar graciosa  
    Más pura que de Edén la brisa,

o agrupados de cuatro en cuatro y seguidos de un pentasílabo:

¿No ves en la estación de amores  
Pintada mariposa breve,  
Que al soplo de las áuras leve  
Rondando las gentiles flores  
    Leda se mueve?

Menéndez y Pelayo ingiere un nonasílabo de este ritmo en la estrofa de sáfico-adónicos en substitución del segundo endecasílabo (2). "Llamo así (**laverdai-**

---

(1) Sinibaldo de Mas, *Obras Literarias* (Madrid, 1852). Pág. 58.

(2) Siguiendo tal vez el consejo de Lista: "Sin embargo, como quebrado del sáfico pudiera reunírsele, así co-

cos) "a los de nueve sílabas, tales como los ha modificado mi amigo Laverde" (1).

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,  
 Bañado en oloroso unguento,  
 Te estrecha, Pirra, en regalada gruta,  
 Cabe su seno?

¿Por quién sencilla y a la par graciosa  
 Enlazas las flexibles trenzas?  
 ¡Ay cuando llore tu mudanza el triste  
 Y tu inclemencia!

Mar agitado de los negros vientos  
 Serás al confiado amante  
 Que siempre alegre y amorosa siempre  
 Piensa encontrarte.

¡Mísero aquel a quien propicia mires!  
 Yo libre de tormenta brava,  
 Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda  
 Veste mojada.

---

"no el de siete sílabas al endecasílabo propio. Los siguientes versos, traducidos de iguales metros franceses:

Verde enramada, tu frondoso abrigo,  
 oculta al prado mi dolor:  
 sé de mi llanto eterno y fiel testigo:  
 pues que lo fuiste de mi amor.

"no suenan tan mal que deba desesperarse de hacer uso "de los versos de nueve sílabas en combinación con los "sáficos." (Alberto Lista, ensayo *De la Versificación Castellana*, en la obra citada, tomo II, pág. 11.)

(1) Marcelino Menéndez y Pelayo, *Estudios poéticos* (Madrid, 1878) *Oda V del Libro I de Horacio*, traducida en versos sáfico-laverdaico-adónicos.

IV

¿Por qué los vulgarizadores del verso italiano en España no introdujeron el nonasílabo? Quizá porque no era muy usado ni en la misma Italia, donde pasaba por una curiosidad de poetas cultos. A más, mientras algunos versificadores escribían composiciones de nonasílabos con acentos fijos, parece que los retóricos italianos no se habían formado una idea precisa de este verso, no deslindaron sus especies ni regularon su ritmo.

Así, Crescimbeni señala una sola forma, dejándonos ignorar si conocía o aceptaba las demás:

La namoranza disiosa  
Che dentro al mio core nata  
Di voi madonna e pur chiamata  
Merzé se fosse avventurosa.

Jacopo da Tolentino. (1)

Estos versos tienen la peculiaridad de llevar acento fijo en la cuarta, como los de Solís.

Mattei admite dos, como:

Di perle di tremulo gielo

y

E di perle di puro gielo (2)

---

(1) Mario Crescimbeni, *L'istoria della volgar poesia*. (Venezia, 1731). Pág. 8.

(2) Loretto Mattei, obra citada, pág. 41-42.

Quadrio reconoce tres, como:

De la terra tappeti vivi.

**Aldeano.**

Chi mi porse quella ferita.

**Cino da Pistoia.**

Al duro stral di ria ventura.

**Chiabrera.**

rechazando con desprecio el novenario de Mattei:

Di perle di tremulo gielo. (1)

Zuccolo (2) rechaza en bloque todos los nonasílabos, y Stigliani afirma que no se puede construir versos de nueve sílabas con acento en la cuarta, opinión que hoy nos parece una herejía métrica (3). Dante mismo considera el **novenario** como el **trissyllabo triplicato**, justamente caído en desuso (4).

(1) Francesco Saverio Quadrio, obra citada, pág. 677.

(2) Lodovico Zuccolo, obra citada, pág. 48.

(3) Nos referimos a Quadrio: "Lo Stigliani giudica falso si gli ultimi due citati versi (los ya mencionados de Chiabrera):

**Al duro stral di ria ventura,  
Misero me, son posto segno)**

"per lo che accusando apertamente d'errore il Chiabrera, stabilisce che sulla quarta syllaba il Novenario aver non può mai l'accento." (Obra citada, pág. 677.)

(4) Ma quel di nove syllabe poseia, per essere il trissyllabo triplicato, overo mai non fu in honore, over per il fastidio e uscito di uso. Quelli poi di syllabe pari, per la sua rogeza non usiamo se non rare volte; perciò che ritengono la natura de i loro numeri, i quali sempre soggiaceno ai numeri caffi, si come fa la materia e la forma." Dante, *De la Volgare Eloquenzia* (Vicenza, 1529) Libro Secondo, Cap. V.

Los retóricos españoles, sin exceptuar a los modernos, como Hermosilla, Gil y Zárate, Monlau, Coll y Vehí, Revilla, etc., nada nuevo nos dicen del nonasílabo (1). Algunos se limitan a sentar como regla que lleva acento fijo en la penúltima sílaba, regla inútil, pues nadie construirá nonasílabos sin acento en la octava. Don Miguel Antonio Caro, después de asegurar que las noticias dadas por Bello en su *Métrica* "son deficientes y confusas" en cuanto se refieren a los eneasílabos (2) sostiene que en el verso

La nóble frén-te al yú-go vil

"el acento en segunda y sexta, aunque permitido, no es rítmico", y no logra establecer una ley para fijar los acentos necesarios del nonasílabo.

Nada extraño, pues, que algunos poetas al ensayar-se en el verso de nueve sílabas hilvanen frases amorfas donde reina una desagradable confusión de acentos, donde el consonante disimula una serie de disonancias que muchas veces no se toleraría ni en prosa. Si estos nonasílabos del cubano Heredia:

Ese Sol que ofusca tus ojos,  
Sombra de mi fuego divino,  
¿Tal vez me propuso el camino  
Que en el éter le señalé?

---

(1) **Nota marginal del autor:** "Los enneasílabos, o sea " de nueve sílabas, se componen de uno de cuatro, y otro " de cinco: y son, como los de diez, a propósito en la música para las Arias que requieren precipitación y volubilidad." (Ignacio de Luzán, obra citada, tomo I, pág. 348.)

(2) "De otras formas de verso enneasílabo habla Bello " en su *Métrica*; pero las noticias que da son deficientes y " confusas." (Miguel Antonio Caro, *Del verso enneasílabo.*)

en lugar de ir separados, por un artificio tipográfico, estuvieran seguidos, cuidando de cambiar una sola palabra con el fin de evitar la consonante, nadie los tomaría por nonasílabos: "Ese Sol que ofusca los ojos, sombra de mi fuego divino ¿tal vez me propuso el sendero que en el éter le señalé?" Como todo mal verso, es una mala prosa.

Los cuatro versos de Heredia no son rítmicamente superiores a los portugueses siguientes, compuestos hace unos siete siglos:

Amigo fals' e desleal!  
que prol a de vos trabalhar  
d'em a mha mercee cobrar?  
ca tanto o trouxestes mal  
que nom ei de vos bem fazer  
pero m'eu quizesse poder. (1)

Resumiendo: en su lenta y secular evolución, el nonasílabo castellano ha llegado:

**Primero:** a fijar, por una selección popular, el acento en la tercera y octava, con un subsidiario en la quinta;

**Segundo:** a fijar con Espronceda el acento en segunda, quinta y octava;

**Tercero:** a fijar con Solís el acento en cuarta y octava, admitiendo subsidiarios en primera, segunda y sexta;

**Cuarto:** a fijar con Sinibaldo de Mas el acento en segunda, sexta y octava.

---

(1) *Cancioneiro d'el Rei Dom Diniz* (Henry L. Lang, obra citada, pág. 86.)





**Ritmos con disonancia inicial**

|              |                                 |                               |
|--------------|---------------------------------|-------------------------------|
| óoo.óo.óo.óo | 3      2      2      2          | Bajo tus/ramas/sauce um/brio  |
| óoo.óooo.óo  | 3              4              2 | Quiero sen/tarme a suspi/rar/ |
| óó.óoó.óoó   | 2              3              3 | Las plu/mas del pá/jaro van/  |

**Ritmos con disonancia final**

|            |                                 |                             |
|------------|---------------------------------|-----------------------------|
| ooó.ooó.óó | 3              3              2 | A sus dos/compañe/ros di/jo |
|------------|---------------------------------|-----------------------------|

**Ritmos con disonancia media**

|              |                                        |                                   |
|--------------|----------------------------------------|-----------------------------------|
| óo.óoo.óo.óo | 2              3              2      2 | Tú, Man/guito en In/vierno/sirves |
| óo.óo.óoo.óo | 2              2              3      2 | Ninfas/dadle au/xilio vo/sotras   |
| óooo.óoo.óo  | 4              3              2        | Ven a conso/lar la Na/tura        |

**Nota del editor:** Una nota marginal del autor dice:

“Las formas como: ooó.óó.ooó (Asomó/la luz/matinal) no son rítmicas”.

## “BYRON” (1)

Quien recorre los monumentos públicos de Londres, no deja de sorprenderse al constatar que el primero de los modernos poetas ingleses, el rival de Shakespeare y Milton, no haya recibido la merecida glorificación en el lugar de su nacimiento. En la Abadía de Westminster no surge una tumba donde se lea el nombre de Byron; en el monumento del Príncipe Alberto no figura un relieve que simbolice al autor de *Don Juan*. Sus restos reposan lejos de Londres, en la iglesia parroquial de Hucknall-Torkard, cerca de Newstead; su estatua, después de enmohecerse en un sótano y de llamar inútilmente a las puertas de Westminster, adorna hoy la biblioteca del Colegio de la Trinidad, en Cambridge.

Lo que pasa con Byron en Inglaterra se realiza con otro célebre poeta en Alemania: muchas ciudades germánicas han rechazado la estatua de Enrique Heine, ofrecida por una emperatriz, admiradora del poeta;

---

(1) Poema por el doctor Gavino Pacheco-Zegarra. Este ensayo crítico fué publicado por primera y única vez en 1900, en *El Comercio* de Lima. Posteriormente, el autor agregó dos notas marginales al recorte impreso. (Nota del editor.)

ningún cementerio alemán ha concedido unos cuantos palmos de tierra al autor del *I n t e r m e z z o*. La estatua de Heine se levanta hoy en Corfú, medio oculta en la quinta del Aquileion, propiedad de la Emperatriz Isabel de Austria; sus cenizas no descansan en Berlín ni en Düsseldorf, sino a las orillas del Sena, en el cementerio de Montmartre.

Byron y Heine son, pues, dos malditos, dos excomulgados por el fanatismo político de la tierra donde nacieron; al primero no le perdonan los ingleses el X y XI cantos de *D o n J u a n*; al segundo le enrostran los alemanes su amor a los **welches** y sus furibundos ataques a los descendientes de Arminius. Repudiados, anatematizados por el **jingoísmo** inglés y el **chauvinisme** alemán, Byron y Heine han sido adoptados por la Humanidad.

Un compatriota nuestro, el doctor Pacheco-Zegarra, asombrado por esa hostilidad de Londres o por ese vacío formado alrededor de Byron, ha compuesto un poema donde, manifestándose "más inglés que el mismo John Bull, se rebela contra la ingratitud de un pueblo" para con uno de sus grandes hombres.

Aunque el doctor Pacheco-Zegarra haya publicado bastantes composiciones en verso y conserva muchísimas inéditas, no se ha consagrado únicamente a domar frases para someterlas al doble yugo del ritmo y de la rima. Fuera de un *R o m a n c e r o I n c a i c o*, siete dramas y dos novelas, guarda sin publicarse una *E s t é t i c a L i t e r a r i a* y numerosos escritos de política y de historia. La filología le debe trabajos muy conocidos y muy celebrados.

Como lingüista, se ha granjeado con su *O l l a n t a y*

y su **Alfabeto fonético** de la lengua **Quechua** una gran reputación en los centros cultos de Europa, donde es más conocido y más estimado que en su misma patria. Hablando del **Ollantay**, dice el reputado crítico inglés **Gustave Masson** en un juicio publicado en **The Watchman** de Londres, Abril 7 de 1879:

“ El esmero que los escoliastas y los comentadores emplearon en las obras maestras de la literatura clásica; las mejores ediciones de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófa- nes, nos dan una corta idea de la crítica labor consagrada por el señor Gavino Pacheco-Zegarra a este drama peruano”.

Mas el **Ollantay** y el **Alfabeto Fonético** no encierran todo su bagaje de obras dedicadas a la lengua y literatura de los Incas. Sus libros no publicados aún, entre los que figuran: **Uska Páucar** y **Yahuar Huacac**, dramas con textos quechuas, traducción y comentarios; una **Colección de poesías quechuas**, antiguas y modernas; un **Diccionario** y una **Gramática** quechuas, y una traducción de **El hijo pródigo** de Lunarejo, prueban su infatigable laboriosidad y constancia. Desgraciadamente, esos trabajos permanecen inéditos, y pueden quedarlo durante mucho tiempo, dado lo difícil de realizar su publicación en un país donde no abundan los grandes editores (1).

---

(1) Efectivamente, esas obras continúan inéditas. A la muerte del doctor Pacheco-Zegarra — ocurrida en Lima, en 1902 — heredó sus manuscritos un sobrino, Fray Víctor Pacheco del Castillo, actualmente canónigo de la Catedral del Cuzco. Afirma el doctor Francisco Tudela que Pacheco-Zegarra dejó al morir veintiocho trabajos inéditos: diez y nueve en castellano y nueve en quechua.

A la amistad que nos liga con el doctor Pacheco-Zegarra debemos la lectura de su poema *B y r o n*. No analizamos la obra ni emitimos un fallo sobre su mérito literario, y nos limitamos a decir unas cuantas palabras sobre la novedad que presenta la forma: el autor del *B y r o n* quiere introducir y vulgarizar en nuestra lengua la estrofa espenserina.

La espenserina consta de ocho endecasílabos rematados por un verso de trece sílabas. Las consonantes siguen el orden siguiente: el primer verso rima con el tercero; el segundo con el cuarto, el quinto y el séptimo; el sexto con el octavo y el noveno. Deriva su nombre de un poeta inglés del siglo XVI, Edmund Spenser, que la inventó al componer su largo poema *Faerie Queene*, *La Reina de las Hadas* o *El Hada-Reina*. Caída por largo tiempo en desuso, la espenserina fué de nuevo cultivada por William Shenstone, a mediados del siglo XVIII, y desde entonces figura en la métrica inglesa como una de las estancias más usadas por los escritores de versos: basta decir que la emplean, Byron en *Childe Harold*, Shelley en *Adonais* y *The Revolt of Islam*, Walter Scott en *The Vision of Don Roderick*, Campbell en *Gertrude of Wyoming*, etc.

Algunos retóricos ingleses pretenden que viene de la octava real. "No pasa — dicen — de una octava rima italiana con la simple adición de un alejandrino".  
¿Tuvo necesidad Spenser de recurrir a Italia para crear

---

(Francisco Tudela y Varela, *Obras inéditas de Gavino Pacheco-Zegarra*, artículo en *El Ateneo* de Lima, Segunda época, tomo III, página 352.) (Nota del editor.)

su estancia? Geoffrey Chaucer, poeta del siglo XIV, había empleado en algunos de sus cuentos una octava de endecasílabos en que el primero rima con el tercero; el segundo con el cuarto, el quinto y el séptimo, y el sexto con el octavo:

This Julius to the Capitolie wente  
Upon a day as he was wont to goon,  
And in the Capitolie anon hym hente  
This false Brutus, and hise othere foon,  
And stiked hym with boydekyns anoon  
With many a wounde, and thus they lete hym lye:  
But nevere gronte he at no strook but oon,  
Or elles at two, but if his storie lye. (1)

Spenser, sin necesidad de modificar la octava real de Boccaccio, pudo muy bien tomar la octava de Chaucer y adicionarla con un verso de trece sílabas o alejandrino francés.

Pero, dejando la cuestión de origen, veamos lo que piensa Byron de la nueva estrofa. "Conforme a uno de nuestros más afortunados poetas (dice en el **Prefacio** al I y II cantos de su *Child Harold*) la estancia de Spenser admite muchísima variedad. El doctor Beattie observa lo siguiente: "No hace mucho que ensayé un poema en el estilo y en la estancia de Spenser, proponiéndome dar campo libre a mi inclinación y ser picaresco o patético, descriptivo o sentimental, tierno o satírico, según me impulsara el humor; porque si no me engaño, el metro adoptado por mí admite de igual manera todos esos géneros de composición (2).

---

(1) Chaucer, *Canterbury Tales* (*Monk's Tale*).

(2) "... the best adapted measure to our language, the good old and now neglected heroic couplet. The stanza

Las palabras de Beattie, acogidas por todo un Byron, indican muy bien si la espenserina merece aclimatarse en nuestra lengua. No sabemos que ningún poeta sudamericano o español lo haya intentado. Juan de Padilla, el **Cartujano**, compuso **Los Doce Triunfos** en novenas dodecasílabas:

Así navegando los golfos Tirrenos  
 Neptuno se leva con ívido dolo,  
 Rogando que suelte sus vientos Eolo  
 Los temporales haciendo no buenos.  
 Luego se alteran los ayres serenos,  
 Con ímpetu grave del Austro movido:  
 Ocurre tonando Vulturno salido;  
 Túrbanse en tanto los mares y senos  
 Que puerto no queda sin ser combatido.

A primera vista se descubre que la novena del Cartujano es la estancia de Juan de Mena o copla de arte mayor, con el apéndice de un noveno dodecasílabo. Trocando la consonancia del segundo con la del primero y la del séptimo con la del octavo, se obtiene la misma colocación de rimas que en la espenserina.

Don Miguel Antonio Caro, al traducir un pasaje de *Child Harold*, emplea una estancia de ocho catorcenos y un endecasílabo (el octavo) con las rimas siguiendo la misma ley que la espenserina:

¿No escucháis los bufidos de bélicos corceles,  
 Y el choque y el estruendo? ¿No veis bajo la hoja

---

“ of Spenser is perhaps too slow and dignified for narrative; though, I confess, it is measure most after my own heart...” dice el mismo Byron en la **Dedication to Thomas Moore** que sirve de prefacio a **The Corsair**.



Del sable cuál sucumben vuestros hermanos fieles,  
Y cómo ya en arroyos su sangre el campo moja?  
¡Volad a socorrerles en su mortal congoja!  
¡Oh, guerra a los tiranos, y guerra a los sayones!  
Encendiendo la Muerte su llamarada roja

    Postra a cada explosión mil campeones;  
Bate el Furor la tierra, y tiemblan las Naciones.

.....

    ¡Por Dios, que es espectáculo hermoso a las miradas  
De quien ni amigos tenga ni tenga allí parientes!  
¡Tantas ricas banderas de colores bordadas!  
¡Tantas armas al rayo del sol resplandecientes!  
Como perros de presa que rechinan los dientes,  
Al destrozo bramando la multitud se lanza.  
¡Pocos verán el triunfo en tantos combatientes!  
    Toca a muchos morir, y la Matanza  
Sus víctimas gozosa a numerar no alcanza. (1)

Como el penúltimo verso es de once sílabas y de catorce, o más bien de trece, el último, y como en la estancia los últimos ritmos predominan o absorben a los demás, resulta que la estrofa de Caro deja en el oído una impresión muy semejante a la causada por la espenserina.

En el *Advertissement* que precede a *Le Dernier Chant du Pélérinage d'Harold*, se lee " Cette forme (la espenserina) devait être conservée dans ce cinquième chant par M. de Lamartine; mais " la poésie française ne possède aucun rythme analogue " à la stance de Spencer (sic) ou aux couplets du Tasse

---

(1) Miguel Antonio Caro, *Traducciones poéticas* (Bogotá, 1889).

“ dans sa Jérusalem. Pour y suppléer, il a donc “ été obligé de composer ce dernier chant en stances “ irrégulières, d’un nombre de vers indéterminé”. Nos parece que le **dizain** clásico de Marot y Jean-Baptiste Rousseau pudo muy bien suplir a la novena de Spenser. A más, el mismo Lamartine ha rimado composiciones en estancias que valen tanto como la espenserina y la octava real:

Que ces tyrans divers dont la vertu se joue  
 Selon l’heure et les lieux s’appellent peuple ou roi,  
 Déshonorent la pourpre, ou sallissent la boue,  
 La honte qui les flatte est la même pour moi!  
 Qu’importe sous quel pied se courbe un front d’esclave?  
 Le joug d’or ou de fer n’en est pas moins honteux?  
 Des rois tu l’affrontas, des tribuns je le brave;  
 Qui fut moins libre de nous deux? (1)

Si esta copla de ocho versos no cede a ninguna octava del Tasso ni de Boccacio, ¿con qué espenserina del *Childe Harold* o del *Adonais* no puede compararse la siguiente novena?

Il ne tachera plus le cristal de ton onde,  
 Le sang rouge du Franc, le sang bleu du Germain;  
 Ils ne crouleront plus sous le caisson qui gronde  
 Ces ponts qu’un peuple à l’autre étend comme une main!  
 Les bombes, et l’obus, arc-en-ciel des batailles,  
 Ne viendront plus s’éteindre en sifflant sur tes bords;  
 L’enfant ne verra plus du haut de tes murailles,  
 Flotter ces poitrails blonds qui perdent leurs entrailles,  
 Ni sortir des flots ces bras morts! (2)

---

(1) **A Némésis.**

(2) **La Marseillaise de la Paix.**

Con testimonios sacados del mismo Lamartine se prueba que **la poesía francesa tiene ritmos análogos a la espenserina.**

Quien sabe, al leerla por primera vez se extraña la inesperada caída en el verso de trece sílabas, después de haberse arrullado con el ritmo del endecasílabo (1); pero al continuar la lectura el oído se acostumbra y goza en la nueva combinación rítmica. En los poemas de Byron y Shelley, la estancia de Spenser nos parece un río que habiendo corrido uniformemente, ensancha su cauce y aumenta sus aguas antes de perderse en el mar.

Los modernos poetas castellanos no se han mostrado muy fecundos en la invención de ritmos ni de estrofas: así que nuestro arsenal métrico permanece casi el mismo desde los tiempos de Boscán y Garcilaso (2). Fuera de Iriarte en sus fábulas, casi nadie salió de la rutina. Campoamor no ha querido tomarse el trabajo de innovar, y Núñez de Arce nada nuevo nos ha ofrecido, pues las *liras de La Pesca* y del *Idilio* fue-

---

(1) **Nota marginal del autor:** Nos recuerda la observación de Pope en su *Essay on Criticism*:

“A needless Alexandrine ends the song  
That, like a wounded snake, drags its slow length along.”

(2) **Nota marginal del autor:** Esterilidad no sólo propia de los poetas castellanos. Al explicar la composición técnica de *El Cuervo*, dice Edgar Poe: My first object (as “usual) was originality. The extent to which this has been “neglected in versification is one of the most unaccountable things in the world. Admitting that there is little “possibility of variety in mere rhythm, it is clear that “the possible varieties of metre and stanza are absolutely infinite, and yet, for centuries, no man, in verse, “has ever done, or ever seemed to think of doing, an original thing.” (*The Philosophy of Composition*.)

ron usadas por Zorrilla en su oda *A un águila*, hace más de medio siglo. Espronceda vulgarizó el nonasílabo con acentos en segunda, quinta y octava; Zorrilla rejuveneció el viejo alejandrino de Gonzalo de Berceo; la Avellaneda ensayó con timidez algunos versos mayores de catorce sílabas. Si muchos han creído realizar un prodigio al escribir en una sola línea el heptasílabo y el pentasílabo de las seguidillas, algunos han fracasado al pretender introducir en nuestro idioma las estrofas de Manzoni en su *Cinco de Mayo*.

Respecto a los preceptistas, casi no hubo ninguno que abandonara las huellas de Nebrija y del Pinciano, ni que olvidara la manía de buscar en nuestro idioma dáctilos o anapestos, yambos o troqueos. El mismo Hermosilla confiesa que "no es fácil explicar por qué razón"

#### **El lamentar dulce de dos pastores**

no es verso. Sólo un erudito catalán, don Sinibaldo de Mas, salió del camino trillado y quiso abrir nuevos senderos a la versificación española, aunque también cayó a veces en la manía de fundar una versificación basada en las sílabas largas y las breves. Don Eduardo Benot, en los tres formidables y amenazadores volúmenes de su *Prosodia Castellana y Versificación*, no consigue más que embrollarlo y confundirlo todo, sin enunciar una clara teoría del ritmo. Proponiéndose amenizar los pasajes áridos, ahoga las ideas en un diluvio de frases chabacanas y chocarrerías. Mucho dudamos que nadie aprenda la *Versificación* y la *Prosodia* en ese libro donde a propósito de sinalefas se

habla de mil cosas incongruentes, desde la democracia de Atenas hasta el obelisco de Luxor y desde la "Santa Virgen leyendo las Sibylas" hasta "el predominio de cualquiera de los principios de la atmósfera" que "produce silencioso las epidemias y la muerte".

Así, después de miles y miles de versos escritos por sudamericanos y españoles se debe asegurar que el ritmo castellano está por enriquecerse y hasta por fijarse; después de numerosas poéticas dadas a luz en España y Sudamérica se puede afirmar aún con Menéndez y Pelayo que la verdadera métrica de nuestro idioma está por hacerse" (1).

---

(1) **Nota del editor.** El autor termina su ensayo con la frase siguiente: "Pero ya es hora de concluir y citar algunas estrofas del poema", y en seguida reproduce treinta y dos espenserinas del **Byron**. Consideramos la cita demasiado extensa; pero a fin de que el lector se forme una idea del poema del doctor Pacheco-Zegarra, he aquí algunas estrofas:

¡Salve Haroldo inmortal! ¡Musa divina  
Que ora tierna ostentaste y ora ruda  
El primor de la estancia espenserina,  
Del Parnaso español, aun nota muda,  
A mi andino laúd préstale ayuda;  
Al elevarse a ti, hoy se engrandezca!  
De tu encanto al poder la luz acuda  
Y al soplo de mi amor la llama crezca;  
Así mi nueva estrofa acaso no perezca.

¡Cómo ha de perecer la noble estancia!  
Del Parnaso sajón es ya la gloria,  
Y en la lira del genio vió la infancia.  
Si en mi hispano cantar es transitoria.  
Serán la causa de su triste historia  
De mi laúd las notas discordantes;  
Mas con el tiempo alcanzará victoria,

Quando la lira en manos de gigantes  
Dé mayor armonía al habla de Cervantes.

.....

¡Oh Byron! cuántas veces recorriendo  
De tu musa los cantos inmortales,  
Me siento muy feliz cuando comprendo  
Tus luchas, tu dolor, tus ideales;  
No tu genio, mas Dios en los umbrales  
De la vida me dió tus amarguras  
Y en tus quejas sentí las de mis males.  
Tú con tu llanto mis dolores curas,  
Que el genio torna el mal en fuente de dulzuras.

.....

Y la orgullosa Albión, la que sostuvo  
Las glorias de su lira con la fama  
De Milton y de Pope; que mantuvo  
Sin rival a Shakspeare en el drama,  
¿Cómo de patrio fuego no se inflama  
Y al Píndaro sajón de nuestra era  
Aun más que el mundo con ardor no aclama?  
Pues quien pulsa el laúd de tal manera,  
Rey del Parnaso inglés sin Shakspeare fuera.

**Nota del editor:** El lector habrá observado que en este ensayo, González-Prada reclama para el doctor Pacheco-Zegarra el honor de haber sido el primero en aclimatar en castellano la novena de Spenser. "El autor del **Byron** quiere introducir en nuestra lengua la estrofa espenserina" escribe en la página 196, y más adelante: "No sabemos que ningún poeta sudamericano o español lo haya intentado". En las **Notas** de su libro **Minúsculas** (publicado en 1901) hace González-Prada referencia a las seis espenserinas incluidas en dicho volumen y dice: "Nada innovamos tampoco en la espenserina, cultivada ya por un amigo nuestro, don Gavino Pacheco-Zegarra".

No desearíamos contradecir la espontánea afirmación del autor de **Minúsculas** declarando a Pacheco-Zegarra el primer cultivador de la espenserina en castellano; pero tampoco podemos silenciar un hecho interesante: en el manuscrito de un libro inédito de González-Prada, **Grafitos**, hemos descubierto una espenserina, idéntica en la forma (metro y orden de consonancias) a las espenseri-

nas de Pacheco-Zegarra en su **Byron** y a las del mismo González-Prada en sus **Minúsculas**. Héla aquí:

**BISMARCK**

Merced a tus seniles reumatismos  
De la poltrona viajas a tu lecho,  
Salvaje autor de horribles cataclismos,  
Sayón de la justicia y el derecho.  
¿Qué importan ya tu rabia y tu despecho  
Cuando la sombra de tu sable empuñas  
Y a sombras hieres en mitad del pecho?  
A nadie aterras hoy, por más que gruñas,  
Décrepito león sin dientes y sin uñas.

Estos versos fueron indiscutiblemente escritos antes de la muerte de Bismarck, ocurrida en julio de 1898, lo que probaría que ya antes de esa fecha había ensayado González-Prada la estrofa espenserina. Se argüirá que habiendo tenido, tal vez, oportunidad de leer el **Byron**, pudo imitar la forma adoptada por Pacheco-Zegarra. Una breve digresión cronológica nos ilustrará al respecto.

Después de una permanencia de siete años en Europa, González-Prada regresó al Perú en mayo de 1898; su amistad con Pacheco-Zegarra data de esta época. La espenserina sobre Bismarck fué, sin lugar a duda, compuesta en Europa y antes de la muerte del Canciller, ocurrida el 30 de julio de 1898. Así, si antes de conocer a Pacheco-Zegarra cultivó González-Prada la espenserina, hay que concluir que, por una rara coincidencia, ambos escritores peruanos castellanizaron la estrofa de Spenser al mismo tiempo y adoptando la misma forma.

Max Henríquez Ureña, el gran escritor dominicano, al referirse a las innovaciones métricas de González-Prada, ha dicho:

“Me limitaré a recordar la labor meritísima realizada por un peruano ilustre, sabio con alma de poeta: Manuel González-Prada. González-Prada fué un innovador de la métrica; ideó un sistema propio de versificación, y además introdujo al castellano cierto género de composiciones breves tomadas del acervo de idiomas extranjeros, y cultivó distintas medidas de versos, poco usadas. Todo lo hizo con sabiduría y con exquisito sentido artístico. Cultivó el rondel, pero no libremente, sino aplicándole las reglas dictadas en francés para esa combinación, y trajo al castellano sus tres formas, que son

“ el **triolet**, el **rondeau** y el **rondel** propiamente dicho; “ cooperó a adaptar al castellano el molde inglés de la “ **espenserina**; y además trajo del italiano la **balata**, el “ **estornelo**, el **rispetto** y el **pantum**. Cultivó también la “ **villanela**, e ideó composiciones que llamó **gacelas** y **laudes**. He querido mencionar solamente a la ligera, todas “ estas variadas combinaciones, para que se tenga una “ idea de la labor que un solo hombre ha podido realizar “ dentro del verso castellano. Ni éstas ni otras muchas “ combinaciones han merecido la atención ni el interés de “ los preceptores literarios, para los cuales, por lo visto, las “ letras castellanas han paralizado su evolución en el siglo “ XVIII.” (**El ocaso del dogmatismo literario**. — Discurso leído el 1.º de octubre de 1918 en la apertura del curso académico de 1918 a 1919, en la **Escuela Normal de Oriente**, Rep. de Cuba.—La Habana, Imp. “El siglo XX”, 1919.)

Vemos que al mencionar el empleo de la estrofa de Spenser por González-Prada, escribe Henríquez Ureña: “... cooperó a adaptar al castellano el molde inglés de “la espenserina...” ¿Alude Henríquez Ureña a la labor de Pacheco-Zegarra, reconocida por el mismo Prada en las **Notas de Minúsculas**, o tiene en mente la **cooperación** de algún otro poeta? Sería interesante que el ilustre crítico explicara el alcance de su pensamiento.

Al apuntar esta nota no pretendemos arrebatár honor alguno al doctor Pacheco-Zegarra: sólo nos guía el propósito de concentrar interés sobre un punto oscuro de historia literaria.



## QUINTA PARTE



PROLOGO A ‘‘CUARTOS DE HORA’’  
DE ‘‘MÉRIDA’’ (1)

No me arrego el derecho de fallar en nombre de la crítica, ni con humos de pitonisa me encaramo en la trípode ni exijo que me crean bajo la fe de mi palabra: voy a expresar, llanamente y al correr de la pluma, los pensamientos que me inspira la lectura de las composiciones contenidas en este libro.

Son cortas, estudiadamente cortas, pues el autor sabe que hasta la miel del Himeto empalaga y que no pasa de ingenioso cuento la historia del monje embelesado mil años en oír las melodías de un ruiseñor.

Hay algunas escritas a modo de los cantares de Trueba; pero las más reflejan la índole de los lieder alemanes, imitan la manera de Bécquer.

El autor, sin haber discurrido por la Selva Negra,

---

(1) Prólogo escrito para el libro de ‘‘V. Mérida’’, *Cuartos de hora* (Lima, Imprenta de *La Opinión Nacional*, 1879). Lleva la firma de ‘‘M. G. Prada’’ y la fecha de enero 15 de 1879. ‘‘V. Mérida’’ fué seudónimo del poeta Aureliano Villarán. Hemos transcrito este prólogo de un recorte conservado por el autor; el texto actual tiene algunas correcciones hechas a raíz de la publicación. (Nota del editor.)

sentido en su frente el rayo de las lunas germánicas ni paseado por las márgenes del río que guarda el caudal de los Nibelungos, es a veces un eco de los vientos que murmuran las canciones de los silfos y recuerdan a Krummacher en ¡**Qué inocente!**, a Heine en **Así dicen** y a Justino Kerner o Chamisso en **La vi pasar** o en **Plumas al viento**.

Intenta algo bueno y evita mucho malo. No se resiente de la influencia religiosa que extravió el ingenio de Althaus ni sufre el contagio patriótico que malogró, malogra y seguirá malogrando a muchos de nuestros mejores vates. Goethe afirma que "los poetas destierran del mundo la poesía". No habrá hombre tan osado para sostener que los infatigables cantores del 2 de Mayo y 28 de Julio hayan conseguido ahuyentar del Perú el idioma de los Dioses; pero sí es de temerse que algún maligno y desvergonzado se atreva a decir de los Tirteos peruanos lo que Heine dijo de los autores alemanes que dieron en la manía de embocar la trompa épica y fulminar himnos guerreros: "son gorriones con fosforillos de cera, y tienen todas las ínfulas del águila que ministra el rayo de Júpiter".

Aquí no hay, pues, incienso a instituciones o deidades apolilladas y decrépitas, leones de Iberia, cóndores de los Andes, mundo de Colón, tres centurias de tinieblas, esclavitud ominosa, paladión, caducos tronos ni tiranos; pero, en cambio, la imagen de la mujer pasa derramando luz y fragancia, zumba la picaresca voz de una ironía agridulce y resuena el suspiro de un dolor sincero, nunca ridículo ni exagerado. El poeta quiere, a veces, llorar a lágrima viva; pero temiendo el epigrama de los

descreídos, apaga su llanto en una broma; quiere reír, pero se acuerda que es hombre, siente acaso la punzada de un amor antiguo y ahoga su sonrisa en una lágrima. Su llanto no termina en lloriqueo ni su risa degenera en carcajada.

Como Rabelais y Quevedo llamaban las cosas por sus nombres, diciendo "olla" o "jarro" y no "dones de Ceres" ni "ánfora de Baco", así el autor de este libro nombra mar el mar, luna la luna y sol el sol, sin valerse de perífrasis ni frases altisonantes y huecas. No hay en él esfuerzo de pugilista ni salto de maromero; que sus versos fáciles, sencillos, algunas veces con el aire de la conversación familiar, pecan más de prosaicos que de hinchados: se le escapan de la pluma como el agua surge de la roca.

La poesía de **Mérida** no es una matrona romana que frunce el entrecejo al oír una chanza equívoca y ligera; ni un metafísico cetrino y trasnochado que a tiro de ballesta da el olor a pergaminos y polillas; ni un austero cenobita que empuña el hisopo y conjura a manera de espíritus infernales el vino, el amor, los placeres y las rosas. Su poesía es un muchacho de veinte a veinticinco años, vestido de limpio (mas sin ropa dominguera y chillona) que se va tarareando una aria de ópera bufa, guiñando el ojo a la vecina de buenas barbas, sea o no mujer del prójimo, lanzando un epigrama a los tontos e sabios de pega que encuentra en su camino, cogiendo una flor de los jardines públicos, y quedándose a ratos lelo y embobado ante una casa en que resuenan las armonías de un piano, ante una Ofelia de ojos azules y pelo rubio, que pasa rozándole con la falda del vestido,

o ante una nube de oro y nieve que se desliza por el cielo.

Lea, pues, el público los **Cuartos de Hora** con la seguridad de que no ha de cogerle la mala hora que en **La Fortuna con seso** de Quevedo cogió a médicos, alguaciles, escribanos, entrometidos, pedigones, dueñas y viejas verdes; y con la esperanza de pasar más de un rato ameno, escuchando la palabra de un amigo a quien conoce ya por **Media gruesa de sonetos**, por **Copias del natural**, por muchos artículos de costumbres y por diversos escritos en prosa y verso diseminados en el maremágnum de la prensa diaria.

Para concluir, repetiré a **Mérida** lo que nunca olvida ni ha de poner en olvido jamás. El poeta realiza la idea que de él tuvieron los antiguos, y es "una cosa ligera, alada y divina", cuando canta la Naturaleza, la Razón, la Humanidad, el Amor y la Hermosura, en una palabra, todo lo eternamente joven y eternamente fecundo; pero cuando atiza los odios y rencores de pueblo a pueblo y forma coro con los monaguillos de Torquemada y se queda rezagado en la marcha de su siglo, adorando momias y celebrando lo que ya era viejo en los tiempos del rey que rabió, entonces el poeta será cuanto se quiera, menos "una cosa ligera, alada y divina".

## PROLOGO A ‘‘NOTAS LITERARIAS’’

DE P. FUENTES CASTRO (1)

El que no traza un edificio, ni cincela una estatua, ni pinta un cuadro, ni compone una sinfonía, ni redondea una estrofa, es porque pertenece al vulgo de Horacio; porque no ha recibido de la Naturaleza el don divino de crear; en fin, porque ha nacido para descender a la noche del sepulcro sin dejar siquiera la luz de una luciérnaga o la fosforescencia de un infusorio. Rarísimas son las perlas escondidas en el fondo del océano y las flores que esparcen la fragancia a las auras del desierto; pero el ingenio tiene, como las plantas, la tendencia de buscar la luz y posee como el fuego central de nuestro globo la fuerza de romper las capas geológicas, de abrirse un cráter y brotar en inmensas llamaradas. No faltan, sin embargo, hombres que con hablar en monosílabos y menospreciar las obras de la inteligencia, se dan humos de sabios, artistas, escritores y oradores, que no instruyen, producen, escriben ni hablan, porque no quieren o no juzgan el siglo actual digno de escucharlos

---

(1) Prólogo escrito en mayo de 1882 para el libro de Paulino Fuentes Castro, *Notas literarias y hojas para el pueblo* (Lima, Imprenta Liberal, 1882). El prólogo lleva el subtítulo de *Cuatro palabras*. (Nota del editor.)

ni comprenderlos. Semejantes caballeros serán para sí mismos unos seres sobrehumanos, pero vistos por el que no peca de miope y palpados por el que nada tiene de bobo son unos verdaderos alcornoques.

Los escritores, como los poetas, se parecen a las alondras: madrugan antes que la aurora, cantan con el alba. Sin que haya asomado el día, temen la aproximación de la noche y se apresuran a levantar la voz para ser oídos. Una de aquellas voces tempranas pertenece al autor de este libro. Cuando era aún adolescente y estudiante de la Universidad, se daba tiempo, entre clase y clase, para esgrimir la pluma y tentar sus fuerzas en el torneo del periodismo. Siguiendo el impulso natural e influido por la inspiración del momento, ha sembrado aquí y allí obras de su ingenio, y sin haberlo tal vez imaginado, se ve, a la fecha, con un grueso legajo de artículos sobre literatura, economía social, costumbres, etc., así como un prójimo se enamora y el día menos pensado se encuentra rodeado de una porción de niños, robustos, vivos, inteligentes, morenos los unos, rubios los otros, pero todos traviosos en las maneras, aunque bien intencionados en el fondo, que pugnan por romper las trabas de la leonera para escaparse a sentir la luz del mediodía, a correr por el trébol de los campos y a respirar el aire libre de las montañas.

Fuerza es congratularse y agradecer a Fuentes Castro que apenas se deslice sobre lo que titulan los gazzoños asuntos escabrosos, vale decir, cuestiones religiosas. Felizmente, se han acabado ya los sabios en us de que habla Molière, aunque de vez en cuando asoman libros que pueden habérselas con los que antaño trataban



de lo que Montaigne llama el genitivo y el dativo. El genitivo y el dativo del siglo XVI se han cambiado hoy en Patronato, Syllabus, Infallibilidad, Concilio Ecuménico y otras lindezas que es indispensable no mentar en ayunas, pues de otro modo corre uno el peligro de no hacer buena digestión, por muy acostumbrado que esté al bálsamo de Fierabrás o a los puches y judías de Bertoldo. Desde que hemos alcanzado una época en que cada uno piensa, habla y escribe lo que mejor le place, toda controversia religiosa es una cuestión de genitivo y dativo, digna de ser dilucidada por un sabio en us. Sin embargo, los hombres que van de frente, en vez de girar alrededor de una columna, hacen bien al levantar de cuando en cuando el pico y acertar de pasada y como quien no quiere la cosa, uno que otro golpe sobre los muros de la **Ciudad Funesta**.

Con más probabilidades, pues, de buen éxito y con mayor dicha para los lectores, el autor de este libro entra de lleno en un campo menos infecundo, hace su cosecha y dedica las mejores espigas a la parte desheredada del mundo, al pueblo. Los que, guiados por el noble deseo de instruir, se dan a componer tratados de novecientas noventa y nueve páginas en folio, con notas que piden anotaciones y comentarios que necesitan comentario, serán más sabios que diez Aristóteles y ocuparán un sillón en todas las Academias del mundo, pero nunca verán sus libros en el modesto estante del pobre, ni en el bolsillo del artesano, ni en la mochila del soldado, ni en el velador de la familia agrupada al amor de la lumbre en las interminables noches del invierno. Vulgarizar es una empresa verdaderamente ardua. Ale-

jandro Dumas, que no pecaba de modesto, decía: "Victor Hugo es un pensador, Lamartine es un soñador y yo soy un vulgarizador". Sí; vulgarizadores quisieron ser los enciclopedistas del siglo XVIII y muy especialmente el infatigable y simpático Diderot; vulgarizadores han querido ser Humboldt y Arago; vulgarizadores quieren ser Figuiet, Flammarion y Julio Verne; y vulgarizadores se proclaman los innumerables periodistas que en ambos mundos ennoblecen o envilecen el alto ministerio de escribir. Si todos los que intentan acertaran, si las obras tuvieran el valor de las intenciones, si los libros de ciencia se pusieran a nivel de las multitudes, casi todos los que en el pueblo leen y escriben no estarían condenados a vivir entre el Catón cristiano y el periódico del día, como si dijéramos entre un lago detenido y un río que lleva en sus aguas rosas y sapos.

Rosas muy lozanas y fragantes ofrece al pueblo Fuentes Castro, pero erizadas también de algunas espinas, o, para hablar sin rodeos, de verdades un tanto amargas. El amante que dice ciertas verdades a su amada es un tonto de capirote y el amigo que siempre halaga y da con el incensario en las narices, llega con el tiempo a ser más odioso que el peor enemigo. El autor, que no es un enamorado sino un amigo del pueblo, expone sus ideas con desembarazo y franqueza, franqueza y desembarazo que seguramente le granjearán la simpatía de cuantos leen unos escritos que no son el incantable panegírico de un meloso adulator ni la avinagrada reprimenda de un dómine agestado y displicente.

No faltará quien le acuse de olvidarse que para discurrir sobre la propiedad y la riqueza es conveniente

haber conocido los días sin pan y las noches sin amparo y los dolores sin consuelo y las ambiciones sin esperanza y los sacrificios sin recompensa; pero abona las intenciones de Fuentes Castro el hecho de que, ya en la mesa del periodista, ya en la tribuna del diputado, se ha distinguido como un defensor del pueblo, como un demócrata de convicciones firmes.

Quevedo, en un soneto famoso, quiere canonizar a un marido por haber dejado de ser lo que dicen que son los maridos. El que ha logrado, como el autor de estos escritos, atravesar la vorágine política sin perder la afición a la literatura, puede alegar tanto derecho como el héroe del inimitable señor de la Torre de Juan Abad, sobre todo aquí, en un pueblo donde los talentos se ahogan en el pantano de las intrigas o se enhueran a lo más lindo de la incubación. Y como no es posible pegar un buen humazo a todos los necios y concluir de un golpe con las nueve décimas partes de la Humanidad, ármese de paciencia el autor de este libro cuando escuche el zumbido de algún zángano.

PROLOGO A "BRISAS DEL RIMAC"  
DE ABEL DE LA E. DELGADO (1)

En dirección al patíbulo caminaba un infeliz, cuando asoma una niña y le ofrece un ramo de flores. Cosa parecida efectúan con la Humanidad los poetas, aunque, a veces, los hombres les demos la recompensa del campesino de Périgueux a los cerdos que descubren un criadero de trufas.

Cubramos de riquezas a los inventores de cosas útiles, erijamos estatuas a los sabios encanecidos en profundas lucubraciones y adoremos a los apóstoles o mártires de una causa justa y civilizadora; pero, conforme a la expresión de Shakespeare, encerremos en "el corazón del corazón" a los poetas, a los ilusos incurables o niños

---

(1) Prólogo escrito en 1890 o 91. Lo hemos transcrito de un recorte del semanario de Lima La **Integridad** (sin fecha) donde se publicó con el siguiente comentario: "Va a aparecer, según lo anuncia El **Búcaro** en la República Argentina, un tomo de poesías de nuestro compatriota Abel de la E. Delgado, que llevará un prólogo de don Manuel González-Prada." No hemos hallado mención de **Brisas del Rímac** en ninguna bibliografía peruana o argentina; no está tampoco en los anaqueles de la Biblioteca Nacional de Lima. Conjeturamos que no llegó a publicarse. (Nota del editor.)

eternos, que saben sentir y comunicar el aroma del sentimiento.

Delgado, sin tener aún canas en la cabeza, guarda en su corazón abiertas o cicatrizadas heridas. Por más que acierte en el desempeño de asuntos satíricos o burlescos, tales como **La mujer del zapatero**, **Agua, Fuego** y algunas otras composiciones, parece que no evolucionara en su propio terreno ni siguiera la índole de su ingenio sino cuando escribe romances por el estilo de **La de los ojos azules**, **Las campanas de San Pedro** y **Las flores del Campo Santo**.

Sus versos encierran el sabor franco de aquella poesía semipopular cultivada por Trueba, Ruiz de Aguilera, Augusto Ferrán y otros; pero sin descender jamás al "pí, pí de los pajaritos, al "pío, pío de los pollitos", ni a las demás boberías empalagosas y pueriles que arrancan una sonrisa mefistofélica a los hombres acostumbrados a las desesperadas imprecaciones de Byron, a la melancolía seráfica de Lamartine y al grito revolucionario y tempestuoso de Víctor Hugo. Los romances de *Brisas del Rímac*, delicados y suaves, recuerdan a los vientos que soplan en la interminable Primavera de Lima.

¿A qué divagar sobre lenguaje y estilo? ¿Quién aprueba el rigor de los seudopuristas o centinelas colocados en el pórtico de los templos literarios para cerrar el paso a todo vocablo sin el moño de la Antigüedad? Dos neologismos merecen más disculpa que un arcaísmo, pues si el neologismo implica un nacimiento, el arcaísmo no pasa de una disecación. Al estilo fósil y antediluviano en que los clausulones se encajonan y marchan con

el lento y monótono compás del batallón en columna que sigue el acompañamiento de un cadáver, ¿quién no prefiere el estilo móvil, desembarazado, chispeante, en que las frases se desparraman a modo de guerrilleros para brillar como luciérnagas, destilar miel como abejas o herir como un enjambre de avispas encolerizadas? En las poesías de Delgado, las estrofas revolotean, dando un gemido, como parvada de palomas heridas. Por este motivo, al decir todo el mal posible del autor, le tcharíamos de poeta lacrimoso. Cualquiera preguntaría si tener lágrimas era un crimen, así como don Frutos Calamocha apostrofaba a un majadero:

“Pero, hombre, por San Melchor,  
Tener barriga ¿es delito?”

Dígase lo que se quiera, las obras humanas son polvo; mas el polvo, amasado con lágrimas, se cristaliza, se transforma en diamante. Este impenetrable corazón del hombre parece una esponja humedecida con escasa porción de almíbar: se necesita estrujarla con toda fuerza para hacerla destilar unas cuantas gotas de dulzura. ¿Vale tanto el sentir?”, preguntará un quidam parodiando a Quintana. — Sí, amigo Sancho, tener corazón vale más que recuperar el rucio y las alforjas, más que cenar en la venta de Maritornes, más que hacer una buena digestión.

Come, bebe, duerme y procrea, muchedumbre nacida para comer, beber, dormir y procrear; pero nunca vengas a interponerte en el camino de un hombre sensible para gritarle: — ¡No llores! ¡No gimas! ¡No te quejes! . . . ¡No quejarse, no gemir, no llorar . . . ! ¡Cómo si

las dichas de este mundo merecieran el trabajo de extender la mano! ¡Cómo si el amor no fuera un ardid o trampa de la Naturaleza para lanzarnos a multiplicar la especie! ¡Cómo si el hombre, esqueleto vestido de carne, hubiera sido formado para algo más que para servir de manjar a los gusanos del sepulcro!

PROLOGO A ‘‘POESIAS COMPLETAS’’  
DE JOSE SANTOS CHOCANO (1)

I

Al revés de muchos poetas que se inician cantando el amor o quejándose de la vida, José Santos Chocano apareció fulminando himnos batalladores y revolucionarios. Si en sus primeras composiciones figura el amor, es incidentalmente; si vibra el lamento, no es por los males de la vida sino por la miseria social y las iniquidades políticas.

Las **Santas** salieron a luz en 1895. Impresas con tinta roja, como para simbolizar el espíritu que las inflama, no pertenecen a ese género vulgar y patriotero que por más de medio siglo reaparecía en cada 28 de

---

(1) Este prólogo fué escrito en 1902 para el volumen de **Poesías Completas** de Chocano editado por Maucci en Barcelona. Ha sido reproducido con frecuencia en periódicos de habla española; se halla inserto en las varias ediciones que con los títulos de **Poesías Completas** u **Obras Poéticas** de Chocano, han sido hechas por la casa Maucci en Barcelona y Buenos Aires, y está incluido, íntegramente, en el libro de C. Santos González, **Poetas y críticos de América** (París, 1912). El texto que publicamos ha sido ligeramente retocado por el autor. (**Nota del editor.**)



Julio y que, desde las derrotas de San Juan y Miraflores, tiene su florecencia periódica y morbosa al aproximarse el 13 de Enero. Los versos de Chocano traen a la memoria los **Yambos** de Barbier, los **Castigos** de Víctor Hugo y los buenos pasajes de Quevedo en sus embestidas al conde-duque de Olivares. Ahí no asoman las ironías agrídulces, ni rastrean las alusiones solapadas: se ve la acometida leal y sin argucias, se oye el mandoble propinado con la visera levantada. Nos hallamos lejos del clásico poeta satírico, del **Homero** cortesano que, en vez de execrar los vicios y los crímenes de los grandes, se divertía en rasguñar con alfileres la piel de los malos copleros, de los maridos condescendientes, de las viejas entrometidas y de los escribanos rapaces.

Esa poesía de cóleras y odios, de imprecaciones y diatribas, Chocano la maneja como nadie en el Perú y muy pocos en América. Por sus furibundos apóstrofes al **tirano**, hace pensar en Mármol anatematizando a Rosas, en un Montalvo-poeta clamando por la exterminación de García Moreno. También hace pensar en Llona, cuando lanza sus tremebundos sonetos que van a herir la frente del culpable, como pedruscos arrojados por un cíclope furioso. Con su lirismo justiciero y vengador, Chocano nos causa una impresión extraña, y más extraña debe producirla en sus víctimas, porque tirar a la cara de un hombre una lluvia de buenos endecasílabos salpicados de maldiciones y denuestos, es algo como abofetearle con rosas mojadas en vitriolo.

En **I r a s S a n t a s** abundan trozos que resumen la historia de nuestra vida social y política, versos que a menudo serán citados por su perenne actualidad. ¿Qué

revolucionario del Perú no merece que le repitan los siguientes endecasílabos del **Juicio Final**?

La patria miró a un hombre que surgía.  
 Hablaba de verdad, de bien, de gloria,  
 y amplio horizonte de esperanza abría:  
 ¡era el ángel del mal de nuestra historia  
 anunciando el albor de un falso día!  
 Y surgió el hombre. En ademán resuelto  
 lo escaló todo. Y el honor lo ha visto  
 cruzar así como un Satán envuelto  
 en la divina túnica de un Cristo...

El, que soñó ser grande y fué pequeño;  
 él, que debió vengar la patria ofensa;  
 él, que hoy conoce que el poder es sueño;  
 él, las vendas rasgó de las heridas;  
 y fué traición, debiendo ser defensa,  
 y fué Efilates, debiendo ser Leonidas.

Fué un histrión. Hoy que rueda a las ignotas  
 mansiones de los hondos precipicios,  
 le acompaña el baldón de sus derrotas:  
 César de teatro, que sus alas rotas  
 sintió al volar. **¡Pequeño hasta en sus vicios!**

Por la rudeza del ataque y la energía viril de la palabra, se infiere que Chocano se decía desde entonces:

Artes nimias y pueriles  
 extrañas son a mi pluma:  
 la delicadeza suma  
 es para almas femeniles.

A pesar del odio y la rabia que truenan en **I r a s**  
**S a n t a s**, se siente de cuando en cuando el soplo de

una brisa mansa y refrigerante, algo como un aliento de elevación y generosidad. Sirva de único ejemplo **El Sermón de la Montaña**, una de sus mejores poesías. Tal vez el Cristo no aparezca muy evangélico ni muy eclesiástico; mas, si Jesús no pudo enunciar en su época las ideas libertarias de nuestro siglo, el poeta las emite hoy, inspirándose quizás en la lectura de Kropotkine, Elisée Reclus y Jean Grave.

Sin igualdad no hay luz. ¿De qué ha servido  
que le hayan dado al pájaro derecho  
a construir en cualquier campo un nido,  
si el hombre con sus siervos y sus reyes  
no obedece al impulso de su pecho  
sino al mandato de infernales leyes?  
¡El todo para el todo! El mundo todo  
es de la Humanidad; ella, en conjunto,  
sola, a sí misma, gobernarse debe:  
que obedezca a un impulso y no a un tormento.  
La hoja que cae y la hoja que se mueve  
no obedecen a otra hoja, sino al viento...

## II

En la aldea, su segundo libro de versos, apareció el mismo año de 1895, aunque había sido escrito en el estío y el otoño de 1893, cuando el autor apenas frisaba en los diez y ocho años. Al leer ambas colecciones, obra más bien de un niño que de un hombre, se admira ya la eclosión de todas las facultades que Chocano ha seguido acrecentando en sus libros posteriores. Se ala-

ba también la precocidad y se le otorga el derecho de repetir con Alfred de Musset:

Mes premiers vers sont d'un enfant,  
 Les seconds d'un adolescent,  
 Les derniers à peine d'un homme.

La tinta azul en que se hallan impresas las composiciones de *En la aldea* simboliza también el espíritu que las anima: salvo una que otra **nota gris**, resuena en casi todas las páginas la sinfonía azul. Se diría que el segundo libro de Chocano fué imaginado para servir de antítesis al primero: si en *Irás Santas* el apaciguamiento y la serenidad brillan como fulguraciones instantáneas, en *En la aldea* la cólera y el odio se transforman en amor, dulzura, contemplación y vago misticismo. En *Irás Santas*, Chocano empuña de los cabellos a la poesía y le da una fuerte sacudida; en *En la aldea*, se hace coger por la naturaleza que le subyuga, le hipnotiza y le obliga, no sólo a vivir con la vida de los seres animados, sino a existir con la existencia de las cosas.

Efectivamente, los seres y las cosas que desaparecieron en la ofuscación de la lucha política, reaparecen ahora con sus voces, sus ritmos, sus colores y sus formas. El poeta cede al influjo bienhechor del Gran Todo, y hasta parece que se inoculara en las venas un germen de salud y segunda vida, un preservativo contra el miasma diseminado en la atmósfera del mundo intelectual. Así, cuando recorre algunas páginas de Hartmann, sufre la obsesión de las ideas pesimistas; mas, se liberta del mal y vuelve a la sanidad del espíritu, con sólo mi-

rar la sonrisa de los campos, con sólo asistir a un espectáculo de la naturaleza.

Manifiesta que sabe pintar y describir. En seis versos de **Mañana alegre** nos pinta un cuadro:

Mientras recoge el niño alborotado  
la nivea concha, el caracol rosado  
y la espuma del mar contempla el hombre  
el horizonte azul que limpio brilla,  
y la joven gentil con la sombrilla  
graba en la arena misterioso nombre...

En ocho versos de un soneto nos introduce en una escuela:

El dómine paciente y circunflejo,  
de calado birrete, se pasea;  
y trabaja y medita en una idea,  
con febril ademán y hosco entrecejo.

Mientras uno decora con despejo,  
otro alumno cantando deletrea;  
y la tropa infantil chilla y vocea  
fija y pendiente del callado viejo.

No satisfecho con mirar el exterior de las cosas y embriagarse en los ritmos del color y de la línea, quiere penetrar en el interior del mundo inorgánico para adivinar o sorprender las vibraciones secretas de la vida. En **Monte y Campiña**, breve composición de corte y sabor germánicos, dice:

El viejo monte pensativo y triste  
contempla la campiña que es su amada.  
La campiña de flores se reviste,  
y al sentirse fecunda  
sonríe con sonrisa perfumada.

El viejo monte, en plácidos amores,  
contempla su campiña con verdura,  
con hojas y con flores;  
pero recuerda el segador Otoño  
que arranca de raíz esa hermosura.

Surge el Otoño y reina. Hoy la campiña,  
ante el monte, de luto se reviste...  
La campiña eres tú ¡oh hermosa niña!  
y yo soy, niña hermosa,  
el viejo monte pensativo y triste...

Al finalizar la lectura de este verdadero lied, ¿quién no piensa en Heine? Ese **viejo monte** que se enamora de una **campiña floreciente**, recuerda el pino del Norte que sueña con una palma del Mediodía.

El **Pavo Real** merece citarse por la frescura de la imaginación; **El Gallo**, por la originalidad y la intención; **El Buey** por la ironía picaresca y maliciosa:

### EL PAVO REAL

El pavo real es el señor vizconde  
que con golilla tornasol pasea,  
que entre plumas magníficas se esconde,  
y con un grito trémulo responde  
si la alegre gallina cacarea.

Vedle cómo, señor de los señores,  
mueve a compás el cuerpo en que tremola  
la bandera de todos los colores,  
mientras luciendo va todas las flores  
sobre el arco iris de su abierta cola.

Vedle cómo en su cuello, donde empieza  
ese matiz que entre las plumas vaga,

orgullosa levanta la cabeza:  
vedle cómo conoce su belleza  
y con su propia vanidad se embriaga.

Pasea como un rey entre sus salas,  
luciendo altivo las abiertas rosas  
que en amplia confusión forman sus galas;  
él, que tiene, en la cola y en las alas  
prendidas un millón de mariposas...

### EL GALLO

El de la pluma recortada y fina,  
del amplio pecho y de la frente enhiesta,  
es el gallo — Tenorio que domina  
sobre la blanda y cándida gallina —  
¡Tenorio con estacas y con cresta!

Ese Tenorio que a su Inés adora,  
despiértala al rayar de la mañana,  
cuando el beso del sol las cumbres dora,  
centinela avanzado de la aurora,  
primer clarín de la primera diana.

La gallina azorada que despierta,  
al soplo ardiente del amor se esponja,  
mientras el gallo con el ojo alerta,  
del estrecho corral canta a la puerta,  
¡que si el Tenorio es él, ella es la monja!...

### EL BUEY

El buey, que de paciencia se reviste,  
cruza a calmar la sed en el torrente,  
mientras corre el novillo alegremente  
tras de su hembra que a amarle se resiste.

Nada tan duro y tan cruel existe  
 como el yugo sufrir del impotente  
 y tener ¡ay! que doblegar la frente  
 cuando se alza el amor. ¡Nada tan triste!

Palpita el ansia que fecunda y crea;  
 y ante el cuadro triunfal de los amantes,  
 parece que hasta el árbol palmotea...

El buey se cubre de un sudor de fragua;  
 tiembla; los ve con ojos vergonzantes;  
 inclina la cabeza y bebe su agua...

### III

A E N l a a l d e a siguieron: *Azahares*, versos líricos, 1896; *La Epopeya del Morro*, 1899; *El Canto del Siglo*, Poema Finisecular, 1900; *Selva Virgen*, poesías compuestas desde 1892 hasta 1900, diseminadas en los diarios y reunidas hoy en el presente volumen. Hay que agregar *El Derrumbé*, largo poema, del que han salido algunos fragmentos en los periódicos de Lima.

No intentaremos ni un análisis rápido de colecciones tan nutridas y poemas tan variados; un prólogo se diferencia de un minucioso juicio crítico. Pudiendo el lector juzgar por sí mismo, nos ceñimos a considerar en globo la personalidad de Chocano; más bien, a manifestar la impresión que nos ha dejado la lectura de sus libros: hablaremos franca y sencillamente, sin hipérboles irónicas ni restricciones malévolas.



Si de muchos hombres se ha dicho que vivieron en **estado de gracia**, de Chocano puede afirmarse que vive en **estado de poesía**. Nació tan formado para cernerse en la esfera de la imaginación y ha vivido tan consagrado a vaciar las ideas en el verso, que al descender a la prosa denuncia su índole de poeta y merece que le apliquen el citado verso de Le Mierre:

**Même quand l'oiseau marche, on sent qu'il a des ailes**

Goethe exigía de los poetas imágenes en lugar de meras palabras o frases huecas. Chocano se distingue por la novedad y abundancia de las figuras; de modo que en sus versos las metáforas se suceden con tanta profusión que la lectura produce el efecto, no de palabras que entran a girar en el cerebro, sino de personas y cuadros que se proyectan en la tela de un cinematógrafo. En sus estrofas, lo más intangible y aéreo suele hacerse palpable y terrestre; piensa en imágenes.

Como le sobra potencia verbal, nunca le faltan vocablos ni giros para manifestar sus ideas y describir el mundo entero. Con tanta facilidad maneja el verso suelto como el asonantado y el consonantado, y lo mismo cincela un soneto y una décima que una octava real o un terceto. Ningún género le arredra; y sale tan airoso del artístico endecasílabo como del popular octosílabo. No se esclaviza en la métrica de Hermosilla, como lo prueban su **El Verso Futuro** y sus dodecasílabos con acentuación en tercera, séptima y undécima sílabas.

A la variedad de las formas responde la diversidad en el estilo y la manera: no parecen del mismo autor **El último canto de Nerón** y **Asunto Velázquez**, ni **La**

**Epopeya del Morro y El maestro de escuela.** Es que Chocano desdeña toda manifestación exclusiva de un arte lugareño y mezquino; y como una protesta a los que pretenden enrolarse en una camarilla literaria, abre su libro con este epígrafe: "En mi Arte caben todas las " escuelas, como en un rayo de sol todos los colores"; y cierra un soneto exclamando:

los gorriones se juntan en bandadas  
en tanto que las águilas van solas.

En literatura, como en política, los mediocres y los nulos se aglutinan en montones y se aglomeran en racimos para dejarse conducir por el brazo de los fuertes y los audaces, mientras los hombres de mérito se aíslan, rechazan toda sujeción y defienden su personalidad.

Si no pertenece ni quiere pertenecer a ninguna escuela, ¿cómo clasificarle? A Lamartine le llamaron un laquista, a Víctor Hugo un español: ¿no se le podría llamar un indostánico? *Selva Virgen*, el producto genuino de su evolución cerebral, guarda muchísima semejanza con un bosque nacido a las orillas del Ganges.

Chocano tiene el inapreciable mérito de florecer en un país donde no abundan los maestros, ni brilla mucho el progreso intelectual. En Política, Ciencias, Literatura y Bellas Artes, los peruanos vivimos aún en la época del ensayo y del tanteo. Ni en la prosa ni en el verso hemos poseído lo que se llama un **artista**. No habiendo encontrado maestros que le enseñen ni modelos que le inspiren, Chocano se lo debe todo a sí mismo. Si los ateneos han premiado sus versos, si los congresos le han

otorgado subvenciones para editar alguno de sus libros, si el público no ha dejado de aclamarle, todo lo debe a su esfuerzo solitario, a luz que por sí mismo ha buscado fuera de su patria.

Su nombre no es ya desconocido en la América española ni España; sus versos andan reproducidos en los periódicos extranjeros y sus libros hallan editores en Barcelona y París. Como trabaja sin descanso y posee dotes excepcionales, irá lejos. A su edad, ¿quién hizo más en el país? Entre los hombres de veinticinco a cuarenta años, en la nueva generación de poetas que florecen en la actualidad, ¿hay alguno destinado a eclipsarle? No lo sabemos; pero, mientras surge el **eclipsador**, Chocano merece llamarse el Poeta Nacional del Perú.

## PROLOGO A ‘‘ P O E S I A S ’’ DE MIGUEL W. GARAYCOCHEA (1)

El autor de este libro nos viene a corroborar que la Ciencia no anda en guerra con la Poesía o, hablando en estilo de clásicos y pedantes, que Minerva puede vivir en amigable compañía con las musas. Efectivamente: si al sondear las entrañas de lo bello encontramos lo verdadero, al penetrar en el corazón de la verdad nos hallamos con la belleza. Ningún poeta negará la grandiosa estética encerrada en las leyes de Kepler o en la teoría de Darwin, como ningún artista dejará de reconocer la suprema geometría oculta en la Ilíada, el Partenón o la Venus de Milo. Solamente los espíritus que revolotean a ras del suelo descubren oposiciones entre la Ciencia y la Poesía. Al ascender, se esfuman las diferencias en los detalles y resalta la armonía del conjunto: los montes para las hormigas son llanuras para los cóndores. Todo se confunde y se unifica en las alturas, de modo que las ciencias y las artes deben representarse por una inmensa pirámide con muchos planos y muchas aristas, pero con un solo vértice.

---

(1) Prólogo escrito en 1904 para el volumen de **Poesías** del doctor Miguel W. Garaycochea (Lima, Imprenta Nacional de Barrionuevo Hnos., 1904) (**Nota del editor.**)

Don Miguel W. Garaycochea no disfrutó de muy larga vida, pues habiendo nacido en Arequipa el año de 1816, murió en Trujillo el de 1861. Se educó en la ciudad de su nacimiento hasta recibir el grado de doctor en Jurisprudencia. Fué profesor en el Seminario de Trujillo, rector en el Colegio Nacional de San Juan de esa misma ciudad, juez de primera instancia de Chachapoyas, vocal de la Corte Superior de Cajamarca, diputado a Congreso, etc. Aunque vivió menos de medio siglo, la vida no debió parecerle corta: la pasó estudiando, y como él mismo lo asegura,

“El hombre vive tanto cuanto sabe”.

Según don Federico Villarreal, el doctor Garaycochea “publicó algunos textos de matemáticas que se adoptaron en los colegios de Instrucción Media del norte de la República, y en la actualidad, en algunas escuelas del departamento de la Libertad”. A más de su *Cálculo Binomial*, dejó las siguientes obras inéditas: *Tratado de Filosofía Elemental*, *Disertaciones Teológicas*, *Lecciones de mundo y de crianza* (en verso) y un tomo de poesías.

Sin datos suficientes para delinear la fisonomía moral del doctor Garaycochea, nos le figuramos como un hombre laborioso, meditabundo, sensible, no desposeído de ingenio burlón y satírico. Merced a un juego de imaginación, le vemos aparecer a nuestros ojos: después de fallar una causa, dictar una lección, resolver un problema o dilucidar un pasaje de San Agustín, se empareda en su habitación, deja la prosa de la vida y tranquila-

mente se pone a entornar un yaraví, glosar una canción o aguzar algún epigrama.

Si "Ogni vate e pintor pinga se stesso", hay una regla para conocer el alma de los poetas: leerles. Por más que un autor disimule y se disfrace, tiene momentos en que deja desprenderse la máscara y descubre los rasgos de su fisonomía. Goethe afirma que sus obras se reducen a "fragmentos de una confesión general". No sabemos si el escritor del presente libro ha deseado confesarse con sus lectores; pero vamos a ver si algo podemos conocerle por los arranques sinceros y espontáneos.

Cansado a veces de haber sido por mucho tiempo un frío matemático, se siente hombre de sangre fogosa, desea disfrutar los placeres de la vida y exclama:

Basta de libros, basta;  
Fuera pluma y tintero;  
Consumirme no quiero  
En más meditación.  
La vida se me gasta  
Del tiempo a los estragos,  
Sin gozar los halagos  
De una tierna pasión.  
¿Quién me vende que le compro,  
Quién me vende un corazón?

Hallado el corazón (quizá no muy fiel), disfrutado el placer (acaso no muy dulce) escribe:

No amo el deleite que la fuerza enerva  
Ni los laureles que el furioso Marte  
Atroz reparte con sangriento enojo:  
Amo a Minerva.

Amo los libros, la sublime ciencia;  
Del sabio busco la preclara historia,  
Y esta es la gloria que en mi alma ejerce  
Suma influencia.

¡Oh verdad santa, celestial, hermosa!  
¡Cómo mi mente de tu luz gozara!  
¡Cuál te gustara, y al gozarte cuánto  
Fuera dichosa!

¿Logró poseer esa verdad tan deseada y tan querida? Aunque parece buen creyente, no deja de expresarse como si hubiera sido envuelto por la atmósfera escéptica del siglo:

¡Funesta duda! ¡Cruel incertidumbre  
Que aclarar no ha podido  
De mi pobre razón la escasa lumbre!  
Treinta años he vivido  
Sin saber lo que soy, lo que antes era  
Ni lo que al fin seré después que muera.

En una larga composición *A la Ciencia* hace comprender que su vida no se deslizó siempre como un arroyo entre flores, que más de una vez se vió sacudido por "el viento de las hondas desesperaciones", que hasta llegó a maldecir de la ciencia y pensar en el suicidio. Dice que hay unos días tristes y sin luz,

Días, en fin, funestos, sin color y sin nombre,  
En que, por un impulso que nadie explica bien,  
Una pistola a veces desesperado el hombre  
Descerraja frenético en su marchita sien.

En uno de estos días, oprimido mi pecho  
De grave pesadumbre, de oculto malestar,  
De la sublime ciencia maldije en mi despecho  
Las luces celestiales, el sacro luminar.

Mas las desesperaciones se desvanecen, las dudas se evaporan y el sabio regresa compungido a los brazos de la Ciencia, como un esposo vuelve a los brazos de su esposa, después de haberla ofendido con algunas infidelidades:

Tú pones en contacto la tierra con el cielo  
 Que eres la inmensa escala del sueño de Jacob.  
 ¡Oh ciencia bienhechora, celeste, veneranda!  
 Mi espíritu se rinde de hinojos ante ti  
 Y con humilde súplica el perdón te demanda  
 De las injurias necias que un tiempo te inferí.

El hombre que pasó su niñez entre la guerra de la Colonia y la Metrópoli, el que en su adolescencia presencié los fusilamientos ejecutados por Santa Cruz, el que en su juventud respiró el caldeado ambiente de las revoluciones, no podía librarse de la influencia política ni dejar de hacerla trascender en sus versos. Las composiciones **Salaverry marchando al cadalso**, **A la tumba de Corbacho**, **La Peruana** y algunas más denuncian la influencia. Sin embargo, no parece que el doctor Garaycochea se hubiera mezclado activamente a las luchas civiles de su tiempo. Fué diputado; mas, seguramente al ocupar el asiento de la Cámara, se halló desorientado y como extranjero, en contacto de hombres que entendían mucho de **pedidos** e **informes**, muy poco de endecasílabos y binomios. ¡Quién sabe si mientras algunos de sus colegas hilvanaban soporíferos discursos, él se vengaba enderezándoles algún epigrama! Que vena satírica no le faltaba.

Como muestras de su ingenio chispeante y burlón, merecen citarse **Una elección de rector en la Universi-**



**dad de Trujillo, Paranomasia y Los ergos**, donde se ríe de los silogistas como don José Joaquín de Mora en su romance **Don Opas**. Hay algo picaresco en estos dos epigramas:

¿Con que te casas Manuel?  
¡Bravo! Servirás a Dios;  
Y ella servirá a los dos...  
Es decir, a ti y a él.

Juana se quejaba un día,  
Después de verse al espejo,  
De que en huesos y pellejo  
Su beldad se convertía.  
Lá vecina que sabía  
Las gracias de la fulana,  
Al oír queja tan vana  
Le dijo quedo al oído:  
—Si tus carnes has vendido,  
¿Cómo has de estar gorda, Juana?

Quien al hablar del viento, dice:

Tan silencioso y manso se desliza  
Que ni deja su rastro en la ceniza;

Quien tornea quintillas como:

Prosigue, guapo estudiante,  
Agitando tu pulmón,  
No desmayes; adelante;  
Embrolla, grita y brillante  
Habrá sido la función;

Quien, por fin, abre de este modo un soneto:

**Al campo de batalla va Panthea**  
Esperando encontrar su esposo vivo,

y le cierra así:

Sobre su cuerpo cae, y bajo un techo  
**En el sepulcro habiten, dice airada,**  
Los que durmieron juntos en un lecho,

da pruebas suficientes de lo mucho que habría podido realizar, si exclusivamente se hubiera consagrado a la poesía. Porque los lectores deben recordar que para el doctor Garaycochea, el escribir composiciones en verso fué distracción o faena secundaria, en lugar de ocupación absorbente o cosa primordial: sabio de profesión, buscaba en la poesía un solaz de ánimo. Era el forjador que momentáneamente arroja el martillo y deja el yunque para escabullirse a respirar el aire de un jardín.

A los cuarenta años de un olvido injusto, Don Miguel W. Garaycochea va conquistándose el sitio que merece ocupar. Su *Cálculo Binomial* se imprime a costa de la Nación, su nombre resuena ya entre los sabios del extranjero. El país debe admiración y gratitud a los poquísimos hombres que en medio de la barbarie política lograron formar una especie de mundo aparte y vivieron consagrados a las labores del espíritu. Ellos serán los que sobrenaden cuando el total diluvio del olvido haya devorado a legisladores, ministros y presidentes. Según Théophile Gautier, "el busto sobrevive a la ciudad". El cuentecillo de un prosador y el soneto de un poeta vivirán mucho más que la cháchara de los sociólogos y el fárrago de los políticos.

PROLOGO A ‘‘ R I T M O S ’’ DE LUIS  
NAVARRO NEYRA (1)

I

Esta colección de versos merecería llamarse *F é m i - n a*, porque donde no divisamos la figura de Beatriz, Laura o Manón, sentimos algo que nos induce a murmurar: por aquí pasó una mujer.

Como las páginas dejan a menudo trascender el amor y el deseo, parecen rimadas en el intervalo que media entre una excursión a Citeres y un viaje a Corinto. Aquí desborda una voluptuosidad, más que bebida en manantiales paganos, libada en fuente bíblica. Y usamos el calificativo, sin irónica censura, recordando que en los libros poéticos de la Biblia todo viene a sacudir nuestras ocultas fibras, desde los alaridos de Job en el estercolero hasta los suspiros de Sulamita en el lecho del Amado.

---

(1) Escrito en 1905 para el libro de Luis Navarro Neyra, *Ritmos* (Lima, Imprenta de *La Revista*, 1905) (Nota del editor.)

Como prueba, recordaremos algunos de los tercetos A K i r s i s y unos doce versos de E l T e -  
r r u ñ o :

¡Oh vértigo de amor el que me embarga,  
Cuando adivino la opulenta curva  
Que sube de tu seno a tu garganta!

.....  
Si sólo cuando pasas a lo lejos,  
El ritmo que haces al andar, sacude,  
Como una nota musical, mis nervios.

¡Oh sueños voluptuosos que en mí surgen  
Si miro en el temblor de tus pestañas  
Los tonos claros de tus ojos dulces!

Pienso en caricias lúbricas que matan  
Cuando miro tus brazos; mas a ellos  
Invisibles tentáculos me arrastran.

Y gozo adivinando el sacro vértigo  
Que la muerte sería entre las ansias  
Vibrantes y anhelosas de tu pecho.

---

¡Oh tardes voluptuosas de verano,  
De amores y de dicha; hermosas tardes  
En que un escalofrío de caricia  
Recorre por los ámbitos del valle;  
En que las nubes pardas dulcifican  
Al Sol canicular, que brilla y arde,  
Dando al ambiente el tinte y el misterio  
De una alcoba que espera a dos amantes;  
En que parece que se escuchan quejas,  
Ahogados besos y cortados ayes,  
Y que las ramas que se enlazan, como  
En un violento espasmo se contraen.

## II

Concluída la lectura de *Ritmos*, hojeamos el *Cantar de los Cantares* y decimos con el poeta hebreo:

“Ha pasado el Invierno; la lluvia se ha mudado y se fué. Las flores se han mostrado en la tierra; el tiempo de la canción es venido”.

El tiempo de la canción es venido, un nuevo poeta surge para modular un nuevo canto de amores. —“¡Cómo! preguntarán Gedeón y Calino: ¿hay aún quienes compongan versos amatorios?” Monsieur Prudhomme, queriendo oponer metáforas a metáforas, dirá gravemente, sin olvidarse de insistir sobre la famosa incompatibilidad de la poesía con las aplicaciones industriales de la ciencia: —Los ruseñores no anidan en los calderos de las máquinas a vapor.

A Monsieur Prudhomme, Calino y Gedeón responden todos los poetas mayores, desde Homero a Virgilio, desde Virgilio a Dante, y desde Dante a Víctor Hugo. La boga de Heine, Bécquer y Stecchetti les dice también que el público no rechaza los buenos cantos de amor.

No creemos en géneros agotados ni en formas envejecidas, sino en malos poetas o cerebros incapaces de fecundizar el asunto. ¿Hay algo tan desusado ni tan muerto como la égloga y el poema didáctico? Pues si

mañana reaparecieran un Virgilio y un Hesiodo, veríamos renacer lo muerto, remozarse lo envejecido.

Cuando algún decrépito imitador de Schopenhauer nos pruebe que las mujeres no resumen la obra más hermosa de la Naturaleza o que el amor no encierra lo más dulce de las dulzuras humanas, entonces confesaremos que las poesías amorosas carecen de razón para existir. Algo valen la hermosura y el amor de las mujeres, cuando los dioses griegos olvidaban a las diosas y venían a solazarse con las hijas de la Tierra. Algo valen también, cuando los ángeles de Byron se regocijaban de perder el cielo, con tal de seguir siendo amados por las descendientes de Caín (1).

El amor es un himno universal que en la planta se revela con el aroma, en el pájaro con el trino, en el hombre con la poesía. Ciertamente, hay amantes que guardan un silencio pudoroso: naturalezas profundamente reservadas, no se dejan oír; pero en lo más recóndito de su alma entonan lo que Fray Luis de León llama "un cantar sabroso no aprendido".

Mientras palpiten corazones de veinte años, resonará en la Tierra el eco de las poesías amorosas; y mientras las mujeres continúen siendo mujeres, se gozarán en recibir un canto de admiración y ternura. También se regocijarán al verse maldecidas y fulminadas por boca

---

(1) Como San Pablo manda que las mujeres se tapen la cabeza "por causa de los ángeles", inferimos que las adamas exhalan efluvios de seducción irresistible o que los seres angélicos poseen un espíritu demasiado sensible a las tentaciones de la carne. Verdad que algunos de ellos merecen disculpa: según las afirmaciones de graves teólogos, los primeros ángeles se enamoraron de las mujeres por haberlas visto bañándose en traje paradisiaco.

de poetas desdeñados: maldiciones y rayos en verso expresan declaraciones de amor, significan la más apasionada manifestación del culto a la hermosura.

Bien sabemos que en celebrar el amor no cabe mucha novedad; pero, como advierte el autor del libro:

¿Qué importa si esto que digo  
Fué ya dicho y es muy viejo?  
Viejo es el verde del campo,  
El zafir del firmamento,  
El tono azul del miosotis,  
¡Y siempre son verdaderos!  
Viejo es el amor, oh amada  
¡Y ambos gozamos sintiéndolo!

### III

Aquí no sorprendemos rezagos de misticismo ni huellas de patriotería. Y merece un aplauso el hombre que desde los primeros años de la juventud aparece libre de los errores y prejuicios conservados por muchos en todos los períodos de una larga vida.

Si fanatismo, intolerancia y agresividad se explican en almas juveniles, misticismo y ascetismo no se comprenden en cerebros electrizados por un Sol de Primavera. Acaso es natural que los viejos sustituyan la acción por el éxtasis y desdeñen la Tierra para meditar en el cielo; pero, seguramente, es más natural que los jóvenes respiren el aire de las cimas, beban a torrentes la luz del meridiano, recojan las flores del amor y olviden la muerte para deleitarse en saborear la vida. Al

joven le toca pensar en cómo se vive con dignidad, al viejo en cómo se muere sin cobardía.

En vez de pesimismo cristiano, creemos vislumbrar una concepción plácida y serena del Universo, una aceptación de la vida, sin rebeliones grotescas ni esperanzas ilusorias. No escuchamos maldiciones a la existencia ni anhelos por la Eternidad. Apenas si el nombre de Dios figura unas dos veces, no para recibir alabanzas, sino para granjearse pullas en los sonetos **A la Duda y Fiesta Cristiana**. La religión está irónicamente ensalzada por boca de un cerdo:

Estúpido es quien a negar se atreve  
La religión: sin ella se desborda  
Y ataca vida y propiedad la plebe.

Con agregar que el mismo personaje exclama:

Fe en patria, relaciones y dinero  
Hay que tener: no aquella del iluso  
Que bienes pide para el mundo entero,

ya disponemos de un termómetro para medir los grados del calor patriótico. **En Marcha**, breve composición de ocho versos, contiene un esbozo de anarquismo.

Dios y Patria ceden el campo a Humanidad y Naturaleza. Aunque podríamos citar muchos rasgos en que resalta el sentimiento de la vida universal, sólo copiamos algunos, tomados de las composiciones **A un algarrobo** y **Al trote**.

De la primera:

Con actitud humana,  
De peñascos te empuñas y te aferras



Y tus raíces fuertes y rugosas  
Hinchas así cual músculos de atleta.

Te he adivinado a veces  
Contorsiones de angustia, aire de pena,  
Si intenta derribarte, sacudiéndote,  
El viento que rebrama entre las breñas.

De la segunda:

Un rosal me sonríe; mas parece  
Sus rosas ocultar si me aproximo:  
Coqueta que se oculta en su ventana  
Después de hacernos amorosos guiños.

Un naranjo leproso lanza al aire  
Su ramaje doliente y enfermizo,  
Y sufre más acaso en su impotencia  
Para dar una queja o un suspiro.

Las ramas de los lindes, mustias, secas,  
Retorciéndose, asoman al camino:  
Recuerdan manos que imploraran, manos  
Dolientes y nudosas de mendigos.

.....

Al pie de un viejo de atezado rostro,  
Una muchacha de semblante lindo  
Hace pensar en una rama fresca  
Alzándose de un tronco carcomido.

Con flexibilidades de culebra,  
El agua pasa bajo un puente antiguo  
Que luce a sus costados dos rosales,  
Cual dos jarrones de soberbio estilo.

Más allá, los huarangos, ante el hacha  
 Del leñador que llega, en su mutismo  
 Desolador y triste, son ancianos  
 Que serenos aguardan el peligro.

Allá en el fondo un resplandor de luces,  
 Como el claro de un túnel, da su brillo:  
 Es el torrente que retoza y juega,  
 Espejeando sus tonos blanquecinos.

.....

Y el monte avanza puntiagudas rocas  
 Que fingen, suspendidas sobre el río,  
 Puños que están en actitud valiente  
 De detener el golpe a un enemigo.

Las descripciones de Navarro Neyra ofrecen el mérito de haber sido vividas, revelan al hombre nacido en una tierra sin lluvias ni ríos caudalosos, en un país donde las tormentadas de la cordillera bajan como el intermitente y valioso regalo de una divinidad. En ellas aparece Ica, la Arabia sin beduinos, camellos ni simunes, la comarca del Sol y de los médanos, de la viña, de la palma y de la higuera. Ahí se suspira por la gota de agua, como en Siberia por el rayo de calor. Según el mito peruano, la aridez de la costa fué castigo de un Dios irritado por la ingratitud y corrupción de sus malos hijos; la lluvia se debe a la generosidad de una princesa o escanciadora divina que sube a la cima de los montes para derramar el agua de un cántaro y enviar un refrigerio a las bocas y tierras devoradas por la sed.

Reuniendo estrofas diseminadas en estas páginas y

agregando algunos cuadros, se lograría formar un poema con sabor local y digno de llamarse **El Canto del Agua**, donde no faltarían sus idilios bajo las parras ni sus dramas en las **tomas**. **El Terruño** encerraría la mayor parte de los elementos para la obra.

Primero la sequía:

Bajo el árido Sol, caliente y seco,  
Como un verano eterno sufre el valle.  
Su mancha de verdura,  
Rodeada por inmensos arenales,  
Recuerda una esmeralda  
Que envolvieran fulgores de diamantes.  
Y las crestas y abismos de la arena  
En giro caprichoso, interminable,  
Fingen una tormenta en que se hubiera  
petrificado súbito el oleaje.  
En medio a esos desiertos  
Sólo osa aventurarse  
La palma, como bravo centinela  
Que un campamento de verdor guardase.  
Delira el valle en su terrible fiebre  
Por la nieve perpetua de los Andes  
Que lejos duermen y también suspiran  
Por el ardiente valle:  
Amantes que se adoran  
Y que suerte fatal tiene distantes,  
Bocas que tiemblan llenas de caricias  
Sin lograr el momento de juntarse.

Después, el deshielo de las nieves por el Sol y el descenso de los riachuelos a la costa:

Cual muerta que en las sombras de una iglesia  
Entre tules descansa y entre encajes,  
La nieve del invierno está en las sierras

Entre gasas de un pálido celaje;  
 Pero despierta al beso  
 Caliente y lento que el verano trae,  
 Y sacudiendo el invernial letargo,  
 Se despereza pronta y se deshace.  
 Dejando ya su placidez de muerta,  
 Es lúbrica bacante  
 Que con gritos y risas empezara  
 Desenfrenado baile.

Por fin, las lluvias torrenciales unidas al deshielo, el riego abundante y el regocijo de la Naturaleza:

En torrentada el agua del invierno  
 Se trueca ya, juntándose  
 A la lluvia impetuosa que el verano  
 Deja caer en rápidos raudales:  
 Y sus olas en tumbos bulliciosos  
 Se yerguen y se crispan al tocarse,  
 Cual brazos de mujer que, en sacudidas  
 De amor, para estrechar se levantasen.  
 Al acercarse el agua, se estremece  
 En sus confines últimos el valle:  
 De amor tiembla, y sonríe a la caricia  
 Que voluptuosa la corriente le hace.  
 Quizá también si palpité por esa  
 Venida de las aguas estivales  
 Con la ansiedad suprema del que espera  
 A un sér querido que la vida trae.  
 Como rendida el agua  
 De su agitado y presuroso viaje,  
 Cual si quisiera descansar, se tiende,  
 Ya lenta y perezosa, por el valle  
 Derramándose en hilos  
 Por infinitos cauces.  
 A su contacto tierno,  
 A su lujuria suave, incomparable,

Los naranjos se alegran,  
Se sacuden los sauces,  
Las palmeras se mecen,  
Embriagados vacilan los parrales,  
Y hasta el huarango que en la altura vive,  
Al escuchar sus risas y sus ayes,  
Siente quizá la pena del eunuco  
Ante una diosa de opulentas carnes,

En lo leído se nota originalidad, porque abunda la sinceridad; acaso poeta original se reduce a poeta sincero.

#### IV

Muchos libros, aunque no parezcan moralizadores ni docentes, encierran una moral o una enseñanza; y si no contienen ninguna de las dos cosas, el lector se arroga el derecho de encontrarlas. Quizá las lecciones de este pequeño libro se condensan en una frase no muy larga: **perdón a las culpas amorosas.**

El autor de *R i t m o s* rechazaría el brutal consejo de Alejandro Dumas, **tue-la!** sabiendo que si al hombre burlado por una mujer se le dice al oído **¡mátala!**, a la mujer engañada por un hombre se la gritará con mayor peso de razones **¡mátale!** El murmuraría **¡perdónala!** contrariando la salvaje moral del antiguo drama castellano, donde se considera la sangre como el único detergente para quitar las manchas de la honra.

Y procedería con tanta elevación de alma por no conservar en ella muchos sedimentos de supersticiones religiosas. La idea de perdonar a la mujer culpable se debe más al Paganismo que a las religiones judaicas: se-

gún la antigua y la nueva Ley, ningún pecado se exime del castigo. Menelao en las ruinas de Troya se muestra más generoso que Jehová en el paraíso. Cierto, Jesús (que no era juez ni parte) se arroga el derecho de perdonar a la adúltera; mas, ¿qué mérito hay en remitir culpas que no redundan en deshonra o perjuicio nuestro? Jesús habría practicado una acción laudable y digna de eterno aplauso, si hubiera perdonado el adulterio de su mujer.

Sócrates en la comedia de Banville (1) aparece más humano que Jesús en los Evangelios; perdona como juez y parte (verdad que se trata de sopapos y no de infidelidades.) Abofeteado por Jantipa, el gran filósofo no pierde la serenidad olímpica, desarmando así la cólera de su mujer que se avergüenza de la falta, se arrepiente y fulmina rayos contra el sexo femenino.

—“La mujer es el origen de todos los males”, concluye por decir Jantipa.

—“Adorémosla, sin embargo—responde Sócrates— porque es la obra más perfecta de los Dioses”.

Pero en este libro, no sólo se encarece la idea general del perdón: se predica el derecho a pecar, hasta se ennoblecen y glorifican las culpas del amor. El poeta de *D o n J u a n* exclamaba en un verso que sería dantesco ni no fuera byroniano:

“Great is their love who love in sin and fear”,

“grande es el amor de los que se aman en el pecado y en el miedo”. Si el autor de *R i t m o s* anda extraviado por un lugar escabroso, puede alegar que marcha en

---

(1) *La Femme de Socrate.*

buena compañía. En *A A s p a s i a* figuran versos como los siguientes:

¿Por qué sueles perder tus alegrías  
Y ya no ríes si me das tus besos?  
Piensas acaso en eso que pregona  
Esta moral idiota de protervos,  
Que admite infamias, crímenes y vicios  
Si acompañan la marca del secreto?  
Ligera, dicen porque fuiste libre;  
Cínico llaman lo que fué sincero.  
Bien es que así te juzguen: para el topo  
No se hizo el canto ni tampoco el vuelo.

Fué tu culpa ser linda, ser amada,  
Que más de un labio se apoyó en tu pecho:  
Es el crimen del astro que refleja  
En más de una pupila sus destellos.  
Nula es tu falta, y mientras seas joven,  
Siempre conságrate al amor y al beso:  
Arde el volcán mientras conserva vida,  
La flor perfuma mientras guarda incienso.

¿Condenaremos estos pasajes y otros iguales o más crudos? ¿Echaremos sobre todos ellos la hoja de parra o el pañuelo de Tartufo? Acaso haríamos bien desde que

“La hipocresía reina bajo el cielo  
Y se llama virtud,”

sin embargo, como algunos lo harían con más título que nosotros, dejamos la profesión de moralizadores a los viejos impotentes, a los mozos invertidos, a los imbéciles y a los santos.

No debe igualarse el desnudo bien intencionado del artista con la malévola estampa del pornógrafo ni con el zafado gesto de la *cocotte*. El obispo Dupanloup tenía mucha razón al asegurar que "el pecado no está en la desnudez, sino en el arremango". Solamente el neurótico puede sentir malos deseos en presencia de una chiquilla y de una estatua desnudas. La blancura, dureza y frialdad del mármol no provocan sensualidad ni escándalos en los hombres equilibrados. Al inflamarse con la Diana de Donatello se denuncia tanta lesión cerebral como al enfurecerse con la Bailarina de Falguière. Los apasionados lúbricos de estatuas, lo mismo que sus mutiladores, piden sanatorio, claman por bromuro y ducha. La pornografía del anormal no se iguala, pues, con el desnudo del artista y del médico. La ciencia y el arte lo purifican todo: la primera con la verdad, el segundo con la belleza.

No lo negamos: el arte suele andar reñido con la religión y las buenas costumbres; mas, ¿los libros canónicos están en buena armonía con la literatura y la vida honesta de los vecinos honrados se conforma con el ritmo de la belleza plástica? La moral amplia de la Naturaleza no se confunde con las sutilezas y ambigüedades de la Ética oficial, ni la psicología de los poetas guarda mucha similitud con el proceso mental de los pedantes.



# ERRATAS EN « NUEVAS PÁGINAS LIBRES »

DE

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

| Pág. | Línea | Dice :                                    | Debe decir :                       |
|------|-------|-------------------------------------------|------------------------------------|
| 28   | 26    | rayos dispares                            | rayos dispersos                    |
| 37   | 27    | cristianismo                              | cristiano                          |
| 39   | 12    | hacerlo originario en<br>Belem            | hacerle originario de<br>Belem     |
| 50   | 26    | patentizar                                | patentizarse                       |
| 71   | 20    | el resto                                  | al resto                           |
| 76   | 22    | crystalizarse un sol                      | crystalizarse una sal              |
| 77   | 17    | os aleja                                  | nos aleja                          |
| 83   | 29    | ofrece                                    | ofrecen                            |
| 106  | 1     | taxia locomotriz                          | ataxia locomotriz                  |
| 136  | 27    | herida mortal o incu-<br>rable            | herida mortal e incu-<br>rable     |
| 159  | 29    | esa última aseveración                    | esta última aseveración            |
| 168  | 2     | remediar                                  | remedar                            |
| 168  | 35    | Que en invierno soy Para-<br>guas         | Que en el invierno soy<br>Paraguas |
| 179  | 5     | trasladarse                               | trasladarle                        |
| 179  | 6     | en los siguientes versos<br>empleados por | en los siguientes versos<br>de     |
| 184  | 6     | Pero los acentos                          | Pero los de acento                 |
| 190  | 3     | consonante                                | consonancia                        |
| 191  | 12    | átona                                     | atona                              |
| 194  | 24    | conserva                                  | conserva                           |
| 199  | 24    | Advertissement                            | Avertissement                      |
| 231  | 23    | género                                    | metro                              |
| 232  | 11    | en montones y se aglo-<br>meran           | en montones o se aglo-<br>meran    |
| 240  | 14    | solaz de ánimo                            | solaz del ánimo                    |

En la página 89, el texto está mutilado. El párrafo que comienza : *El filósofo no ama la vida como un bien ni la odia como un mal*, debe corregirse así : *El filósofo no ama la vida como un bien ni la odia como un mal : la acepta como un hecho, la estudia como un fenómeno.*

A más de las erratas indicadas, el lector subsanará algunas otras,

sin importancia, como *ser* por *sér* y *sér* por *ser*, *aun* por *aún* y *aún* por *aun*, *mas* por *más* y *más* por *mas*, etc. Y señaladamente el empleo del plural en *se han*, *se pesan*, *se cuentan*, *se publican*, *se recuerdan*, *quítese*, etc., por *se ha*, *se pesa*, *se cuenta*, *se publica*, *se recuerda*, *quítese*, etc.

En las *Notas del editor* aparecen frecuentes alusiones a los años de residencia de González Prada en Europa : es equivocación del editor, y no error tipográfico, haber indicado la época « 1891-1896 ». Debe corregirse : « 1891-1898 ».

---



### TERCERA PARTE

|                            | Págs. |
|----------------------------|-------|
| Madame Ackermann . . . . . | 125   |
| Campoamor . . . . .        | 138   |

### CUARTA PARTE

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| El verso de nueve sílabas . . . . . | 149 |
| "Byron" . . . . .                   | 193 |

### QUINTA PARTE

|                                                                 |     |
|-----------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo a "Cuartos de hora" de "Mérida" . . . . .               | 209 |
| Prólogo a "Notas literarias" de P. Fuentes Castro . .           | 213 |
| Prólogo a "Brisas del Rímac" de Abel de la E. Delgado . . . . . | 218 |
| Prólogo a "Poesías Completas" de José Santos Chocano . . . . .  | 222 |
| Prólogo a "Poesías" de Miguel W. Garaycochea . . .              | 234 |
| Prólogo a "Ritmos" de Luis Navarro Neyra . . . . .              | 241 |

Este libro se acabó de imprimir  
en las Prensas de la  
EDITORIAL ERCILLA S. A.  
de  
Santiago de Chile  
el 16 de julio de 1937.











